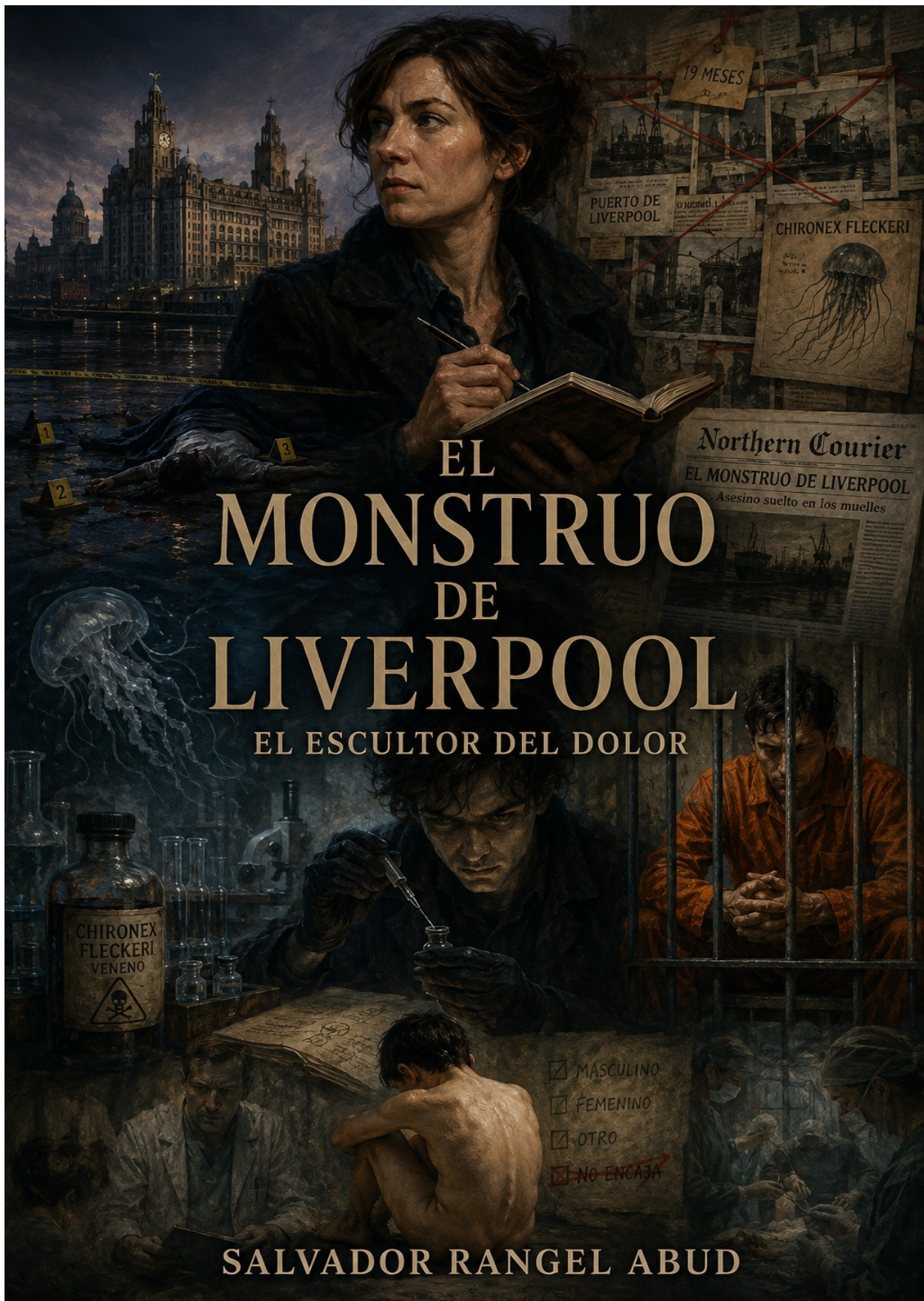




El Monstruo de Liverpool
El Escultor del Dolor
Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

Cuando el inspector jefe Derek Callahan convoca una rueda de prensa con palabras cuidadosamente elegidas sobre una muerte en los muelles del río Mersey, la periodista de investigación Edna Longhlein reconoce algo que los demás no ven todavía: que lo que Callahan no dice pesa más que lo que dice. Esa intuición la mantiene en el caso durante diecinueve meses, siguiendo un hilo que nadie más ha trazado, construyendo en paralelo dos versiones de la misma historia: la que publica en el Northern Courier, medida y verificable, y la que escribe en su cuaderno privado, donde vive la verdad que el periodismo institucional no tiene todavía vocabulario para contener.

Lo que Edna descubre, lentamente y con la paciencia de quien sabe que las historias importantes no se apresuran, es que detrás de los crímenes del puerto de Liverpool no hay un monstruo en el sentido espectacular que los tabloides construyen. Hay algo más perturbador: una mente científica extraordinaria, un conocimiento del veneno de la medusa Chironex fleckeri que ningún laboratorio del mundo ha desarrollado con esa precisión, y una lógica interna tan coherente que resulta imposible de entender sin antes entender lo que la construyó.

Porque Adrian Crane, el hombre que la policía buscará durante meses sin encontrar, no emergió de la nada. Fue construido, con la paciencia de lo que no sabe que está produciendo algo, por los sistemas que no supieron recibirlo: la medicina que intervino sin preguntar, la academia que usó su trabajo sin reconocerlo, el mundo que organizó a las personas en categorías que no lo incluían y que procedió según sus protocolos cuando él no cabía en ninguna.

El Monstruo de Liverpool no es una novela de terror. Es la historia de lo que el terror produce cuando nadie lo interrumpe a tiempo. Y es la historia de una periodista que fue a buscar un criminal y encontró algo que cambió su forma de entender el mundo donde ese criminal había tenido que existir.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene descripciones detalladas de crímenes con violencia de alta intensidad, incluyendo sufrimiento prolongado deliberadamente infligido. Contiene también representaciones de la experiencia de personas intersexuales, del tratamiento médico no consentido y de la exclusión sistémica prolongada. Los contenidos criminales se describen con la distancia necesaria para su comprensión sin reproducir morbo gratuito. Los

contenidos sobre identidad e intersexualidad se abordan con respeto y precisión. Apta para lectores adultos con tolerancia a la complejidad moral.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias, además de escritor aficionado. Es autor de más de doscientas dos novelas publicadas. Su formación médica y científica otorga a sus obras de ficción criminal y psicológica una densidad factual que las distingue dentro del género.

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: El Monstruo de Liverpool. El Escultor del Dolor

Autor: Salvador Rangel Abud

Género: Thriller psicológico / Novela de investigación periodística

Subgénero: Ficción criminal de alta complejidad moral

Estructura: Prólogo + 22 capítulos + Epílogo

Extensión aproximada: 50,000 palabras

Correo de contacto: wrangel.1352@gmail.com

NOTA DEL AUTOR

Esta novela nació de una pregunta que el periodismo de sucesos rara vez se hace: ¿qué construyó lo que después llamamos monstruo? No en el sentido legal de la cadena causal que establece responsabilidad, sino en el sentido más largo y más incómodo del proceso por el cual los sistemas ordinarios de la vida social producen, sin proponérselo y sin saberlo, consecuencias que nadie habría elegido si hubiera podido verlas llegar.

La Chironex fleckeri existe. Su veneno es exactamente lo que esta novela describe. La intersexualidad existe, y el tratamiento que las personas intersexuales han recibido históricamente por parte de la medicina y la sociedad es documentable y perturbador. La exclusión sistemática de lo que no cabe en las categorías disponibles existe y produce efectos que ningún protocolo institucional contempla completamente.

Lo que es ficción en estas páginas son los personajes y los crímenes. Lo que no es ficción es el proceso que los hace posibles. Y es ese proceso, más que cualquier crimen específico, lo que este libro intenta nombrar.

LICENCIA

Esta obra está protegida bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0). Se permite

su distribución y reproducción no comercial siempre que se cite al autor y no se realicen obras derivadas sin autorización expresa. Para usos comerciales o adaptaciones, contactar al autor en wrangel.1352@gmail.com.

PALABRAS CLAVE

thriller psicológico, periodismo de investigación, asesino en serie, Liverpool, Chironex fleckeri, veneno marino, intersexualidad, exclusión sistémica, identidad, dolor crónico, criminología, perfil criminal, Ashworth, entrevista en prisión, novela negra, ficción criminal británica, narrador testigo, doble voz narrativa, ética periodística, sistemas de clasificación social

TEMAS PRINCIPALES

La novela explora la naturaleza de la exclusión sistemática y sus consecuencias cuando se prolonga durante suficiente tiempo sin que ningún sistema disponible tenga los instrumentos para interrumpirla. Examina los límites éticos del periodismo de investigación cuando la historia que se cubre produce cambios en quien la cubre. Plantea preguntas sobre la diferencia entre comprender y justificar, entre nombrar y absolver, entre el producto que el mundo llama monstruo y el proceso que lo construyó. Y propone, sin responderla, la pregunta más incómoda de todas: si el mundo comprende cómo produce lo que después condena, ¿qué hace con esa comprensión?

CITAS DESTACADAS

"El dolor que no tiene nombre no tiene remedio. Y es por eso que yo le pongo nombre."

"No quién es. Sino a quién se lo está demostrando."

"La coherencia interna de un sistema no es evidencia de que el sistema sea correcto. Solo es evidencia de que alguien pasó suficiente tiempo construyéndolo."

"El monstruo es el nombre que el mundo le da a lo que produjo sin querer verlo producir."

"Hay venenos que no circulan por las venas. Estos son los más peligrosos."

COMPARACIONES LITERARIAS

El Monstruo de Liverpool comparte con Thomas Harris la construcción de una dinámica de entrevista entre una investigadora y un criminal extraordinariamente inteligente, pero se distancia deliberadamente de ese modelo al hacer que la reciprocidad del intercambio sea el mecanismo central de la historia. Con Stieg Larsson comparte la protagonista periodista

que construye la investigación desde los márgenes del sistema. Con Patricia Cornwell, la atención a la ciencia forense como territorio narrativo. Y con John le Carré, la convicción de que las historias más importantes ocurren en los espacios entre lo que las instituciones dicen que ocurre y lo que realmente ocurre, y que acceder a esos espacios requiere tiempo, paciencia y una disposición a ser cambiado por lo que se encuentra.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

¿En qué punto de la historia Edna deja de ser solo periodista? ¿Es ese punto una fortaleza o una debilidad para la historia que cuenta?

¿La condición de reciprocidad que Crane impone en las sesiones es una forma de manipulación o una forma de honestidad? ¿Puede ser las dos cosas al mismo tiempo?

¿Qué responsabilidad tienen las instituciones, la universidad, la medicina, el sistema de voluntariado en investigación clínica, en lo que ocurrió? ¿Cambia esa responsabilidad la valoración moral de los crímenes?

¿Por qué Crane libera al chico de quince años? ¿Es esa decisión evidencia de que hay algo en él que el sistema no destruyó completamente, o es simplemente una expresión más de la lógica interna de su sistema?

¿Qué hace el lector con la incomodidad del reconocimiento que el libro produce? ¿Hay algo en la historia de Crane, en el proceso que lo construyó, que el lector reconoce en sistemas que conoce de cerca?

CÓMO CITAR

Rangel Abud, S. (2025). *El Monstruo de Liverpool. El Escultor del Dolor*. Publicación independiente. Contacto: wrangel.1352@gmail.com. Licencia CC BY-NC-ND 4.0.

OTRAS OBRAS

Salvador Rangel Abud es autor de una extensa obra narrativa que incluye, entre sus proyectos más recientes: *Efecto Medusa. El Protocolo Wrangel*, eco-thriller político sobre el descubrimiento de un compuesto regenerador de cartílago en las aguas árticas de la Isla de Wrangel y la guerra geopolítica que desencadena; *El último rojo del Soviet*, novela didáctica ambientada en una cantina de la colonia Roma en Ciudad de México; *Una España siempre en llamas*, saga coral sobre una familia dividida por la Guerra Civil Española; *La república que pudo haberse sembrado*, novela contrafactual sobre el México que pudo haber sido; y *Aquiles, el señor de los barcos negros*, novela histórica desmitificada sobre el héroe de la Ilíada en el colapso de la Edad del Bronce.

MENSAJE FINAL

Hay personas que existen en los márgenes de las categorías que el mundo construyó para organizar la experiencia humana. Personas cuya presencia resiste la clasificación, cuya historia no cabe en los formularios disponibles, cuyo dolor no tiene el nombre que necesitaría para ser recibido por los sistemas diseñados para aliviar el dolor.

Esta novela fue escrita para que ese dolor tenga nombre.

No para justificar nada de lo que ese dolor produjo en este caso particular. Sino porque el dolor que tiene nombre puede al menos ser visto. Y ser visto es el principio de cualquier cosa que pueda hacerse con él.

El Mersey sigue fluyendo.

Las historias que esperan ser contadas no esperan para siempre.

ÍNDICE

PRÓLOGO:	La última entrega
CAPÍTULO 1:	La primera entrega de Edna
CAPÍTULO 2:	Algo en el agua
CAPÍTULO 3:	El nombre que la prensa le dio
CAPÍTULO 4:	La universidad y el mar
CAPÍTULO 5:	Cuarta víctima, primera grieta
CAPÍTULO 6:	Lo que Callahan no dice
CAPÍTULO 7:	El rastro del veneno
CAPÍTULO 8:	Quinta víctima. El patrón se rompe
CAPÍTULO 9:	La figura en la niebla
CAPÍTULO 10:	El chico de los muelles
CAPÍTULO 11:	Lo que el chico recordó
CAPÍTULO 12:	La trampa que la policía tendió
CAPÍTULO 13:	Tres meses para Ashworth

CAPÍTULO 14:	La noche del error
CAPÍTULO 15:	La raíz de la raíz
CAPÍTULO 16:	Primera sesión en Ashworth
CAPÍTULO 17:	El intercambio comienza
CAPÍTULO 18:	La filosofía del dolor
CAPÍTULO 19:	Lo que él sabe de ella
CAPÍTULO 20:	La avispa de mar
CAPÍTULO 21:	La verdad detrás del monstruo
CAPÍTULO 22:	La última sesión
EPÍLOGO:	La entrega que no se publicó

El Monstruo de Liverpool

Salvador Rangel Abud

PRÓLOGO

La última entrega

Cada cierto tiempo, una ciudad descubre que tiene un monstruo.

No en el sentido metafórico con el que las sociedades modernas han aprendido a nombrar sus patologías colectivas, sino en el sentido más antiguo y más concreto del término: alguien que camina entre los demás, que respira el mismo aire y pisa las mismas calles y quizás espera en la misma fila del supermercado, pero que en algún punto del camino cruzó una frontera que la mayoría de los seres humanos no cruza nunca, y del otro lado de esa frontera hizo cosas que el lenguaje ordinario no tiene palabras suficientemente precisas para describir.

Cuando eso ocurre, cuando la ciudad descubre que el monstruo existía y que existía cerca, algo cambia en la manera en que sus habitantes se miran entre sí. Un umbral de confianza se rompe. Una certeza que nadie sabía que tenía desaparece. Y la ciudad, que seguirá siendo la misma ciudad en todos sus aspectos físicos y geográficos, ya no es del todo la misma ciudad que era antes.

Liverpool conoce esa experiencia.

Es una ciudad acostumbrada a las transformaciones. Construyó su grandeza sobre el trabajo del río Mersey y sobre las manos de generaciones que la historia registró de forma incompleta, y sobrevivió décadas de

declive industrial con la dignidad específica de los lugares que saben que su valor no depende de lo que el mundo decida opinar sobre ellos en cada momento. Liverpool tiene una identidad que no se negocia. Tiene humor, tiene música, tiene una relación con el pasado que es simultáneamente orgullosa y lúcida, y tiene esa capacidad que solo desarrollan las ciudades que han sido subestimadas durante suficiente tiempo: la de mirar las cosas de frente sin necesitar adornarlas para poder soportarlas.

Pero incluso Liverpool, con toda su fortaleza acumulada, tardó en comprender lo que tenía entre sus calles.

El problema con los monstruos reales, los que no viven en las páginas de los libros ni en las pantallas del cine sino en el mundo que uno habita cotidianamente, es que no se anuncian. No tienen la cortesía de parecer lo que son. Caminan con la apariencia de la normalidad durante el tiempo que les resulta conveniente, y cuando esa apariencia se rompe, cuando los hechos salen a la luz y la ciudad comprende lo que estuvo mirando sin ver, la primera reacción no es el miedo sino algo más desconcertante: la incredulidad de haber estado tan cerca de algo tan incomprensible sin haberlo percibido.

Eso es lo primero que una ciudad siente cuando descubre que tiene un monstruo. Lo segundo es el miedo. Y lo tercero, que llega más tarde y es más duradero que los dos anteriores, es la pregunta que ninguna ciudad quiere hacerse pero que ninguna ciudad puede evitar del todo: ¿cómo fue posible?

La ciencia tiene respuestas para algunas cosas y silencios para otras. Lo que la toxicología puede decir sobre el veneno de la medusa *Chironex fleckeri*, la criatura marina conocida popularmente como avispa de mar y considerada por los especialistas como uno de los organismos más letales que existen sobre el planeta, es técnicamente fascinante y humanamente aterrador.

Sus tentáculos contienen una concentración de nematocistos, las células urticantes que las medusas usan para paralizar a sus presas, cuya potencia es suficiente para matar a un ser humano adulto en cuestión de minutos bajo condiciones de exposición completa. Pero eso, la muerte rápida, es solo lo que la naturaleza diseñó.

Lo que un ser humano con conocimiento suficiente puede hacer con ese veneno cuando decide no usarlo para matar rápido sino para algo completamente diferente, explorando con precisión científica los límites de lo que un cuerpo humano puede soportar antes de que los sistemas que lo mantienen vivo decidan que ya es suficiente, es algo para lo que la toxicología tiene vocabulario técnico pero no tiene, ni puede tener, una respuesta que explique por qué alguien querría hacer eso.

Pero esa pregunta a veces tiene respuesta en algo que tampoco vemos frecuentemente y que menos aún conocemos cuando sucede porque está escondida en las intimidades de la gente. Por eso, para comprender mejor

la concurrencia de los factores que intervienen en esta historia, hay que ir a otro lugar.

La medicina conoce desde hace décadas la existencia de personas que nacen con cuerpos que no encajan en ninguna de las dos categorías que la biología estableció como únicas posibilidades. La intersexualidad, término que agrupa una variedad de condiciones en las que las características sexuales de un individuo no corresponden a las definiciones típicas de masculino o femenino, afecta a una proporción de la población que los estudios calculan de formas distintas según la definición que se use, pero que en cualquier caso es suficientemente significativa para que su invisibilidad social no pueda explicarse por su rareza estadística.

Se explica por otra razón: porque la sociedad, en su necesidad de clasificar, de ordenar, de asignar a cada persona un lugar en el mapa binario que construyó para organizar la experiencia humana, no ha sabido qué hacer con quienes nacen fuera de ese mapa.

No lo supo en el pasado, cuando la respuesta habitual era el silencio o la intervención médica no solicitada. No lo sabe del todo en el presente, aunque el vocabulario haya cambiado y la visibilidad haya aumentado.

Y las personas que vivieron esa experiencia en los tiempos en que ni el silencio era suficientemente gentil ni el mundo suficientemente honesto para admitir su existencia, esas personas cargaron con un peso que la mayoría de los seres humanos no puede imaginar desde dentro, solo desde fuera y solo aproximadamente.

Lo que ese peso puede hacer a una mente con el tiempo suficiente, con el aislamiento suficiente, con el dolor acumulado de una existencia entera de exclusión sistemática de todo lo que los seres humanos necesitan para reconocerse como parte de algo, es una pregunta, para la cual la psiquiatría tiene respuestas parciales para responder. Porque la psiquiatría puede describir los mecanismos. Puede nombrar los procesos por los que el sufrimiento prolongado y sin salida se transforma en otras cosas.

Primero en duda, luego en conflicto, más adelante en rabia, en disociación, en filosofías que el mundo llamará aberrantes pero que desde adentro tienen la coherencia perfecta de los sistemas contruidos por mentes que son, en casi todos los sentidos que importan, extraordinariamente inteligentes.

Lo que la psiquiatría no puede hacer, lo que ninguna disciplina puede hacer del todo, es responder la pregunta que no es técnica sino moral: ¿hasta dónde llega la responsabilidad de quien fue fabricado por las circunstancias y hasta dónde empieza la responsabilidad de quien eligió lo que eligió con esas circunstancias? ¿Hay una diferencia entre el monstruo que el mundo produce y el monstruo que alguien decide ser? ¿Y si esa diferencia existe, qué hacemos con ella?

El periodismo de investigación existe, entre otras razones, para hacer preguntas que otras instituciones no están equipadas para hacer. No para

responderlas con la autoridad de la ciencia ni con la firmeza del derecho, sino para formularlas con la honestidad de quien ha estado suficientemente cerca de algo como para saber que las respuestas fáciles no son respuestas sino formas de no mirar.

Los periodistas de investigación no somos jueces ni científicos ni psiquiatras. Somos personas que aprendimos a seguir hilos en la oscuridad sin saber adónde llevan, y que aprendimos también, con el tiempo, que el valor de ese trabajo no está siempre en llegar a un destino sino en el mapa que se construye durante el camino.

Lo que el lector encontrará en estas páginas es ese mapa.

Es el mapa de una investigación que comenzó como una cobertura periodística y se convirtió en algo que no tenía nombre claro cuando ocurría y que todavía hoy, en el momento de escribir estas palabras, no lo tiene del todo.

Es el mapa de una ciudad que descubrió que tenía un monstruo y que al descubrirlo descubrió también, si fue honesta consigo misma, que el monstruo no había llegado de fuera sino que había crecido adentro, en los espacios que la ciudad dejó sin luz durante demasiado tiempo.

Es el mapa de una ciencia extraordinaria puesta al servicio de algo que la ciencia no debería servir. Y es el mapa de dos personas, un periodista y un criminal, que se sentaron frente a frente en una celda de cristal y tuvieron conversaciones que ninguno de los dos había previsto del todo cuando empezaron.

No voy a decirles lo que encontré. Eso sería contarles el final antes del principio, y el principio importa. El principio siempre importa.

Lo que sí les digo es esto: hay preguntas que cambian a quien las hace. Hay historias que, una vez que empiezas a contarlas, te obligan a seguir hasta el final no porque no puedas parar sino porque parar a la mitad sería una forma de mentir.

Y hay venenos que no circulan por las venas, que no dejan marca en los tejidos ni rastro en los análisis forenses, pero que son los más persistentes de todos porque se instalan en la conciencia y no abandonan a quien los ha absorbido.

Liverpool tiene un río que guarda lo que la ciudad no quiere ver.

El agua no guarda nada para siempre.

Lo que salió a la superficie está en estas páginas.

Lean con cuidado.

CAPÍTULO 1

La primera entrega de Edna

Liverpool — octubre

La llamada llegó a las seis y cuarenta de la mañana, cuando Edna Longhlein llevaba exactamente once minutos despierta y todavía no había decidido si el café merecía el esfuerzo de prepararlo o si bastaba con el té que hervía solo.

Era Gareth, el editor de guardia del turno de madrugada del Northern Courier, con esa voz específica que Edna había aprendido a distinguir en quince años de trabajo: no la voz de las noticias ordinarias, que tenía un tono de trámite inevitable, sino la voz de las noticias que cambian el ritmo del día desde el momento en que llegan.

—Muelles del Albert Dock —dijo Gareth sin preámbulo—. Cadáver. La policía está ahí desde las cuatro. Callahan fue personalmente.

Edna dejó el té donde estaba.

—¿Qué más?

—Nada más. Los de guardia en el puerto dicen que hay más furgonetas de la científica de lo habitual para un hallazgo de madrugada. Y Callahan no ha dado declaraciones todavía, lo cual a estas horas y con lo que hay en el Albert Dock un martes por la mañana es cuando menos llamativo.

—Voy para allá.

Colgó antes de que Gareth pudiera añadir instrucciones que ella no necesitaba. Se vistió en cuatro minutos, grabadora, cuaderno, el anorak impermeable que en Liverpool en octubre no es una precaución sino una obligación, y salió al aire frío de la ciudad que a esa hora tenía esa calidad específica de las mañanas en que algo ha ocurrido y todavía no todo el mundo lo sabe.

El Albert Dock a las siete de la mañana de un martes de octubre es un lugar que no termina de decidir qué quiere ser. De día es turismo y restaurantes y la arquitectura de ladrillo rojo victoriano que los visitantes fotografían con la satisfacción de quien encuentra exactamente lo que esperaba encontrar. De noche y de madrugada es otra cosa: es el puerto que fue antes de convertirse en postal, con el Mersey empujando contra los muelles y el viento que viene del estuario cargado de sal y de esa humedad específica que no moja del todo pero que se instala en la ropa y en el cabello y en los pulmones con la persistencia de algo que sabe que tiene todo el tiempo del mundo.

Edna aparcó a dos calles y caminó el resto. Había tres furgonetas de la policía científica, dos coches patrulla y el coche sin identificación que ella reconocía como el del inspector jefe Derek Callahan porque lo había visto aparcado frente a la comisaría de Merseyside suficientes veces en los últimos ocho años. La cinta policial delimitaba un área más grande de lo que un hallazgo ordinario habría requerido. Dos agentes uniformados controlaban el perímetro con la expresión de quien lleva horas en el frío y preferiría estar en cualquier otro lugar.

Edna se acercó al más joven de los dos.

—Edna Longhlein, Northern Courier. ¿Hay declaraciones previstas?

El agente la miró con la evaluación rápida que los policías jóvenes aprenden antes que nada: periodista, identificar, gestionar, no comprometer.

—El inspector Callahan estará disponible para los medios a partir de las nueve.

—¿Hay más periodistas aquí?

—Usted es la primera.

Edna lo anotó. No porque el dato fuera publicable sino porque era el tipo de dato que en su experiencia decía algo sobre la naturaleza de lo que había detrás de la cinta: si la policía había conseguido mantener el hallazgo fuera de los escáneres de los medios durante casi tres horas era porque había algo que querían procesar antes de que el mundo lo supiera. Eso no ocurría con los hallazgos ordinarios.

Se alejó del perímetro y caminó a lo largo de la cinta buscando el ángulo que le permitiera ver algo sin cruzar el límite. Lo que vio no era mucho: técnicos con monos blancos moviéndose con la concentración sistemática de quien trabaja en una escena que tiene muchas cosas que decir y un tiempo limitado para escucharlas. Un fotógrafo forense que disparaba desde varios ángulos un punto que Edna no podía ver desde donde estaba. Y Callahan, de espaldas a ella, hablando con alguien que Edna reconoció como la médico forense jefa de Merseyside.

Callahan tenía los hombros en esa posición específica que los hombros adoptan cuando la conversación que se está teniendo no es cómoda. Edna lo había visto suficientes veces para reconocerlo.

Sacó el cuaderno y empezó a escribir lo que tenía: hora, lugar, número de efectivos, presencia de Callahan, ausencia de declaraciones. Lo suficiente para el primer párrafo de una entrega que todavía no sabía qué forma tendría. En el periodismo de sucesos hay un momento en que los datos que tienes son insuficientes para la historia que presientes y suficientes para saber que la historia existe. Edna estaba en ese momento.

A las ocho y cuarto, cuando el frío del Mersey había penetrado lo suficiente como para hacerse notar incluso a través del anorak, llegaron los primeros periodistas de otros medios. El Daily Mirror, la BBC regional, un freelance que Edna reconocía de otras escenas y al que saludó con la cordialidad funcional de los colegas que se respetan sin necesitar conocerse demasiado. A las nueve en punto, con una puntualidad que en Callahan Edna había aprendido a interpretar como preparación y no como cortesía, el inspector jefe apareció frente a los micrófonos con esa expresión que los policías veteranos desarrollan para las declaraciones que tienen que dar sin decir lo que saben.

Derek Callahan tenía cincuenta y dos años y el aspecto de alguien que ha visto suficiente para no sorprenderse fácilmente pero que tampoco ha perdido la capacidad de que algo le quite el sueño cuando merece que le

quite el sueño. Era un hombre directo en conversación privada y deliberadamente cauteloso en público, lo cual en un policía de su rango Edna consideraba una virtud y no un defecto. Cuando Callahan era cauteloso era porque tenía razones para serlo.

—A las cuatro y doce de esta mañana —comenzó Callahan, con la cadencia de quien ha memorizado exactamente lo que va a decir y el orden en que va a decirlo— agentes de la policía de Merseyside fueron alertados por un trabajador portuario del hallazgo de una persona sin vida en las inmediaciones del Albert Dock. La identidad de la persona fallecida está siendo establecida. Las circunstancias de la muerte están siendo investigadas. No hay en este momento sospechosos identificados. Tomaremos preguntas.

Edna levantó la mano antes de que nadie más pudiera hacerlo.

—¿Puede confirmar si la muerte fue de causas naturales o si se investiga como homicidio?

Callahan la miró durante un segundo antes de responder, y en ese segundo Edna leyó algo que no estaba en las palabras que vinieron después.

—La muerte se investiga en circunstancias que requieren una evaluación forense completa antes de que podamos hacer ninguna clasificación. Siguiente pregunta.

El periodista del Mirror preguntó por la identidad de la víctima. Callahan repitió que estaba siendo establecida. La periodista de la BBC preguntó por el trabajador portuario que había encontrado el cuerpo. Callahan dio los datos mínimos. Tres preguntas más, tres respuestas que tenían la estructura de las respuestas pero no su sustancia.

Edna no hizo más preguntas en la rueda de prensa. Las guardó para después.

Cuando Callahan se retiraba, ella se movió para interceptarlo en el lateral del grupo, fuera de los micrófonos, con la naturalidad de quien ha practicado ese movimiento suficientes veces para que no parezca lo que es.

—Derek.

Callahan se detuvo. La miró con la expresión de quien sopesa en décimas de segundo cuánto tiempo tiene y si vale la pena invertirlo.

—Edna.

—Circunstancias que requieren evaluación forense completa —repitió ella, en el tono de quien cita para preguntar, no para acusar—. ¿Qué clase de circunstancias?

—Las que describí.

—¿Hay algo en la naturaleza de la muerte que no has visto antes?

Una pausa que duró exactamente lo necesario para ser significativa.

—Estamos investigando —dijo Callahan—. Cuando haya algo que comunicar, lo comunicaremos.

Se alejó. Edna lo observó durante un momento y luego volvió a su cuaderno.

Escribió una sola línea debajo de los datos de la escena, con letra más pequeña que el resto, la letra que usaba para las cosas que eran suyas y no del Courier: *Callahan vio algo que no sabe cómo nombrar todavía. O que no quiere nombrar.*

Luego cerró el cuaderno y sacó el teléfono para llamar a Gareth.

Tenía suficiente para la primera entrega. Una muerte en el Albert Dock, circunstancias bajo investigación, sin sospechosos, sin identidad confirmada de la víctima. Era poco. Era casi nada. Era exactamente lo que la policía quería que los medios tuvieran por ahora.

Pero era también el principio de algo. Edna no sabía todavía de qué. Solo sabía que lo era, con esa certeza que quince años de periodismo de investigación instalan en algún lugar entre el estómago y la razón y que no tiene nombre preciso pero que rara vez se equivoca.

Caminó de regreso al coche con el Mersey a su izquierda, gris y trabajador y completamente indiferente a lo que acababa de ocurrir en sus orillas, como lo había sido siempre y como lo seguiría siendo cuando todo esto terminara.

El agua no juzga. El agua simplemente continúa.

Edna condujo hacia la redacción pensando en la pausa de Callahan. En lo que había durado. En lo que había contenido.

Esa tarde, mientras escribía la primera entrega con los datos que tenía y la cautela que el caso todavía requería, buscó en los archivos del Courier los últimos doce meses de sucesos en la zona portuaria de Liverpool. No encontró nada comparable. Luego buscó en las bases de datos de la Asociación de Prensa los últimos tres años. Tampoco.

Lo anotó en su cuaderno privado, en la página nueva que había abierto esa mañana con la fecha en la esquina superior derecha, como siempre al inicio de cada caso.

Debajo de la fecha escribió tres palabras que no aparecerían en ninguna entrega del Courier pero que esa noche, mientras intentaba dormir con la ventana entreabierta y el ruido lejano del río filtrándose por el cristal, siguieron girando en su cabeza con la persistencia de las cosas que todavía no tienen respuesta pero que ya saben que la van a necesitar:

¿Qué vio Callahan?

La primera entrega apareció en la edición digital del Northern Courier a las dos de la tarde con el titular que Gareth había elegido después de descartar tres versiones anteriores: *Muerte en el Albert Dock bajo investigación policial*. Era un titular que no decía nada que la policía no hubiera dicho ya, lo cual era exactamente lo que Gareth quería en este momento y

exactamente lo que Edna había negociado con él por teléfono durante diez minutos antes de enviar el texto.

La conversación había sido breve pero no sencilla.

—Tienes poco —había dicho Gareth.

—Tengo lo que hay.

—El Mirror va a publicar lo mismo con más adjetivos.

—El Mirror puede publicar lo que quiera. Yo publico lo que sé.

—Edna, los lectores quieren...

—Los lectores quieren la historia completa cuando la tengamos. Por ahora tienen la verdad incompleta, que es lo único honesto que podemos darles.

—Pausa—. Gareth, este caso tiene más de lo que muestra. Deja que lo trabaje.

Gareth había guardado silencio durante tres segundos, que en él equivalían a una decisión tomada.

—Tienes hasta el viernes para la siguiente entrega. Si para entonces no tienes algo más sustancial, te asigno a otro caso y esto pasa a los de sucesos generales.

—El viernes tengo más.

No era una promesa que pudiera garantizar. Era la clase de afirmación que se hace cuando la alternativa es soltar algo que todavía no sabes que no quieres soltar.

Esa tarde, después de enviar la entrega y de pasar una hora respondiendo correos que no merecían una hora pero que la reclamaban de todas formas, Edna llamó a una persona que no aparecería en ninguna de sus entregas pero cuyo número guardaba en la agenda bajo un nombre en clave que había establecido años atrás: el nombre de un restaurante de Chinatown que había cerrado en 2019 y que por lo tanto no generaba ninguna asociación reconocible si alguien revisaba su teléfono.

Marcus llevaba doce años trabajando en el servicio de patología forense de Merseyside. Era meticuloso, discreto, y tenía esa característica específica de las personas que trabajan rodeadas de muerte con regularidad: una honestidad sobre la naturaleza de las cosas que los que trabajan en otros campos rara vez desarrollan de la misma forma. Marcus no dramatizaba y no minimizaba. Describía.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo Edna cuando él respondió.

—Depende de qué.

—El Albert Dock esta mañana.

Silencio breve.

—Edna.

—No te pido datos identificables. No te pido nada que no puedas darme. Solo quiero saber si lo que vi en la cara de Callahan esta mañana corresponde a algo o si estoy leyendo demasiado en una expresión.

Otro silencio, más largo.

—¿Qué viste en su cara?

—A alguien que encontró algo que no sabe cómo clasificar todavía.

Marcus tardó en responder. Cuando lo hizo, su voz tenía el tono específico de las personas que eligen sus palabras no para ocultar sino para ser precisas.

—No voy a decirte nada sobre el caso específico —dijo—. Pero te voy a decir algo en general, como ejercicio hipotético, sobre lo que le hace a un forense veterano encontrar una muerte que no encaja en los patrones que lleva décadas procesando.

—Te escucho.

—Le quita el sueño. No el horror, que eso un forense veterano lo gestiona. Le quita el sueño la pregunta de qué nivel de conocimiento requiere producir algo así. Porque el conocimiento implica un tipo de persona que no es el tipo de persona que aparece habitualmente en los casos de homicidio, y ese tipo de persona, si existe, es considerablemente más difícil de encontrar que los tipos habituales.

—¿Conocimiento de qué campo?

—Eso sería especificidad que no puedo darte.

—¿Biología?

—Edna.

—¿Química?

—Buenas noches —dijo Marcus, y colgó.

Edna se quedó mirando el teléfono durante un momento. Luego lo dejó sobre la mesa y fue a la ventana de su apartamento desde donde, si uno se esforzaba un poco y la niebla del Mersey lo permitía, podía verse una franja del río entre los edificios del puerto. Esa noche la niebla no lo permitía. Solo había oscuridad y los reflejos difusos de las luces de la orilla en el agua invisible.

Biología o química. O las dos. Un nivel de conocimiento especializado que en la experiencia del forense no era el perfil habitual.

Abrió el cuaderno privado en la página del caso y escribió debajo de la pregunta sobre Callahan una segunda línea:

Conocimiento científico especializado. ¿Biología? ¿Química? ¿Las dos?

Luego escribió una tercera, que no era un dato sino una hipótesis, y las hipótesis en su cuaderno privado siempre iban entre paréntesis para recordarle que todavía no eran hechos:

(¿Universidad?)

Cerró el cuaderno. Era tarde. Mañana tenía que empezar a construir la segunda entrega con los datos que todavía no tenía pero que sabía que estaban ahí, esperando en algún lugar entre la cinta policial del Albert Dock y la respuesta que Marcus no le había dado pero que de todas formas le había dado.

El Mersey seguía fluyendo afuera, invisible y constante, con la indiferencia de quien lleva siglos viendo pasar las historias de esta ciudad sin necesitar guardarlas para recordarlas.

El río no necesita recordar. Lo guarda todo de todas formas.

CAPÍTULO 2

Algo en el agua

Liverpool — tres semanas después

La llamada de Gareth llegó un miércoles por la tarde, cuando Edna estaba en la redacción trabajando en una pieza sobre el presupuesto municipal que no le interesaba pero que había aceptado porque los presupuestos municipales son el tipo de historia que los periódicos necesitan y que los periodistas de investigación cubren entre casos para recordarle a sus editores que todavía existen.

—Muelle de Bramley-Moore —dijo Gareth, con la misma voz de las seis y cuarenta de la mañana de tres semanas atrás—. Otro cadáver. Callahan está ahí.

Edna ya había cerrado el documento del presupuesto antes de que Gareth terminara la frase.

El muelle de Bramley-Moore estaba a dos kilómetros del Albert Dock, más al norte, en una zona de la ribera que el proyecto de regeneración urbana todavía no había alcanzado del todo y que conservaba esa arquitectura industrial de ladrillo oscuro y hierro oxidado que en Liverpool existe en el espacio intermedio entre la ruina y la memoria. Era un lugar donde nadie vivía y donde la gente pasaba con propósito, no sin él. No era el tipo de lugar donde uno se detenía sin razón.

Edna llegó antes que la mayoría de los medios pero después que la policía, que esta vez había establecido un perímetro aún más amplio que en el Albert Dock. Contó cinco furgonetas de la científica. En el caso anterior había tres.

Eso era ya una historia antes de que nadie dijera una palabra.

Encontró a Callahan hablando por teléfono junto a su coche, de espaldas a la escena, con esa postura de quien necesita distancia física de lo que acaba de ver para poder hablar con normalidad. Cuando terminó la llamada y se giró, Edna estaba a cuatro metros de él y él lo sabía porque Callahan era el tipo de hombre que siempre sabía quién estaba a cuatro metros de él.

—Edna.

—Derek. ¿Segunda vez en tres semanas?

—Sin declaraciones hasta las diez.

—No te pido declaraciones. Te pregunto si es el mismo método.

Callahan la miró durante un momento con la expresión de alguien que está evaluando el costo de responder frente al costo de no responder.

—No tenemos confirmación forense todavía.

—¿Pero tienes una opinión?

—Los policías no tenemos opiniones. Tenemos investigaciones en curso.

Se alejó hacia la escena. Edna lo vio levantar la cinta y desaparecer detrás de las furgonetas de la científica, y anotó en su cuaderno lo que acababa de ocurrir, no las palabras sino el espacio entre las palabras, que era donde vivía la información real: Callahan no había dicho que no era el mismo método. Callahan había dicho que no tenían confirmación forense. Esa distinción, para quien sabía leerla, no era menor.

Esperó. Era la habilidad más importante del periodismo de investigación y la menos glamorosa: la capacidad de quedarse en un lugar frío durante horas sin ninguna garantía de que la espera produjera algo, porque la alternativa era marcharse y perderse lo que ocurriera después.

A las diez menos cuarto apareció Marcus entre el grupo de técnicos forenses que salían de la escena. No la miró. Pasó a tres metros de ella sin girar la cabeza, pero cuando lo hizo dejó caer algo al suelo con la naturalidad de quien tropieza, se agachó a recogerlo, y al incorporarse se había colocado dos pasos más cerca de donde Edna estaba.

Ella no se movió. Tampoco habló. Esperó.

—El mismo patrón —dijo Marcus en voz muy baja, mirando hacia el río—. No voy más lejos que eso.

—¿Mismo método?

—Mismo resultado. El método es lo que estamos intentando establecer.

—¿Cuánto tiempo llevaba muerta la víctima?

—Edna.

—¿Horas? ¿Días?

Marcus recogió lo que había dejado caer, que era un bolígrafo ordinario, y se lo guardó en el bolsillo de la bata.

—El proceso que produce ese resultado —dijo, eligiendo cada palabra con la precisión de quien sabe que está en el límite de lo que puede decir—, no es rápido. No es algo que ocurra en minutos.

Se alejó antes de que ella pudiera hacer otra pregunta.

Edna se quedó mirando el río durante un momento. El Mersey a esa hora de la noche era una masa oscura y en movimiento que reflejaba las luces del

puerto con esa distorsión específica del agua agitada, convirtiendo los reflejos en algo que se parecía a las luces pero que no era exactamente las luces. Era el tipo de imagen que la mente archiva sin proponérselo.

No es rápido. No es algo que ocurra en minutos.

Escribió eso en su cuaderno con mayúsculas y lo subrayó dos veces.

La rueda de prensa de las diez fue más larga que la anterior y produjo menos información útil, lo cual en la experiencia de Edna era una señal de que la policía tenía más pero no estaba lista para compartirlo. Callahan confirmó que se investigaba una segunda muerte en circunstancias similares a la del Albert Dock tres semanas atrás. Confirmó que se había abierto una investigación conjunta. No confirmó si había un sospechoso, si había pistas, si los perfiles de las víctimas tenían algún elemento en común. Respondió preguntas con la habilidad específica de quien ha aprendido a dar respuestas que satisfacen la forma sin satisfacer el fondo.

Edna hizo una sola pregunta en la rueda de prensa.

—Inspector Callahan, ¿puede confirmar si la investigación contempla la posibilidad de que el perpetrador tenga conocimientos científicos especializados?

El silencio que siguió a esa pregunta duró aproximadamente dos segundos, que en una rueda de prensa es una eternidad. Edna vio a Callahan procesarla, vio el momento en que decidió qué responder, y vio algo más que estaba entre esas dos cosas y que no tenía nombre preciso pero que se parecía al reconocimiento.

—La investigación contempla todas las posibilidades en esta fase —dijo Callahan—. Siguiendo pregunta.

El periodista del Mirror, que estaba a la izquierda de Edna, le preguntó en voz baja mientras Callahan respondía la siguiente pregunta:

—¿Sabes algo que no compartiste con los demás?

—Hago las mismas preguntas que cualquiera —dijo Edna.

—No —dijo el periodista del Mirror—. Tú haces preguntas distintas.

Edna no respondió. Anotó el intercambio en su cuaderno como información colateral: alguien en la prensa había notado que sus preguntas eran específicas. Eso significaba que debía ser más cuidadosa, no con la información sino con la forma de usarla, porque la información prematura en el periodismo de investigación no protege la historia sino que la destruye.

Esa noche, sentada en su apartamento con el cuaderno abierto y los datos de las dos escenas del crimen distribuidos en una tabla que había dibujado a mano porque el papel le permitía una visibilidad que la pantalla no tenía, Edna intentó construir lo que sabía con certeza, lo que sabía por fuentes no verificables y lo que era todavía hipótesis.

Lo que sabía con certeza era poco: dos muertes en tres semanas, misma zona portuaria, circunstancias similares según la policía, método no divulgado, sin sospechosos identificados públicamente.

Lo que sabía por fuentes no verificables era más interesante: el proceso que producía el resultado observado no era rápido, lo cual implicaba que las víctimas habían estado bajo el control del perpetrador durante un período de tiempo que la muerte instantánea no requería. Y el conocimiento necesario para producir ese resultado era especializado, de un tipo que no correspondía al perfil habitual de los homicidas que la policía de Merseyside procesaba habitualmente.

Lo que era todavía hipótesis, marcado entre paréntesis como siempre, era la conexión con el mundo académico. La Universidad de Liverpool era una de las instituciones de investigación más importantes del norte de Inglaterra, con departamentos de biología marina, química avanzada y ciencias de la salud que en conjunto representaban exactamente el tipo de entorno donde alguien podría desarrollar ese conocimiento especializado. Era una hipótesis sin fundamento verificable todavía. Pero era la única hipótesis que explicaba todos los datos disponibles sin requerir ningún supuesto adicional.

En el periodismo de investigación, como en la ciencia, la hipótesis que explica todos los datos con el menor número de supuestos adicionales es la que merece atención primero. No porque sea necesariamente correcta sino porque es el punto de partida más honesto.

Edna dibujó un círculo alrededor de la palabra Universidad y trazó desde ella cuatro líneas hacia cuatro preguntas: ¿Qué departamentos? ¿Qué tipo de investigación? ¿Qué acceso a materiales restringidos? ¿Qué tipo de persona?

La cuarta pregunta la borró y la volvió a escribir con una formulación diferente, porque la primera versión era demasiado vaga para ser útil: ¿Qué tipo de persona tiene ese conocimiento, ese acceso y esa motivación?

La motivación era la variable que los datos todavía no le permitían abordar. Las dos víctimas no tenían identidad pública confirmada todavía. Sin perfil de las víctimas no había forma de inferir el criterio de selección. Sin criterio de selección no había forma de aproximarse a la motivación. Era la secuencia lógica correcta y era también la secuencia más lenta.

Escribió en la parte inferior de la página, separado del resto por una línea horizontal: *Lo que hace Callahan no dormir no es el horror. Es la pregunta de qué nivel de inteligencia requiere esto.*

Luego apagó la luz y trató de dormir, con relativo éxito, mientras afuera el Mersey seguía haciendo lo que el Mersey hacía siempre: fluir hacia el estuario con la indiferencia constante de quien no necesita que nadie lo observe para seguir siendo lo que es.

A las dos de la madrugada, cuando llevaba una hora sin conseguir que la mente se callara del todo, encendió la lámpara de la mesilla y añadió una línea más al cuaderno que tenía en la mesilla de noche porque había aprendido hace años que las ideas que llegan a las dos de la madrugada no esperan a la mañana:

Las dos víctimas. ¿Qué tienen en común además del método? Mañana: identidades.

Apagó la lámpara.

Afuera, Liverpool dormía sobre sus secretos como lo había hecho siempre, sin saber todavía que algunos de esos secretos estaban a punto de volverse imposibles de ignorar.

Las identidades llegaron al día siguiente, no a través de Callahan sino a través de una fuente en el registro civil que Edna había cultivado durante años con la paciencia de quien sabe que las fuentes más útiles son las que no parecen útiles hasta que de repente lo son.

La primera víctima, la del Albert Dock, era un hombre de cuarenta y siete años llamado Raymond Howell. Contable, divorciado, residente en Aigburth desde hacía doce años. Sin antecedentes penales, sin vínculos conocidos con actividades ilegales, sin nada en el perfil que explicara por qué alguien querría hacerle daño de una manera que requiriera conocimiento científico especializado y un tiempo prolongado de control sobre la víctima.

La segunda víctima, la del muelle de Bramley-Moore, era un hombre de cincuenta y tres años llamado Peter Okafor. Profesor de secundaria jubilado, viudo, residente en Toxteth. Tampoco antecedentes, tampoco vínculos evidentes con nada que generara ese tipo de enemigos.

Edna puso los dos nombres en su tabla y buscó durante tres horas el denominador común que debía existir si el perpetrador los había elegido por alguna razón y no al azar. El azar era posible pero improbable: el nivel de planificación que el método sugería no era compatible con la selección aleatoria de víctimas. Alguien que invertía ese grado de conocimiento y preparación en lo que hacía no elegía a sus víctimas sin criterio.

No encontró la conexión en los datos públicos disponibles. Eso no significaba que no existiera. Significaba que estaba en los datos no públicos, que eran los que la policía tenía y que Edna todavía no tenía.

Llamó a Callahan. No para pedirle información sino para algo más específico.

—Derek, necesito hacerte una pregunta que no es para publicar.

—Edna, todas tus preguntas son para publicar.

—Esta no. Esta es para entender si estoy mirando en la dirección correcta o estoy perdiendo el tiempo.

Una pausa.

—¿Qué pregunta?

—¿Howell y Okafor se conocían?

El silencio que siguió duró lo suficiente para ser una respuesta en sí mismo.

—No puedo confirmar ni desmentir datos de la investigación —dijo Callahan finalmente.

—No me lo confirmes ni me lo desmientas. Solo dime si la pregunta es relevante o si estoy mirando en la dirección equivocada.

Otra pausa, más corta.

—No estás mirando en la dirección equivocada —dijo Callahan, y colgó.

Edna miró el teléfono durante un momento. Luego escribió en su cuaderno: *No se conocían. O se conocían de una forma que la policía todavía no ha encontrado. En cualquier caso, la conexión no es obvia. La conexión es el perpetrador, no las víctimas entre sí.*

Era una conclusión que cambiaba el enfoque de la investigación de forma significativa. Si las víctimas no tenían conexión entre ellas, el hilo a seguir no estaba en sus historias personales sino en el criterio de selección del perpetrador. Y ese criterio, lo que hacía que esas personas específicas fueran elegidas sobre todas las demás, era la puerta de entrada a todo lo que venía después.

Esa tarde escribió la segunda entrega para el Courier. Era más sólida que la primera porque tenía más datos, pero seguía siendo cuidadosamente incompleta, como todas las entregas que Edna escribía cuando sabía que la historia real todavía estaba construyéndose y que publicar demasiado pronto era destruirla antes de que tuviera forma completa.

Gareth la llamó después de leerla.

—Está bien —dijo, con el tono de quien esperaba más y acepta lo que hay—. Pero Edna, los tabloides ya empezaron a especular sobre un asesino en serie. Si no avanzamos más rápido vamos a quedar detrás de la historia que tú misma estás construyendo.

—Los tabloides especulan. Yo investigo. Son cosas distintas.

—Para los lectores no siempre lo parecen.

—Para los lectores que importan, sí —dijo Edna, y colgó con más firmeza de lo que pretendía.

Se quedó mirando la pantalla con la segunda entrega publicada, con su nombre al pie y con esa sensación específica que tenía cuando sabía que lo que había escrito era sólido pero incompleto, que era la sensación más común del periodismo de investigación y también la más difícil de gestionar: saber más de lo que puedes decir y tener que confiar en que el tiempo completará lo que el momento no permite.

En su cuaderno privado, debajo de todo lo que había acumulado en las últimas semanas, escribió una última línea antes de cerrar la página del día:

Hay algo en este caso que no es solo un crimen. Todavía no sé qué. Pero está ahí.

Lo subrayó. Lo dejó ahí. Y salió a caminar por Liverpool con el frío de octubre empujando desde el río, pensando en Raymond Howell y en Peter Okafor, dos hombres ordinarios que habían tenido la desgracia de cruzarse con algo extraordinario sin saber que lo estaban haciendo, y en quién podría haberlos elegido y por qué, y en lo que ese quién representaba que todavía no tenía nombre en ninguno de sus cuadernos.

El nombre llegaría. Siempre llegaba.

La pregunta era cuánto costaría encontrarlo.

CAPÍTULO 3

El nombre que la prensa le dio

Liverpool — mes 2

El nombre apareció un lunes por la mañana en la portada del Daily Mail.

No era un nombre que alguien hubiera elegido con cuidado ni con la responsabilidad que el periodismo exige cuando las palabras producen consecuencias que sobreviven a la noticia que las origina. Era el nombre que alguien había elegido con rapidez, con el instinto de quien sabe que el titular correcto vende más que el titular preciso, y que una vez publicado adquirió la vida propia y persistente de las etiquetas que el lenguaje popular adopta antes de que nadie pueda detenerlas.

El Escultor del Dolor.

Edna lo leyó en el quiosco de la esquina de su calle antes de entrar a la redacción, de pie en la acera con el periódico en la mano y el frío de noviembre empujando desde el norte, y sintió algo que no era exactamente rechazo pero que tampoco era aprobación. Era la incomodidad específica de quien reconoce que una etiqueta es efectiva precisamente porque captura algo real, aunque la forma de capturarlo sea irresponsable.

El Escultor del Dolor.

Decía demasiado y no decía nada. Decía que el método producía sufrimiento prolongado, lo cual era información que la policía no había confirmado públicamente y que el Daily Mail había obtenido de alguna fuente que no merecía ser fuente. Decía que había un patrón artístico en los crímenes, lo cual era una interpretación que nadie con información suficiente habría elegido, porque convertir en arte lo que era otra cosa muy diferente era exactamente el tipo de distorsión que hacía más difícil la comprensión real de lo que ocurría. Y decía, sobre todo, que la prensa nacional había llegado al caso con toda su capacidad de amplificación y que a partir de ese momento la historia que Edna estaba construyendo pacientemente desde adentro iba a competir con la versión que otros construían desde afuera con menos información y más velocidad.

Entró a la redacción con el periódico bajo el brazo y encontró a Gareth de pie junto a su escritorio con esa expresión de los editores cuando el mundo acelera antes de que ellos estén listos.

—Lo viste —dijo Gareth.

—Lo vi.

—El Mirror tiene algo parecido para mañana. La BBC nacional va a cubrir la rueda de prensa de esta tarde. Esto ya no es una historia de Liverpool, Edna. Es una historia nacional.

—Era una historia nacional desde la segunda víctima. Solo que nadie lo sabía todavía.

—Ahora todo el mundo lo sabe. —Gareth se sentó—. Necesito que esta semana publiques algo que nos posicione como la referencia del caso. No solo cobertura. Análisis. Contexto. Algo que los lectores no puedan encontrar en el Mail ni en el Mirror.

—Estoy trabajando en eso.

—¿Cuánto tiempo necesitas?

—El que necesite para hacerlo bien.

Gareth la miró con la paciencia agotada de los editores que han aprendido que esa respuesta es la única que Edna Longhlein da cuando está en medio de algo.

—Tres días —dijo—. Tienes tres días.

La rueda de prensa de esa tarde fue diferente a las anteriores. Más periodistas, más cámaras, más preguntas formuladas con la urgencia de quienes llegaban al caso sin el contexto que los locales habían acumulado en semanas. Callahan lo gestionó con la misma contención de siempre pero con una tensión adicional que Edna reconoció: la tensión de alguien que tiene que proteger una investigación activa de la presión de una cobertura mediática que acababa de multiplicarse por diez.

Confirmó que la policía de Merseyside investigaba dos muertes relacionadas con circunstancias que requerían análisis forense especializado. Confirmó que se había solicitado apoyo técnico a Scotland Yard. No confirmó el método, no confirmó si había más víctimas de las conocidas, no confirmó si existía un perfil del sospechoso.

Un periodista de Sky News preguntó si la policía podía confirmar o desmentir el nombre que la prensa había dado al responsable.

Callahan lo miró durante un momento.

—La policía de Merseyside no da nombres a los sospechosos mientras la investigación está en curso —dijo—. Hacerlo prejuzga y entorpece el trabajo de identificación. Les pediría a los medios que ejercieran la misma responsabilidad.

Era la respuesta más directa que Edna le había escuchado dar en toda la cobertura del caso, y era también la más política, porque estaba dirigida tanto a los periodistas en la sala como a los editores que los habían mandado. Edna la anotó con comillas en su cuaderno público, el que era para las entregas, y añadió en el privado una observación que no aparecería en ninguna publicación: *Callahan está furioso. No con el asesino, eso ya lo procesó. Está furioso con el Mail. Eso significa que lo que publicaron tenía suficiente verdad para hacerle daño a la investigación.*

Después de la rueda de prensa, mientras los corresponsales nacionales empaquetaban sus equipos con la eficiencia de quien pasará la noche en un hotel de la ciudad y mañana seguirá la historia desde donde la dejó, Edna se quedó en la sala hasta que todos salieron. Luego fue a buscar a Callahan, que estaba en el pasillo hablando con su segundo, el sargento Idris, en voz baja.

Callahan la vio acercarse y dijo algo a Idris que hizo que el sargento se alejara.

—No tengo nada para ti —dijo Callahan antes de que ella abriera la boca.

—No vengo a pedirte nada. Vengo a decirte algo.

Él la miró.

—El nombre que publicó el Mail —dijo Edna— implica que el método produce sufrimiento prolongado. Yo no publiqué eso porque no podía verificarlo. El Mail sí lo publicó, lo cual significa que tienen una fuente dentro del proceso forense que está filtrando información que debería estar protegida.

Callahan no dijo nada durante un momento.

—¿Por qué me dices esto?

—Porque si hay una filtración en el proceso forense que pueda comprometer la investigación, prefiero que lo sepas yo primero que encontrarlo en el Mail mañana por la mañana.

—¿Y qué quieres a cambio?

—Nada que no puedas darme. —Edna hizo una pausa—. Solo quiero que cuando tengas algo que puedas compartir, lo compartas conmigo antes que con los de Sky News, que llegaron hoy y mañana estarán en otra ciudad.

Callahan la estudió durante un momento con la expresión de alguien que está evaluando una propuesta que no esperaba recibir en esos términos.

—No puedo prometerte exclusivas.

—No te pido exclusivas. Te pido contexto antes que los demás. Hay diferencia.

Callahan asintió despacio, no como quien acepta sino como quien registra.

—Voy a investigar la filtración —dijo—. Y si encuentro algo que pueda ayudarte a entender el caso mejor, lo consideraré.

Era menos de lo que Edna esperaba y más de lo que había tenido hasta ese momento. Lo anotó en su cuaderno privado esa noche como un avance que todavía no era un acuerdo pero que podía convertirse en uno si la investigación lo requería.

Los tres días que Gareth le había dado Edna los usó de la siguiente manera.

El primero lo dedicó a construir el contexto que su editor quería: una pieza sobre los casos históricos de asesinatos en serie en el Reino Unido y lo que los diferenciaba del caso de Liverpool, con consultas a criminólogos de dos universidades que hablaron en términos generales con la cautelosa imprecisión de los académicos que no quieren comprometerse con un caso activo pero tampoco quieren perder la oportunidad de ser citados en el *Courier*.

Lo que publicó era sólido y era útil para los lectores que llegaban al caso sin contexto. Lo que no publicó, lo que fue al cuaderno privado, era más interesante: uno de los criminólogos, una mujer de la Universidad de Manchester que había estudiado durante años los perfiles de asesinos con conocimiento científico especializado, le había dicho algo off the record que Edna subrayó tres veces en sus notas.

—Lo que describe —había dicho la criminóloga, eligiendo sus palabras con la precaución de quien habla de algo que le incomoda— no es el perfil de alguien que mata por satisfacción inmediata ni por control ni por los motivos que habitualmente organizan este tipo de conducta. El nivel de conocimiento que requiere y el tiempo que invierte sugieren a alguien para quien el proceso en sí mismo tiene un significado que va más allá del acto. Es alguien que está demostrando algo. La pregunta es a quién.

—¿A quién podría estar demostrándose?

—Eso es lo que necesitarían encontrar para entender el caso —había dicho la criminóloga—. No quién es. Sino a quién se lo está demostrando.

Edna había cerrado la grabadora y había anotado esa frase en su cuaderno privado con mayúsculas: *NO QUIÉN ES. SINO A QUIÉN SE LO ESTÁ DEMOSTRANDO.*

Era la pregunta más útil que nadie le había dado desde que el caso comenzó. Era también la más difícil de responder, porque requería entender la lógica interna de alguien cuya lógica interna todavía era completamente opaca.

El segundo día lo dedicó a los perfiles de las víctimas, buscando en los archivos públicos, en los registros de asociaciones locales, en los grupos comunitarios de Aigburth y Toxteth, algún hilo que conectara a Raymond Howell y a Peter Okafor de una manera que no fuera evidente a primera vista. No encontró nada. Siguió siendo dos hombres ordinarios sin conexión visible entre ellos.

El tercer día escribió la entrega para Gareth, que era la mejor que había producido hasta ese momento sobre el caso: contexto criminológico sólido,

perfiles de las víctimas sin especulación, análisis de lo que la elección del método decía sobre el perpetrador sin comprometer la investigación policial. Era una pieza que se podía leer en cinco minutos y que dejaba al lector con más preguntas que respuestas, que era exactamente lo que el buen periodismo de investigación debía hacer en esta fase.

Gareth la leyó en quince minutos y la llamó.

—Es buena —dijo.

—Lo sé.

—Pero no es lo que el Mail tiene.

—No. El Mail tiene filtraciones irresponsables de una fuente que está comprometiendo una investigación activa. Yo tengo periodismo. Son cosas distintas.

—Los lectores, Edna...

—Los lectores que nos leen a nosotros no nos leen para tener lo mismo que el Mail más tarde. Nos leen para tener algo diferente primero. Dame tiempo.

Gareth publicó la entrega esa tarde. Fue la más compartida del Courier en esa semana, no por los lectores que seguían el caso desde el principio sino por los que llegaban nuevos, atraídos por el nombre que el Mail había lanzado al mundo, y que encontraban en la entrega de Edna algo que el Mail no tenía: precisión sin sensacionalismo, contexto sin distorsión, y la sensación de que detrás de esa firma había alguien que sabía más de lo que escribía y que estaba esperando el momento correcto para escribirlo.

Esa sensación no era falsa.

En su cuaderno privado, esa noche, Edna añadió una línea nueva al mapa del caso que llevaba semanas construyendo: *No quién es. A quién se lo está demostrando. ¿Al mundo? ¿A alguien específico? ¿A sí mismo?*

Debajo, después de un momento, escribió una cuarta opción que las otras tres no cubrían y que no sabía todavía si era una hipótesis o simplemente una intuición de las dos de la madrugada que mañana descargaría a la luz del día:

¿A la naturaleza?

Lo miró durante un momento. No lo borró.

Afuera, Liverpool dormía bajo una lluvia que el Mersey recibiría sin comentarios, como recibía todo lo que caía sobre él, sumándolo al caudal sin distinción ni jerarquía, porque el río no diferencia entre el agua que cae del cielo y la que arrastra desde tierra adentro.

Todo termina en el río.

Todo termina en el mar.

Lo que Edna no sabía esa noche, y que habría cambiado el sueño que finalmente consiguió de forma considerable, era que a tres kilómetros de su

apartamento, en un laboratorio que formaba parte de las instalaciones de investigación de la Universidad de Liverpool, alguien estaba trabajando con la concentración de quien sabe exactamente lo que está haciendo y no necesita apresurarse porque el tiempo es una variable que controla con la misma precisión con que controla todas las demás.

El laboratorio estaba en el sótano de un edificio secundario del campus, en un ala que los departamentos principales usaban para almacenamiento de equipos obsoletos y que rara vez recibía visitas después de las seis de la tarde. Las luces del pasillo exterior llevaban seis meses fundidas, y nadie había llenado el formulario de mantenimiento correspondiente porque nadie que pasara por ese pasillo con regularidad necesitaba las luces para saber dónde estaba.

Era un lugar que la universidad poseía sin conocer del todo.

Dentro, bajo la luz artificial de los fluorescentes que el laboratorio tenía propios y que nadie desde el exterior podía ver encendidos, el trabajo continuaba con esa calma específica de los procesos que no se pueden apresurar porque su naturaleza no lo permite. No era impaciencia lo que gobernaba ese espacio. Era lo contrario: una paciencia construida durante años de práctica, de estudio, de comprensión progresiva de los límites de lo que la biología permite y de lo que requiere para ser controlada en lugar de simplemente observada.

Las notas que se acumulaban en el cuaderno de laboratorio, escritas con la letra pequeña y precisa de quien ha aprendido a documentar con exactitud porque la exactitud es la diferencia entre el conocimiento y la intuición, eran el registro de un trabajo que no tenía precedente en ninguna publicación científica que Edna, o Callahan, o la criminóloga de Manchester, pudieran haber consultado. Era conocimiento nuevo. Conocimiento construido en silencio, en un sótano sin nombre en un campus que dormía, por alguien que el mundo todavía no sabía que estaba buscando.

El nombre del Escultor del Dolor, que esa mañana había cruzado Liverpool en las portadas de los periódicos nacionales, no había producido ninguna reacción visible en ese laboratorio. Ni alarma, ni satisfacción, ni ninguno de los gestos que los nombres producen en quienes los reciben.

Solo un momento de pausa. Un bolígrafo depositado sobre la mesa. Una mirada al techo durante tres segundos exactos.

Y luego el trabajo continuó.

CAPÍTULO 4

La universidad y el mar

Liverpool — mes 3

La idea de buscar en la universidad no llegó de golpe sino de la manera en que llegan las ideas que importan: por acumulación. Una observación aquí, una referencia allá, una conversación que termina en un punto que no es el

que ninguno de los dos interlocutores esperaba cuando empezó, y de repente el mapa tiene una línea nueva que antes no estaba y que en retrospectiva parece obvia aunque en el momento de trazarla no lo fuera en absoluto.

Lo que la inició fue una conversación con su vecino del cuarto piso.

David Chen tenía sesenta y dos años, era profesor emérito de química orgánica de la Universidad de Liverpool y tenía la costumbre de bajar a recoger el correo a las ocho y cuarto de la mañana exacta, lo cual coincidía con la hora en que Edna salía de su apartamento hacia la redacción cuando no tenía entrevistas que la llevaran en otra dirección. Habían desarrollado a lo largo de tres años una amistad de escalera, el tipo específico de amistad que existe entre personas que se aprecian y que saben que ese aprecio no requiere más contacto del que el azar del edificio ya les proporciona.

Esa mañana, mientras esperaban juntos el ascensor con el correo que ninguno de los dos había tenido tiempo de abrir todavía, David señaló el periódico que Edna llevaba bajo el brazo.

—Sigues con el caso del puerto —dijo, en el tono de quien no pregunta sino observa.

—Sigo con él.

—¿Tienes idea de lo que implica el método?

Edna lo miró.

—¿Tú sí?

David abrió la puerta del ascensor con la tarjeta del edificio y esperó a que ella entrara primero.

—No sé nada del caso específico —dijo—. Solo lo que publican los periódicos, que según tú no es lo más fiable. Pero hay algo en la descripción general que lleva semanas haciéndome pensar.

—¿Qué descripción?

—La del sufrimiento prolongado sin muerte inmediata. La de un método que requiere conocimiento especializado. —David presionó el botón de su planta y luego el de la planta baja para Edna—. Hay muy pocas sustancias en la naturaleza que producen ese tipo de efecto con esa precisión. Sustancias que paralizan el sistema nervioso de forma gradual y controlable, que pueden dosificarse de manera que el organismo no colapse antes de tiempo, que dejan el cerebro suficientemente funcional para que la víctima sea consciente de lo que le ocurre mientras ocurre. —Hizo una pausa—. La mayoría de ellas son de origen marino.

El ascensor se detuvo en la cuarta planta. David salió y se giró antes de que las puertas se cerraran.

—No te estoy diciendo nada que no puedas encontrar en cualquier texto de toxicología avanzada —dijo—. Solo te digo que si yo estuviera buscando a

alguien con ese conocimiento específico, sabría exactamente en qué departamentos de qué universidades empezar a mirar.

Las puertas se cerraron.

Edna llegó a la planta baja con el periódico todavía bajo el brazo y la conversación todavía en la cabeza, y en lugar de girar hacia la derecha en dirección a la redacción giró hacia la izquierda en dirección al café de la esquina, donde pidió un té que se enfrió mientras ella escribía en su cuaderno privado todo lo que David acababa de decirle con la precisión de quien transcribe antes de que el matiz se pierda.

Sustancias de origen marino. Dosificación controlada. Sistema nervioso. Consciencia preservada.

Departamentos específicos en universidades específicas.

Escribió debajo: *David no me dijo esto para que lo publicara. Me lo dijo porque lleva semanas pensando en ello y necesitaba decírselo a alguien. Eso significa que la conexión es lo suficientemente obvia para un químico de su experiencia como para que no pueda quitársela de la cabeza.*

Salió del café sin haber tocado el té y caminó hacia la redacción con el paso de quien ya sabe adónde va aunque todavía no sepa exactamente cómo llegar.

La Universidad de Liverpool tenía diecisiete departamentos de investigación activa en ciencias naturales, de los cuales cuatro trabajaban con sustancias biológicas de origen marino en alguna capacidad: el Departamento de Biología Marina y Oceanografía, el de Bioquímica y Biotecnología, el de Farmacología y Toxicología, y el de Química Orgánica Aplicada. Edna los identificó en el sitio web de la universidad en veinte minutos y pasó las siguientes tres horas leyendo publicaciones recientes de cada uno, buscando no el conocimiento en sí sino las personas que lo tenían.

Era un ejercicio que requería paciencia y una tolerancia razonable para leer abstracts de artículos científicos sin formación científica, dos habilidades que el periodismo de investigación desarrolla por necesidad. Lo que buscaba no era comprender la ciencia sino identificar patrones: quién trabajaba con qué, quién había publicado sobre toxinas marinas en los últimos cinco años, quién tenía acceso a los materiales que ese tipo de investigación requería.

Encontró cuarenta y siete investigadores activos en esos cuatro departamentos. De ellos, diecinueve habían publicado trabajo relacionado con toxinas o venenos de origen marino en algún momento de sus carreras. De esos diecinueve, ocho tenían acceso documentado a los protocolos de manipulación de materiales biológicos de alta peligrosidad que la universidad establecía como requisito para ciertos tipos de investigación.

Ocho personas. Era todavía demasiados, pero era incomparablemente menos que la ciudad entera.

Pasó la tarde construyendo los perfiles públicos de los ocho: publicaciones, proyectos de investigación, afiliaciones institucionales, presencia en conferencias, cualquier cosa que los registros públicos contuvieran. Era trabajo lento y en muchos casos infructuoso porque los investigadores académicos no tienen, en general, una presencia pública que trascienda su producción científica, y la producción científica no habla de las personas sino de los resultados.

Lo que buscaba, y que no encontró en ninguno de los ocho con suficiente claridad como para que fuera más que una intuición, era el tipo de detalle que distingue a alguien que trabaja con toxinas marinas por razones científicas convencionales de alguien cuya relación con ese conocimiento tiene una dimensión adicional que los artículos publicados no capturan. Era buscar algo que probablemente no estuviera en ningún registro público, y saberlo no hacía que la búsqueda fuera menos necesaria.

Al final de la tarde tenía ocho perfiles incompletos y una convicción que no podía publicar todavía pero que era suficientemente sólida como para orientar las semanas siguientes: el perpetrador conocía esas sustancias desde adentro, no como curiosidad intelectual sino como práctica. Ese nivel de dominio no se adquiría leyendo. Se adquiría haciendo.

Llamó a Callahan a las seis.

—Derek. Una pregunta que no es para publicar.

—Edna, llevamos semanas con ese acuerdo tácito y empieza a parecerme menos tácito y más unilateral.

—¿Ha solicitado la policía información a la Universidad de Liverpool en el marco de la investigación?

Una pausa.

—No puedo confirmar ni desmentir los pasos de la investigación.

—No te pido que confirmes. Te pido que si la respuesta es no, lo consideres.

Otro silencio, más corto.

—¿Por qué la universidad específicamente?

—Porque el método que produces ese resultado en esas condiciones requiere un conocimiento que no se aprende en ningún otro lugar de Liverpool.

Callahan no respondió de inmediato. Cuando lo hizo su voz tenía algo que Edna reconoció como la versión verbal de un asentimiento que no quería hacer audible.

—Te llamo si hay algo que pueda decirte —dijo, y colgó.

Edna guardó el teléfono y miró los ocho perfiles en la pantalla de su ordenador. Ocho personas que estudiaban cosas que muy poca gente estudiaba en una ciudad que no sabía todavía lo que tenía entre sus calles. Ocho personas de las que no sabía nada que no estuviera en los registros públicos, que era precisamente el problema con los registros públicos:

decían lo que alguien había hecho pero no quién era esa persona cuando nadie la miraba.

Guardó los perfiles en una carpeta que etiquetó con el nombre del café donde había tomado el té que no bebió esa mañana, por la misma razón por la que el número de Marcus tenía el nombre de un restaurante cerrado: porque los archivos con nombres obvios son los primeros que alguien encuentra cuando busca lo que no debería encontrar.

Esa noche, antes de dormir, añadió una línea al cuaderno privado en la página del caso, debajo de la pregunta sobre a quién se lo estaba demostrando y de la hipótesis de la naturaleza que todavía no había borrado:

Ocho personas. Una de ellas, o ninguna, o alguien que no está en esa lista porque sabe cómo no estarlo. Mañana: los que no están.

Cerró el cuaderno. Apagó la lámpara. Escuchó la lluvia sobre los tejados de Liverpool durante el tiempo que tardó en dormirse, que fue más del que habría preferido.

Afuera, la ciudad seguía siendo la misma ciudad que siempre había sido. Seguía teniendo sus muelles y su río y su historia y su ruido y sus doscientas cincuenta mil conversaciones simultáneas que en ningún momento incluían la conversación que ocurría en el sótano de un edificio secundario del campus, bajo luces de fluorescente que nadie desde el exterior podía ver encendidas.

El trabajo en ese sótano continuaba.

Con la misma paciencia de siempre. Con la misma precisión de siempre.

Sin prisa.

Los que no estaban en la lista resultaron ser más interesantes que los que sí estaban.

Edna pasó la mañana siguiente rastreando lo que los registros públicos de la universidad no mostraban directamente pero que era posible inferir a partir de lo que sí mostraban: proyectos de investigación que habían comenzado y no habían concluido, solicitudes de financiamiento que no habían prosperado, nombres que aparecían en los agradecimientos de publicaciones de otros investigadores pero que no tenían producción propia visible, y la categoría más difusa pero más informativa de todas: personas que habían estado en la universidad y ya no estaban, sin que ningún registro explicara claramente por qué.

Encontró tres casos de ese último tipo en los departamentos relevantes en los últimos siete años. Dos eran explicables con la lógica habitual de las carreras académicas: contratos que terminaban, financiamiento que se agotaba, traslados a otras instituciones que los registros de esas otras instituciones confirmaban. El tercero no.

Se llamaba, según el registro del directorio académico archivado que Edna encontró en la versión en caché de una página del departamento de

Bioquímica de cinco años atrás, Adrian Crane. Investigador asociado, especialización en bioquímica de proteínas de origen marino, incorporado al departamento hacía siete años y ausente de cualquier registro universitario desde hacía cinco, sin publicaciones posteriores, sin afiliación institucional alternativa que Edna pudiera encontrar en ninguna base de datos académica, sin presencia en ninguna red profesional del sector.

Simplemente había dejado de existir en los registros. No con el rastro de alguien que cambia de dirección sino con la ausencia limpia de alguien que desaparece.

Edna buscó durante dos horas más información sobre Adrian Crane sin encontrar prácticamente nada. Una foto de grupo en una conferencia de 2018 en la que aparecía identificado en el pie de foto, de perfil, con una calidad de imagen insuficiente para distinguir rasgos con precisión. Un abstract de una comunicación presentada en un congreso de bioquímica marina en Edimburgo ese mismo año. Y un formulario de solicitud de acceso a materiales biológicos restringidos de la universidad, fechado cuatro meses antes de su desaparición de los registros, que el sistema de archivos públicos de la institución había indexado por error y que contenía una descripción del tipo de investigación para la que se solicitaba el acceso.

Edna leyó esa descripción tres veces.

Luego la imprimió, la guardó en la carpeta con el nombre del café, y escribió en su cuaderno privado con la letra más pequeña que usaba, la que reservaba para las cosas que no quería que nadie más pudiera leer aunque el cuaderno cayera en manos equivocadas:

Adrian Crane. Bioquímica de proteínas de origen marino. Desaparecido de los registros hace cinco años. Último acceso documentado a materiales restringidos: cuatro meses antes de su desaparición. La descripción del proyecto en la solicitud de acceso incluye trabajo con toxinas de cnidarios de aguas frías.

Cnidarios. El término técnico para la familia a la que pertenecían las medusas.

Cerró el cuaderno. Se quedó mirando la pared durante un momento con el tipo de inmovilidad que no es parálisis sino concentración, la que ocurre cuando algo que llevaba semanas siendo una hipótesis de trabajo empieza a tener la densidad de algo más sólido.

No era una prueba. No era siquiera suficiente para una entrega. Era un nombre y una especialización y una fecha de desaparición y una solicitud de acceso a materiales que en el contexto de lo que Edna sabía sobre el caso adquirirían una resonancia que no podía ignorar.

Llamó a David Chen.

—¿Tienes tiempo para un café esta tarde?

—¿Es sobre el caso?

—Es sobre bioquímica de proteínas de origen marino y cnidarios de aguas frías. Si eso es el caso, entonces sí.

David tardó un momento.

—A las seis en el café de la esquina —dijo—. Y Edna, si vamos a tener esta conversación, prefiero que no traigas la grabadora.

—Nunca traje grabadora a nuestras conversaciones de escalera.

—No. Pero esta ya no es una conversación de escalera.

Tenía razón. Edna lo sabía desde que giró a la izquierda en lugar de a la derecha esa mañana frente al edificio.

La conversación de las seis con David duró cuarenta y cinco minutos y produjo suficiente material para que Edna pasara la noche leyendo sobre toxinas de cnidarios con el rigor concentrado de quien sabe que lo que aprende en las próximas horas va a necesitarlo en las semanas siguientes. David no le confirmó nada sobre el caso. Le explicó la biología con la paciencia de un buen profesor, le señaló los textos de referencia, le ayudó a entender qué era posible y qué no desde el punto de vista de lo que la bioquímica permitía.

Lo que permitía era más de lo que Edna habría querido que permitiera.

Cuando llegó a su apartamento a las once de la noche con tres libros prestados de David y seis páginas de notas que abarrotaban la mitad del cuaderno privado, añadió una última línea al mapa del caso antes de apagar la luz:

El conocimiento existe. La sustancia existe. La persona que las combina de esa forma, si existe, es alguien que dedicó años a entender algo que nadie más ha querido entender de esa manera.

¿Por qué querría alguien entender eso?

Era la pregunta que David no había respondido porque no era una pregunta de bioquímica.

Era la pregunta que nadie todavía podía responder, porque para responderla había que conocer al hombre que estaba al otro lado de esa ciencia, y ese hombre todavía no tenía cara ni nombre verificable ni ninguna de las cosas que hacen real a una persona en el mundo.

Solo tenía trabajo pendiente.

Y paciencia para hacerlo.

CAPÍTULO 5

Cuarta víctima, primera grieta

Liverpool — mes 4

La cuarta víctima apareció un domingo.

Los domingos tienen una cualidad específica en el periodismo de sucesos: son días en que las noticias que ocurren parecen ocurrir contra la lógica del calendario, como si el mundo hubiera acordado tácitamente que los domingos son para otra cosa y que lo que interrumpe ese acuerdo tiene algo de más perturbador que lo mismo ocurrido en martes. Es una percepción irracional y Edna lo sabía, pero la percepción estaba ahí de todas formas cuando Gareth la llamó a las ocho y veinte de la mañana con la voz de los días que cambian el ritmo de todo lo que les sigue.

—Zona portuaria de Seaforth —dijo—. Callahan está ahí.

Seaforth estaba al norte de Bramley-Moore, más lejos del centro turístico, más cerca de los contenedores y las grúas y la infraestructura portuaria que no aparece en las fotografías que los visitantes llevan a casa. Era la parte del puerto que trabaja en lugar de la parte que se exhibe, y tenía esa atmósfera específica de los lugares funcionales: sin ornamento, sin concesión a la estética, construida para el propósito y no para otra cosa.

Edna llegó en veinte minutos. La escena era la más grande hasta ese momento: seis furgonetas de la científica, tres coches sin identificación que reconoció como de Scotland Yard, y un perímetro que se extendía hasta cubrir un área que en los casos anteriores habría parecido excesiva pero que en este ya no lo parecía.

Scotland Yard. Eso era nuevo.

Encontró a Callahan hablando con un hombre que no reconocía, traje oscuro, postura de quien tiene autoridad en un lugar donde no es el anfitrión. Callahan la vio desde lejos y le hizo con la cabeza un gesto que era simultáneamente un saludo y una advertencia: no ahora, después.

Edna esperó. Tomó notas de lo que podía ver desde el perímetro. Habló con los agentes de guardia, que no le dijeron nada útil pero cuya expresión le dijo algo que los datos todavía no confirmaban: llevaban demasiado tiempo en esa escena para que lo que había dentro fuera comparable a las anteriores.

A las diez y media, cuando el hombre de Scotland Yard se había retirado a uno de los coches sin identificación y Callahan quedó brevemente solo junto a la cinta, Edna se acercó.

—Derek.

—Edna. —Callahan miró hacia el coche de Scotland Yard y luego hacia ella—. La rueda de prensa es a las doce.

—Lo sé. No te pido la rueda de prensa anticipada. Te pido que me digas si lo que hay ahí dentro es diferente a lo anterior.

Callahan la miró durante un momento con esa expresión que Edna había aprendido a leer como el momento en que decidía cuánto podía decir sin decir lo que no podía.

—Scotland Yard está aquí —dijo finalmente—. ¿Qué crees que eso significa?

—Que ya no es un caso local.

—Nunca lo fue. Pero ahora es oficial.

—¿Hay algo en esta víctima que sea diferente a las anteriores?

Callahan miró hacia la escena durante un momento.

—El proceso que produce ese resultado —dijo, usando casi exactamente las palabras que Marcus había usado semanas atrás— lleva tiempo. Este llevó más que los anteriores.

Se alejó antes de que Edna pudiera hacer otra pregunta. Ella se quedó donde estaba, mirando el perímetro, procesando lo que acababa de escuchar.

Más tiempo. No menos. Más.

Lo anotó en el cuaderno con mayúsculas y lo subrayó dos veces, como había subrayado lo de Marcus. Luego añadió debajo, entre paréntesis: *(¿Progresión deliberada? ¿Cada caso más elaborado que el anterior?)*

Era una hipótesis que si era correcta decía algo sobre la naturaleza del perpetrador que ninguno de los perfiles criminológicos que había leído hasta entonces contemplaba con suficiente precisión: no era alguien que repetía. Era alguien que perfeccionaba.

La rueda de prensa de las doce fue la más tensa hasta ese momento. El inspector de Scotland Yard, que se presentó como el detective superintendente Morrison, tomó el micrófono junto a Callahan con la postura de quien ha venido a hacerse cargo y quiere que quede claro desde el principio. Confirmó la cuarta muerte, confirmó la vinculación con los casos anteriores, confirmó la participación de Scotland Yard en la investigación conjunta. No confirmó nada más.

Edna hizo su pregunta habitual, formulada de forma ligeramente diferente porque Morrison no la conocía y porque la misma pregunta a un interlocutor diferente a veces produce respuestas diferentes.

—Superintendente Morrison, ¿puede la investigación descartar que el perpetrador tenga formación científica especializada de nivel universitario o superior?

Morrison la miró con la atención específica de quien escucha una pregunta y simultáneamente evalúa a quien la hace.

—La investigación no descarta ninguna línea en este momento —dijo.

—¿Pero tampoco la confirma?

—Tampoco la confirma.

—¿Ha establecido la investigación algún contacto con instituciones académicas de Liverpool en el contexto del caso?

El silencio que siguió duró exactamente lo suficiente para que Callahan, que estaba a la derecha de Morrison, hiciera un movimiento imperceptible con

la mandíbula que Edna leyó como la contención de algo que habría preferido decir.

—Las líneas de investigación activas no se comentan públicamente —dijo Morrison.

—Por supuesto. —Edna cerró su cuaderno—. Gracias.

El periodista del Mirror, que estaba a su izquierda, le susurró lo mismo que le había susurrado en la rueda de prensa anterior:

—Sabes algo que no compartes.

—Hago las mismas preguntas que cualquiera —repitió Edna.

—No. Las tuyas son más específicas cada vez.

Edna no respondió. Pero anotó el intercambio, porque la segunda vez que alguien observaba lo mismo dejaba de ser coincidencia y se convertía en información: sus preguntas eran visibles. Eso significaba que tenía que ser más cuidadosa, no con lo que preguntaba sino con cuándo y cómo lo hacía.

Esa tarde, mientras escribía la entrega para el Courier con los datos de la cuarta víctima, cuya identidad la policía no había confirmado todavía, Edna recibió un mensaje de texto de un número que no reconoció. El mensaje era breve y no tenía saludo ni firma:

Si quiere entender el caso, entienda primero por qué no hay foto de Adrian Crane en ningún registro institucional de la Universidad de Liverpool desde 2019.

Lo leyó dos veces. Luego intentó llamar al número. Número no disponible. Número que dejó de existir en el momento en que envió el mensaje, como si hubiera sido creado para ese único propósito.

Edna guardó el teléfono y se quedó mirando la pantalla del ordenador donde tenía a medias la entrega del Courier. Adrian Crane. La persona que había estado buscando, que había encontrado en los registros archivados y que había discutido con David Chen, que había empezado a ser el centro de su investigación privada sin que nadie más lo supiera todavía.

Alguien sabía que ella lo estaba buscando.

Lo que ese alguien quisiera que encontrara era la pregunta que esa noche no la dejó dormir. Podía ser una fuente que quería ayudar y que no podía hacerlo abiertamente. Podía ser alguien que quería que encontrara a Crane por razones que no tenían nada que ver con ayudarla. Podía ser Crane él mismo, lo cual era una posibilidad que Edna escribió en el cuaderno con un signo de interrogación tan grande que ocupaba la mitad del renglón y que borró de inmediato porque era demasiado temprano para hipótesis de ese calibre.

Lo que sí escribió, con letra firme y sin borrar, era la instrucción que el mensaje le daba: por qué no hay foto de Adrian Crane en ningún registro institucional desde 2019.

Pasó las dos horas siguientes buscando esa respuesta. La encontró, o encontró una parte de ella, en un artículo de la sección de noticias universitarias del periódico estudiantil de Liverpool de 2019, archivado en la versión digital con la inconsistencia que tienen los archivos de publicaciones estudiantiles: a veces están completos y a veces tienen huecos que nadie explica.

El artículo era sobre un protocolo de protección de identidad que la universidad había implementado ese año para investigadores que trabajaban en proyectos con ciertos materiales de alto riesgo. El protocolo incluía, entre otras medidas, la eliminación de las fotografías de los investigadores de los registros públicos de la institución y la restricción del acceso a su información personal.

El nombre de Adrian Crane no aparecía en el artículo. Pero la descripción de los criterios para acogerse al protocolo era suficientemente específica como para que Edna, después de semanas estudiando el caso, pudiera leerla en el contexto correcto.

Los criterios incluían el trabajo con sustancias biológicas de alta peligrosidad de origen marino.

Escribió en el cuaderno: *El protocolo de protección existe. Crane se acogió a él. Eso significa que en 2019 alguien en la universidad consideró que su trabajo o su persona requerían protección. ¿Protección de qué? ¿De quién?*

Luego escribió debajo, con la letra pequeña de las hipótesis que todavía no podía verificar:

(¿O protección para qué? ¿Para que nadie supiera lo que estaba haciendo mientras lo hacía?)

Cerró el cuaderno. Miró el techo de su apartamento durante un momento con la inmovilidad de quien ha llegado a un punto donde el camino que tiene delante es más claro que el que tiene detrás pero no por eso más fácil de recorrer.

Mañana necesitaba hablar con alguien dentro de la universidad. Alguien que conociera a Crane. Alguien que pudiera ponerle cara y voz a un nombre que hasta ahora era solo texto en registros archivados.

Y necesitaba hacerlo sin que quien le había enviado el mensaje supiera que lo estaba haciendo, porque quien sabía lo que ella buscaba podía ser exactamente la persona que buscaba, y esa posibilidad, aunque todavía era solo una posibilidad, requería una precaución que el periodismo de investigación habitual no contemplaba en sus protocolos estándar.

Afuera Liverpool seguía siendo Liverpool, con su río y su lluvia y su ruido que nunca terminaba del todo. Y en algún lugar de esa ciudad, posiblemente a no demasiada distancia del apartamento de Edna, alguien sabía que ella había encontrado el nombre de Adrian Crane.

Y había decidido que era el momento de que siguiera buscando.

La persona dentro de la universidad que Edna necesitaba encontrar tardó dos días en materializarse, no porque la búsqueda fuera difícil sino porque el tipo de persona que ella buscaba, alguien que hubiera conocido a Crane con suficiente proximidad como para describir quién era más allá de sus publicaciones, no era el tipo de persona que aparecía en los directorios oficiales con la etiqueta de testigo útil.

La encontró por el camino que los periodistas de investigación aprenden a usar cuando los caminos directos están cerrados: los bordes. Las personas que existen en los márgenes de la historia principal, que la conocen de refilón, que tienen una pieza del rompecabezas sin saber que la tienen.

Se llamaba Fiona Walsh y era técnica de laboratorio en el departamento de Bioquímica desde hacía once años. No era investigadora ni académica, lo cual significaba que no tenía la precaución institucional que los investigadores desarrollaban cuando hablaban con periodistas sobre colegas. Era alguien que había trabajado en el mismo espacio que Crane durante dos años sin que nadie la hubiera considerado una fuente potencial de información sobre él, precisamente porque su función era técnica y no científica y ese tipo de distinción invisible hacía a las personas transparentes para quien buscaba en los lugares obvios.

Edna la encontró a través de un perfil en una red social de fotografía aficionada donde Fiona publicaba imágenes del Mersey que eran, en opinión de Edna, notablemente buenas para alguien que no se describía como fotógrafa. Las contactó con la honestidad directa que había aprendido que funcionaba mejor que cualquier aproximación indirecta: soy periodista, estoy investigando algo relacionado con la universidad, me gustaría hablar con usted si tiene tiempo.

Fiona respondió al día siguiente. Sí tenía tiempo. Le proponía el café de la cafetería del campus a las doce y media del miércoles.

La conversación duró una hora y Edna grabó la primera mitad con permiso explícito de Fiona, y la segunda mitad solo en el cuaderno porque Fiona había pedido que apagara la grabadora cuando empezó a hablar de cosas que no quería que quedaran registradas de forma que pudiera identificarla.

Lo que Fiona le dijo sobre Adrian Crane, en la segunda mitad de la conversación, con la cautela de quien habla de algo que le incomoda pero que considera importante decir, era suficientemente específico como para que Edna lo transcribiera palabra por palabra en el cuaderno privado esa noche:

Era una persona extraordinariamente inteligente. Del tipo de inteligencia que resulta incómoda en los entornos académicos convencionales porque va demasiado rápido y en direcciones que los demás no siempre siguen. Trabajaba solo casi siempre, más horas de las que el contrato requería, en laboratorios que el resto del equipo evitaba porque estaban en el sótano y el sótano en invierno tenía una humedad que nadie quería soportar más de lo necesario. Era educado en el sentido formal del término. Nunca grosero.

Pero había algo en su presencia, en la manera en que miraba a las personas, que hacía que la mayoría de sus colegas prefirieran mantener una distancia que nunca nombraban pero que todos practicaban.

—¿Por qué dejó la universidad? —había preguntado Edna.

Fiona había tardado en responder.

—Oficialmente, porque el proyecto de investigación para el que había sido contratado concluyó y no había financiamiento para continuarlo. Esa es la versión que aparece en cualquier registro.

—¿Y la versión que no aparece en ningún registro?

—La versión que no aparece en ningún registro —dijo Fiona, mirando su café— es que hubo una revisión del protocolo de acceso a materiales restringidos que descubrió que Crane había estado usando el laboratorio para trabajo que no estaba dentro del proyecto oficial. No sé exactamente para qué trabajo. Nadie me lo dijo. Pero el tono de las conversaciones que tuve con el jefe de departamento en esa época, el tono, no las palabras, me dijo que lo que habían encontrado no era una simple irregularidad administrativa.

—¿Presentaron una denuncia?

—No que yo sepa. Lo que ocurrió fue más silencioso que eso. Crane desapareció del departamento en el plazo de dos semanas y nadie volvió a mencionar su nombre en ninguna reunión. En los entornos académicos ese tipo de silencio tiene un significado específico.

—¿Cuál?

—Que alguien decidió que era mejor que el problema desapareciera que gestionarlo de forma que creara más problemas.

Edna había cerrado el cuaderno en ese punto de la conversación y había mirado a Fiona durante un momento.

—¿Recuerda algún detalle físico de Crane? ¿Algo que lo distinguiera?

Fiona había dudado de una manera que Edna reconoció no como evasión sino como búsqueda genuina de las palabras correctas.

—Era difícil de describir —dijo finalmente—. No en el sentido de que fuera anodino. En el sentido contrario: era llamativo de una manera que era difícil de categorizar. La gente lo miraba sin saber exactamente por qué lo miraba. Era como si no terminara de encajar en ninguna descripción convencional.

Edna había escrito eso en el cuaderno con tres asteriscos al margen, que era su señal personal para las cosas que merecían volver a ellas más tarde.

Esa noche, con todas las notas de la conversación extendidas sobre la mesa de su apartamento, Edna construyó la versión más completa del mapa del caso que había tenido hasta ese momento. No era completo. Tenía huecos que solo el tiempo y el trabajo podrían llenar. Pero tenía una forma que las

semanas anteriores no tenía, una dirección que las semanas anteriores no tenía.

Adrian Crane. Bioquímica de proteínas de origen marino. Cnidarios de aguas frías. Acceso a materiales restringidos usado para trabajo no declarado. Desaparición silenciosa de la universidad hace cinco años. Descripción física que resistía la categorización convencional.

Y dos hombres muertos en el puerto de Liverpool en circunstancias que requerían exactamente el tipo de conocimiento que Crane había desarrollado.

Todavía no era suficiente para publicar. Todavía no era suficiente para Callahan. Pero era suficiente para que Edna supiera que estaba mirando en la dirección correcta.

Escribió en la última línea de la página del caso, con la letra más firme que había usado desde que el cuaderno comenzó:

Adrian Crane. El nombre tiene cara ahora. Mañana: encontrar esa cara.

CAPÍTULO 6

Lo que Callahan no dice

Liverpool — mes 4, semanas 3-4

Encontrar la cara de Adrian Crane resultó ser más difícil de lo que la última línea del cuaderno había prometido.

Los registros fotográficos de la universidad, que el protocolo de protección de identidad había eliminado de los sistemas públicos, no eran recuperables por las vías habituales. Las redes sociales no tenían nada bajo ese nombre, lo cual en 2024 era en sí mismo una anomalía: la ausencia completa de rastro digital voluntario sugería o bien una vida anterior a las redes que nunca había migrado a ellas, o bien una decisión activa de no existir en ese espacio, que en alguien de la edad que Crane debía tener era una elección y no una omisión.

Edna intentó tres caminos durante dos días antes de encontrar el cuarto.

El primero fue la conferencia de Edimburgo de 2018 donde el abstract de Crane había aparecido como referencia. Contactó a la organización del congreso, que le confirmó que Crane había presentado una comunicación oral pero que sus registros de participantes no incluían fotografías y que en cualquier caso no podían facilitar información personal de ponentes anteriores sin su consentimiento.

El segundo fue el periódico estudiantil de Liverpool, que había cubierto el evento académico de 2018 donde aparecía la foto de grupo. El archivo digital de ese año tenía el artículo pero la fotografía había sido eliminada, lo cual era consistente con el protocolo de protección de identidad pero también con algo más simple: los periódicos estudiantiles no mantenían

archivos fotográficos con la sistematicidad de las publicaciones profesionales.

El tercero fue una búsqueda en las bases de datos de publicaciones científicas buscando el nombre de Crane en los agradecimientos de artículos de otros investigadores del departamento, que a veces incluían fotografías de grupo de los equipos de trabajo. Encontró cuatro menciones en agradecimientos. Ninguna con fotografía asociada.

El cuarto camino fue Fiona Walsh, que la llamó el jueves por la mañana.

—Pensé en algo después de nuestra conversación —dijo Fiona—. Hay algo que no mencioné porque no lo consideré relevante en el momento pero que quizás sí lo es.

—Dígame.

—En el archivo de proyectos del departamento hay carpetas físicas de los proyectos anteriores al sistema de digitalización completa. Las de antes de 2020. Algunos incluyen fotografías de los equipos, de las instalaciones, de las presentaciones de resultados. No están en ningún sistema digital. Solo en papel, en las estanterías del archivo del sótano.

—¿Tienen una carpeta de Crane?

—No lo sé. Pero si la tienen, nadie pensó en eliminarla porque nadie pensó en buscarla. El protocolo de protección de identidad se aplicó a los sistemas digitales, no a los archivos físicos.

Edna llamó a David Chen diez minutos después.

—David. Necesito un favor que no tiene nada que ver con química.

—Esos son los favores más interesantes. ¿Qué necesitas?

—Acceso al archivo físico del departamento de Bioquímica. Las carpetas de proyectos anteriores a 2020.

Un silencio.

—Edna, yo soy de Química Orgánica, no de Bioquímica. No tengo acceso a sus archivos.

—Pero conoces gente en ese departamento.

—Conozco gente en ese departamento.

—¿Alguien que pueda revisar si existe una carpeta de un investigador que se llamaba Adrian Crane y que si existe me diga qué contiene?

Otro silencio, más largo.

—¿Para qué necesitas esto?

—Para entender el caso.

—¿Para publicarlo?

—Para entenderlo primero. Lo que publico viene después.

David tardó en responder.

—Dame hasta mañana —dijo finalmente.

La llamada de David llegó al día siguiente a las once de la mañana con una voz que tenía algo que Edna reconoció como incomodidad, no con ella sino con lo que tenía que decirle.

—Existe la carpeta —dijo.

—¿Y?

—Y mi contacto en Bioquímica la revisó. Hay documentación de proyecto, hay correspondencia interna, hay algunos registros de trabajo. —Pausa—. Y hay una fotografía. Una sola, de una presentación de resultados de 2017.

—¿Puede conseguirme una copia?

—Edna, lo que me pides está en el límite de lo que puedo pedirle a alguien que confía en mí.

—Lo sé. ¿Puede conseguirme una copia?

David guardó silencio durante varios segundos.

—Te la mando por correo electrónico esta tarde. Una copia, en baja resolución, sin ningún documento adicional. Y Edna, esto no puede aparecer en ninguna publicación de forma que pueda rastrearse hasta la fuente.

—Nunca quemaré a una fuente. Lo sabes.

—Lo sé. Por eso lo hago.

La fotografía llegó a las cuatro de la tarde. Era una imagen de grupo de siete personas en lo que parecía una sala de reuniones, con una pantalla de presentación al fondo donde se podía leer parcialmente el título de un proyecto. Seis de las siete personas estaban de frente a la cámara con la expresión de quien posa sin entusiasmo porque hay que posar. La séptima estaba ligeramente girada, en el extremo derecho del grupo, con la cara en un ángulo de tres cuartos que no permitía ver los rasgos con plena claridad pero que era suficiente para lo que Edna necesitaba.

El pie de foto, escrito a mano en el reverso de la imagen original según describía su contacto, identificaba a las personas de izquierda a derecha. La séptima era Adrian Crane.

Edna amplió la imagen tanto como la baja resolución lo permitía y miró la cara durante un tiempo que no midió. Era una cara que entendía lo que Fiona había intentado describir sin conseguir del todo: había algo en los rasgos que resistía la categorización inmediata, que pedía un segundo vistazo sin que quedara claro por qué el primero no había sido suficiente. No era una cara extraordinaria en ningún sentido convencional. Era una cara que existía en algún espacio entre las categorías que el ojo usa habitualmente para organizar lo que ve, y esa existencia en el espacio intermedio era, paradójicamente, lo más memorable de ella.

Guardó la imagen en la carpeta con el nombre del café.

Luego escribió en el cuaderno: *La cara existe. Encaja con lo que Fiona describió. Encaja con algo que todavía no puedo nombrar pero que reconozco. Mañana: Callahan.*

La conversación con Callahan no fue en la comisaría sino en un bar del centro que Callahan eligió porque era suficientemente ruidoso para que una conversación entre dos personas no llegara a las mesas vecinas y suficientemente ordinario para que nadie encontrara notable la presencia del inspector jefe de Merseyside tomando una cerveza a las siete de la tarde.

Callahan llegó cinco minutos tarde, lo cual en él era una señal de que había tenido que pensar si venir. Se sentó frente a Edna y pidió la cerveza antes de decir nada.

—Tienes algo —dijo cuando el camarero se alejó. No era una pregunta.

—Tengo un nombre —dijo Edna—. Y una cara.

Callahan la miró con la expresión de quien espera que la frase siguiente le diga si lo que va a escuchar va a complicarle la investigación o a ayudarla.

—Adrian Crane —dijo Edna.

El silencio que siguió duró cuatro segundos. Edna los contó.

En cuatro segundos, Callahan procesó algo que su cara no expresó con claridad pero que su cuerpo sí: un movimiento casi imperceptible hacia atrás en la silla, como quien recibe un impacto pequeño y lo absorbe sin acusar el golpe visiblemente.

—¿De dónde sacaste ese nombre? —dijo finalmente.

—De los registros archivados de la universidad. Departamento de Bioquímica. Investigador asociado en bioquímica de proteínas de origen marino. Desaparecido de los registros hace cinco años tras una revisión del protocolo de acceso a materiales restringidos que encontró trabajo no declarado en los laboratorios.

Callahan levantó la cerveza y bebió despacio. Era la pausa de alguien que necesita el tiempo que tarda un sorbo para decidir qué decir.

—No puedo confirmar ni desmentir que ese nombre forme parte de la investigación activa —dijo.

—No te pido que lo confirmes. —Edna puso las manos sobre la mesa—. Te pido que me digas si estoy perdiendo el tiempo.

—Ya te respondí eso antes. No lo estás perdiendo.

—¿Sabe la policía dónde está Crane?

Callahan no respondió.

—¿Saben si sigue en Liverpool?

Tampoco respondió.

—¿Saben si sigue con vida?

Una pausa que fue diferente a las anteriores. Más corta. Más densa.

—La investigación está en curso —dijo Callahan.

Edna lo miró durante un momento.

—Derek, llevas semanas dándome la mínima información posible mientras yo construyo el caso desde afuera con los fragmentos que puedo encontrar. Te he dado información que tenías derecho a tener antes de que llegara a los tabloides. Lo del protocolo de la universidad. Lo de Fiona Walsh. —Hizo una pausa—. Te estoy dando el nombre de Adrian Crane, que según tu reacción de hace dos minutos no es un nombre que te resulte desconocido. A cambio necesito saber si la dirección en la que estoy mirando tiene algún fundamento o si es un callejón sin salida.

Callahan la miró durante un tiempo que en otras circunstancias habría sido incómodo.

—No es un callejón sin salida —dijo finalmente.

—¿Es el centro del callejón?

Otra pausa.

—Edna. —Su voz bajó un tono—. Lo que tienes es suficiente para que alguien que busca confirmar lo que ya sospecha lo confirme. No es suficiente para publicar. Y si publicas antes de tiempo, no solo destruyes la investigación periodística. Destruyes la policial también.

—Lo sé. Por eso no publico todavía.

—¿Y qué vas a hacer con lo que tienes?

—Seguir buscando —dijo Edna—. Que es lo que hago.

Callahan terminó la cerveza. Se puso el abrigo con los movimientos pausados de quien ha tomado una decisión y está ejecutándola antes de que pueda cambiarla.

—El jueves hay una reunión de coordinación entre Merseyside y Scotland Yard —dijo, de pie, sin mirarla—. Si hay algo que pueda compartirse después de esa reunión, te llamo.

—¿Cuándo?

—El viernes. Si hay algo.

Se fue sin despedirse, que en Callahan era la forma de despedirse cuando la conversación había dicho más de lo que ninguno de los dos había planeado decir.

Edna se quedó en el bar durante veinte minutos más, con la cerveza que no había tocado y el cuaderno abierto en la página del caso. Escribió la conversación de memoria, con la precisión que quince años de práctica habían convertido en un hábito tan automático como respirar.

Al final añadió una sola línea que resumía lo que había aprendido y lo que todavía no sabía:

Callahan conoce el nombre de Adrian Crane. No me dice si lo tienen localizado. No me dice si sigue vivo. El silencio ante esas preguntas específicas dice algo. Todavía no sé exactamente qué.

Cerró el cuaderno. Salió al frío de Liverpool, que en diciembre no pedía permiso.

El viernes Callahan no llamó.

El viernes Callahan no llamó y el sábado tampoco, y Edna pasó esos dos días haciendo lo que hacía siempre cuando una línea de investigación se detenía: trabajar en paralelo en las otras líneas para que cuando la principal se reanudara hubiera suficiente contexto acumulado para darle sentido.

Lo que trabajó durante esos dos días era la pregunta que la criminóloga de Manchester le había dado semanas atrás y que el nombre de Adrian Crane hacía ahora más específica y más urgente: a quién se lo estaba demostrando.

Edna había construido hasta ese momento el perfil de Crane desde afuera: lo que los registros decían, lo que Fiona describía, lo que la fotografía mostraba. Era un perfil externo que describía conductas y capacidades pero que no respondía la pregunta de la motivación, que era siempre la más difícil y la más importante porque era la que explicaba el resto.

Para responder esa pregunta necesitaba entender no solo quién era Crane sino qué había experimentado Crane. Y para eso necesitaba a alguien que lo hubiera conocido con suficiente proximidad como para ver lo que los registros institucionales no capturaban.

Fiona Walsh había sido la primera pieza. No la última.

Pasó el sábado construyendo el mapa de las personas que habían coincidido con Crane en el departamento durante sus años en la universidad: estudiantes de doctorado que habían trabajado en proyectos adyacentes, investigadores que compartían laboratorio, personal administrativo que gestionaba los accesos. Eran personas que en los registros aparecían como nombres en listas, sin mayor contexto, pero que en la realidad habían compartido espacios con Crane durante años y que por lo tanto sabían cosas sobre él que los registros no decían.

Identificó seis personas que potencialmente podían ser útiles. Contactó a tres de ellas el sábado por la tarde con mensajes breves y directos explicando quién era y qué buscaba.

Dos no respondieron. La tercera respondió a las once de la noche con un mensaje que Edna leyó dos veces antes de responder:

No sé si debo hablar de esto. Pero hay cosas que llevan tiempo pesándome. ¿Puede ser en persona?

Quedaron para el lunes.

El domingo Callahan llamó. No el viernes, no el sábado, sino el domingo a las nueve de la mañana, lo cual en un detective superintendente en activo

era el equivalente de decir que lo que tenía que decirle no podía esperar a la semana laboral.

—¿Tienes un momento? —dijo Callahan.

—Tengo todos los que necesites.

—Hay una quinta víctima. La encontraron anoche. Zona de Dingle, sur de Liverpool.

Edna procesó esto en silencio durante un momento.

—¿Mismo método?

—Mismo método. —Pausa—. Y hay algo más. Algo que no había ocurrido antes.

—¿Qué?

—Un testigo. Alguien que vio algo en las inmediaciones de la escena en las horas previas al hallazgo. La descripción que dio es consistente con algo que llevo semanas intentando establecer desde el punto de vista de la investigación.

—¿Qué describió el testigo?

—Describió a alguien que no encajaba en ninguna categoría convencional. Ni hombre ni mujer de forma clara. Ni joven ni mayor de forma clara. Una figura que el testigo describió como difícil de recordar con precisión aunque la hubiera visto de cerca.

Edna miró su cuaderno privado, abierto en la página del caso, donde tres asteriscos marcaban la descripción que Fiona Walsh había dado de Adrian Crane.

Era llamativo de una manera que era difícil de categorizar. La gente lo miraba sin saber exactamente por qué lo miraba.

—Derek —dijo Edna, con cuidado—, ¿la descripción del testigo es consistente con alguien cuya apariencia física no encaja fácilmente en las categorías de género convencionales?

Un silencio.

—Sí —dijo Callahan.

—¿Y eso es consistente con el perfil que la investigación tiene de su principal persona de interés?

Otro silencio, más largo.

—Edna, no puedo confirmar...

—No te pido que confirmes. Te pregunto si es consistente.

—Es consistente —dijo Callahan finalmente, con la voz de alguien que acaba de cruzar una línea que llevaba semanas evitando cruzar y que sabe que ya no puede retroceder.

Edna cerró el cuaderno. Lo abrió de nuevo en una página nueva. Escribió la fecha en la esquina superior derecha, como siempre, y debajo escribió una

sola frase que en cuatro meses de investigación era la más concreta que había podido poner en ese cuaderno:

Adrian Crane tiene testigo. La descripción encaja. Callahan lo sabe.

Luego escribió debajo, sin paréntesis esta vez porque ya no era una hipótesis:

Es él.

Afuera el domingo de Liverpool tenía esa calidad específica de los domingos de invierno en ciudades del norte: gris y quieto y cargado con la sensación de que el tiempo se mueve de forma diferente que en los días de semana, más despacio o más deprisa dependiendo de lo que uno tenga en la cabeza.

Edna tenía suficiente en la cabeza para que el domingo pasara deprisa.

Mañana: la persona que respondió el sábado a las once de la noche. La persona que llevaba tiempo con algo que le pesaba y que quería decírselo en persona.

Mañana, quizás, la cara tendría también una historia.

CAPÍTULO 7

El rastro del veneno

Liverpool / Londres — mes 5

La persona que había respondido el sábado a las once de la noche se llamaba Thomas Bury y tenía veintinueve años.

Era estudiante de doctorado en el departamento de Bioquímica, en el tercer año de una tesis sobre síntesis de proteínas de membrana que no tenía ninguna relación aparente con toxinas marinas pero que lo había puesto en el mismo espacio físico que Crane durante casi dos años, entre 2017 y 2019, cuando Bury era todavía estudiante de máster y Crane era el investigador asociado que trabajaba en el sótano más horas de las que nadie contabilizaba.

Se encontraron en una cafetería cerca del campus, lejos de la universidad, en un lugar que Bury había elegido con el instinto de quien quiere hablar de algo sin que nadie que lo conoce lo vea hablando de ello. Era un hombre de aspecto joven para su edad, con la expresión de alguien que lleva tiempo cargando con algo y que ha llegado a la conclusión de que cargarlo solo es peor que el riesgo de soltarlo.

Pidió un café que no bebió. Edna esperó.

—No sé si lo que sé es relevante —empezó Bury.

—Cuénteme y lo determinamos juntos.

—Conocí a Crane durante dos años. No éramos amigos, tampoco éramos solo colegas del pasillo. Éramos algo intermedio: dos personas que trabajan en el mismo espacio durante suficiente tiempo como para que la

conversación se vuelva real aunque nadie la haya buscado deliberadamente.

—¿De qué hablaban?

—Al principio, de ciencia. Del trabajo. Era una conversación fácil con Crane cuando se trataba de ciencia porque era extraordinariamente inteligente y generoso con lo que sabía, lo cual no es tan común en los entornos académicos como debería ser. —Bury miró su café—. Después, con el tiempo, la conversación se volvió más personal. No íntima, no de ese tipo. Pero más honesta que las conversaciones que uno tiene normalmente con un colega.

—¿De qué hablaba cuando era más honesta?

Bury tardó un momento.

—De lo que era vivir siendo quien era. No de forma directa, no en términos que yo supiera manejar del todo en ese momento porque era más joven y menos informado de lo que soy ahora. Pero era claro, si uno escuchaba con atención, que estaba describiendo una experiencia de existir en el mundo que no se parecía a ninguna que yo hubiera conocido de cerca.

—¿En qué sentido?

—En el sentido de que nunca había encajado. No en la infancia, no en la adolescencia, no en la universidad. No porque fuera difícil socialmente, que no lo era, sino porque el encaje que los demás parecen encontrar de forma natural, ese reconocimiento de pertenecer a una categoría que otros también reconocen, ese reconocimiento nunca había llegado para él. —Bury hizo una pausa—. Crane me dijo una vez, en una de esas conversaciones que se hacen más largas de lo previsto cuando ambos nos quedábamos trabajando hasta tarde, que había aprendido a vivir como un observador. No como alguien que participa sino como alguien que mira desde afuera y toma nota.

—¿Tomar nota de qué?

—De cómo funciona el mundo cuando uno no es parte del sistema de clasificación que el mundo usa para organizarse. —Bury levantó la vista hacia Edna—. No lo dijo con amargura. Lo dijo con la objetividad de alguien que ha convertido su propia exclusión en un método de observación. Eso fue lo que más me impresionó, que no lo dijera con dolor sino con la distancia de alguien que lleva tanto tiempo con eso que ya no lo siente de la misma forma que al principio.

—¿Le dijo alguna vez por qué no encajaba? ¿Usó palabras específicas para describirse?

Bury vaciló de una manera que Edna reconoció como la duda genuina de alguien que quiere ser preciso y no tiene total certeza de serlo.

—No exactamente. Pero había algo en su apariencia física, en la forma en que el mundo lo leía, que no correspondía a ninguna categoría convencional. Yo lo percibía. Lo percibían todos los que lo rodeaban, aunque

nadie lo nombraba porque nombrar ese tipo de cosas sin el vocabulario correcto produce más incomodidad de la que resuelve.

—¿Qué hacía Crane con esa incomodidad de los demás?

—La ignoraba. O la usaba. Dependía del día y de la persona.

—¿En qué sentido la usaba?

—En el sentido de que era perfectamente capaz de entrar en una sala y salir de ella sin que nadie pudiera describir con precisión lo que había visto. No porque fuera anodino sino porque su presencia resistía la categorización y eso produce, en el cerebro humano que está acostumbrado a clasificar de forma automática, una especie de vacío de memoria. Lo ves y diez minutos después no sabes exactamente qué viste.

Edna escribía mientras escuchaba, sin grabadora porque Bury no lo había pedido explícitamente pero tampoco lo había aceptado. Escribía con la letra pequeña de las cosas que no podían perderse.

—¿Sabe qué ocurrió cuando dejó la universidad?

Bury asintió despacio.

—Sé lo que se dijo en los pasillos, que era poco y vago. Y sé algo que no se dijo en los pasillos porque lo vi directamente.

—Cuénteme.

—Tres semanas antes de que Crane desapareciera del departamento, lo encontré una noche en el laboratorio del sótano. Tarde, las once o así. No era inusual que trabajara a esas horas, lo inusual era que la puerta estuviera entreabierta cuando siempre la tenía cerrada. Entré sin llamar, lo cual en retrospectiva fue un error.

—¿Qué encontró?

Bury miró sus manos durante un momento.

—Encontré un setup experimental que no correspondía a ninguno de los proyectos oficiales del departamento que yo conocía. Equipamiento de mantenimiento de temperatura extrema, el tipo que se usa para trabajar con organismos de aguas profundas. Y especímenes. —Hizo una pausa—. Medusas. Vivas, en tanques pequeños de temperatura controlada. No especies que yo reconociera como parte de ninguna investigación del departamento.

Edna dejó de escribir durante un segundo.

—¿Qué hizo Crane cuando lo vio entrar?

—Cerró lo que tenía en la pantalla, que era demasiado rápido para que yo pudiera leer nada, y me preguntó si necesitaba algo. Con la misma calma de siempre. Sin nerviosismo visible. —Bury levantó la vista—. Lo que me dijo cuando le pregunté qué era todo aquello fue que era investigación personal, que no afectaba a ningún proyecto oficial y que prefería que lo mantuviera en privado.

—¿Y usted lo mantuvo en privado?

—Sí. —Una pausa—. Tendría que haberlo reportado. Lo sé ahora con más claridad de la que tenía entonces. Pero en ese momento Crane me pareció alguien haciendo algo que le importaba profundamente y que no encajaba en los canales oficiales por razones que yo no entendía del todo, y la alternativa de reportarlo me pareció una traición a alguien que me había hablado con más honestidad que la mayoría de las personas que conocía.

—¿Cuándo fue eso exactamente?

—Febrero de 2019. Tres meses después Crane ya no estaba en el departamento.

Edna cerró el cuaderno cuando salió de la cafetería y lo dejó en el bolso sin abrirlo durante el camino de vuelta a la redacción, porque lo que acababa de escuchar necesitaba un tiempo de sedimentación antes de convertirse en notas. Había cosas que si uno las transcribía demasiado pronto perdían algo esencial en el proceso de traducción del recuerdo a la palabra.

Lo que Thomas Bury le había dado era la pieza que los registros no podían dar: la experiencia de haber estado cerca de Crane en el momento en que lo que se convertiría en los crímenes del puerto estaba siendo preparado en un laboratorio del sótano de la universidad, con medusas vivas en tanques de temperatura controlada, a las once de la noche de un miércoles de febrero de 2019.

Esa tarde Edna viajó a Londres.

No por la historia del Courier sino por una investigación paralela que llevaba dos semanas construyendo con la paciencia de quien sabe que los datos más útiles están a veces en los lugares más administrativos: los registros de importación de materiales biológicos restringidos.

El sistema de registro de importación de organismos y materiales biológicos de alta peligrosidad en el Reino Unido era gestionado por la Agencia de Salud de Animales y Plantas, con sede en Londres, y sus registros eran públicos en el nivel de los permisos concedidos aunque no en el nivel de los detalles de cada solicitud. Edna había presentado una solicitud de acceso a información bajo la Ley de Libertad de Información tres semanas atrás, específicamente para los permisos de importación de cnidarios vivos de aguas árticas concedidos en los últimos diez años a instituciones académicas de Liverpool.

La respuesta había llegado el miércoles: había tres permisos concedidos en ese período. Dos correspondían a proyectos de investigación documentados del departamento de Biología Marina de la universidad. El tercero correspondía a una solicitud de 2018 vinculada al departamento de Bioquímica.

La solicitud de 2018 era de Adrian Crane.

El funcionario de la agencia con quien Edna se reunió esa tarde en Londres era un hombre de cincuenta años llamado Gerald Ashworth que tenía la

expresión de quien lleva décadas procesando solicitudes administrativas y que ocasionalmente se encuentra con una que le genera más preguntas de las que le generan las demás.

—Revisé el expediente después de recibir su solicitud —dijo Ashworth—, porque era inusual en algunos aspectos.

—¿En qué aspectos?

—La cantidad solicitada era significativamente superior a lo que un proyecto de investigación académica estándar requeriría. No imposible de justificar, pero sí en el límite superior de lo que consideraríamos normal para ese tipo de trabajo. —Ashworth abrió una carpeta delgada—. Además, el permiso incluía autorización para trabajo con las secreciones mucosas de los especímenes, lo cual implica un nivel de manipulación que va más allá de la observación o el estudio morfológico.

—¿Fue aprobado sin objeciones?

—Fue aprobado después de una revisión adicional que solicitamos precisamente por esas razones. El proyecto estaba respaldado por la institución académica con todos los formularios correctos. No había base para denegarlo.

—¿Hubo algún seguimiento posterior? ¿Alguna verificación de que los especímenes fueron usados para los fines declarados?

Ashworth la miró durante un momento.

—Nuestros recursos de seguimiento son limitados. Los verificamos cuando hay una denuncia o cuando hay razones específicas para hacerlo. En este caso no hubo ninguna de las dos cosas.

Edna anotó eso y luego preguntó lo que había ido a preguntar desde el principio.

—¿Podría confirmarme la cantidad de material importado bajo ese permiso y el origen geográfico específico de los especímenes?

Ashworth consultó la carpeta.

—Doscientos especímenes vivos de *Chironex fleckeri* ártica, procedentes de un proveedor certificado en Noruega. Con autorización para trabajo experimental con sus secreciones mucosas bajo protocolos de seguridad de nivel tres.

Chironex fleckeri. La avispa de mar. La medusa más venenosa del planeta.

Edna escribió el nombre en su cuaderno con la misma letra firme que había usado para escribir *Es él tres días atrás*.

Luego añadió debajo: *Doscientos especímenes. 2018. Un año antes de desaparecer del departamento. La preparación llevaba al menos un año antes de la primera víctima.*

En el tren de vuelta a Liverpool, con el paisaje del norte de Inglaterra pasando al otro lado de la ventana en la oscuridad del atardecer de

diciembre, Edna ordenó en su cabeza lo que tenía. Era más de lo que había tenido en cualquier momento anterior del caso. Era también menos de lo que necesitaba para publicar.

Pero era suficiente para saber que lo que tenía entre manos no era solo la historia de un criminal. Era la historia de alguien que había estado preparando algo durante años, con la paciencia y la precisión de quien convierte un conocimiento en un instrumento y un instrumento en un propósito, mientras el mundo seguía sin verlo porque el mundo no sabe mirar lo que no encaja en sus categorías.

Abrió el cuaderno en la última página utilizada y escribió la pregunta que las semanas siguientes tendría que responder:

¿Qué propósito?

Afuera, el norte de Inglaterra dormía bajo una oscuridad que el tren cruzaba sin detenerse, con la indiferencia de las cosas que tienen destino y no necesitan que el paisaje les interese para llegar a él.

Liverpool esperaba al final del trayecto.

El caso esperaba en Liverpool.

CAPÍTULO 8

Quinta víctima. El patrón se rompe.

Liverpool — mes 6

La identidad de la quinta víctima la confirmó la policía un martes por la mañana con la precisión burocrática de los comunicados oficiales que dan la información mínima con el máximo de lenguaje institucional: una mujer de cuarenta y tres años residente en el barrio de Dingle, empleada en el sector sanitario, cuya identidad no se haría pública hasta que todos los familiares directos hubieran sido notificados.

Edna leyó el comunicado tres veces.

Una mujer.

Las cuatro víctimas anteriores eran hombres. Edna lo había anotado en el mapa del caso desde el principio como un dato que podía ser significativo o no, que podía indicar un criterio de selección basado en el género o simplemente ser una coincidencia estadística de muestra pequeña. La quinta víctima rompía ese patrón, si era un patrón, y eso decía algo que Edna todavía no sabía exactamente cómo interpretar.

Lo que sí sabía era esto: un cambio en el perfil de las víctimas después de cuatro casos con el mismo perfil no era accidental. Era o una evolución deliberada del criterio de selección o una señal de que el criterio nunca había sido el género sino otra cosa que las primeras cuatro víctimas compartían y que la quinta también compartía aunque Edna todavía no lo hubiera identificado.

Escribió en el cuaderno: *El género no es el criterio. El criterio es otra cosa. ¿Qué comparten los cinco?*

Era la pregunta que había intentado responder desde el principio con Howell y Okafor sin encontrar la respuesta en los datos públicos disponibles. Ahora tenía cinco personas y seguía sin la respuesta. Pero tener cinco en lugar de dos cambiaba la estadística: con cinco puntos era posible trazar una línea que con dos no podía trazarse.

Llamó a una fuente en el registro civil que le dio el nombre completo de la quinta víctima antes de que la policía lo hiciera público: Margaret Sutton. Cuarenta y tres años. Enfermera en el Hospital Royal de Liverpool. Residente en Dingle desde hacía ocho años.

Buscó a Margaret Sutton durante tres horas con la misma meticulosidad con que había buscado a Howell y a Okafor. Y esta vez, por primera vez, encontró algo.

No entre Margaret Sutton y las víctimas anteriores directamente. Sino entre Margaret Sutton y la Universidad de Liverpool.

Sutton había participado como voluntaria en un estudio clínico de la universidad siete años atrás, un ensayo sobre tratamientos para el dolor crónico que el departamento de Farmacología había llevado a cabo con participantes reclutados en el sistema sanitario público. El estudio estaba publicado en los archivos de investigación clínica de la universidad, con la lista anonimizada de participantes pero con suficientes datos demográficos como para que Edna pudiera inferir, con un margen razonable de certeza, que la enfermera de cuarenta y tres años de Dingle era una de las participantes listadas.

Un estudio de tratamientos para el dolor crónico.

Edna se quedó mirando la pantalla durante un momento.

Luego buscó a Raymond Howell, la primera víctima. Nada en los registros públicos lo conectaba con ningún estudio clínico de la universidad. Pero sí encontró, en los archivos de noticias locales del año anterior al asesinato, una nota breve en el periódico comunitario de Aigburth sobre una jornada de voluntariado en investigación médica en la que aparecía el nombre de Howell como participante. El patrocinador de la jornada era el departamento de Farmacología de la Universidad de Liverpool.

Buscó a Peter Okafor. Tardó más, porque Okafor era un hombre más reservado en su huella digital, pero encontró en los registros del grupo de voluntarios de investigación del NHS una referencia a su participación en un programa de estudios clínicos asociados a la universidad en el mismo período temporal que el estudio de Sutton.

Tres víctimas. Tres conexiones con estudios clínicos del departamento de Farmacología de la Universidad de Liverpool.

Edna cerró el ordenador y se quedó mirando el cuaderno privado durante un momento con la concentración de quien está procesando algo que cambia la forma del mapa que lleva meses construyendo.

El criterio de selección no era el género. No era la ocupación. No era el barrio ni la edad ni ninguna de las categorías visibles que había estado intentando conectar desde el principio.

Era haber sido voluntario en investigación clínica de la universidad.

Era haber estado, en algún momento, dentro del sistema que había excluido a Adrian Crane.

Llamó a Callahan esa tarde con el tipo de urgencia que no era la urgencia de la primicia sino la de quien tiene información que la investigación policial necesita independientemente de lo que produzca para el periodismo.

—Derek. Necesito que compruebes algo.

—Edna.

—Las cinco víctimas. Necesitas verificar si todas participaron en estudios clínicos del departamento de Farmacología de la Universidad de Liverpool en los últimos diez años.

Un silencio.

—¿Por qué?

—Porque si la conexión existe en las tres que pude verificar por registros públicos, lo cual es el límite de lo que yo puedo hacer, probablemente existe en las cinco. Y si existe en las cinco, tienes el criterio de selección.

—¿De dónde sacas eso?

—De tres días de trabajo en registros públicos. —Pausa—. Derek, si tengo razón, eso te dice algo sobre el perpetrador que cambia la naturaleza de la búsqueda. No eligió víctimas al azar. Las eligió de un grupo específico con el que tenía alguna relación que todavía no entiendo del todo pero que tiene que ver con la universidad.

El silencio de Callahan fue diferente a los anteriores. Era el silencio de quien está verificando mentalmente algo mientras escucha, no el silencio de quien considera si responder.

—Dame hasta mañana —dijo finalmente.

—¿Para qué?

—Para confirmar lo que ya estás pensando que es cierto.

La llamada terminó. Edna se quedó con el teléfono en la mano durante un momento. Luego lo dejó sobre la mesa y miró el cuaderno privado abierto en la página del caso, con el mapa que llevaba meses construyendo y que ahora tenía una forma que antes no tenía.

No era un mapa completo. Todavía faltaban piezas que no estaban en ningún registro público y que solo podían encontrarse en el espacio entre los datos y la experiencia vivida que producía esos datos. Pero era un mapa

que ya no era solo una acumulación de observaciones. Era una estructura con lógica interna.

Crane había elegido a sus víctimas de entre los voluntarios de investigación clínica de la universidad. El departamento de Farmacología. El estudio del dolor crónico.

¿Por qué ese estudio? ¿Qué había en ese estudio que conectaba a esas personas con Crane de una manera que justificaba, en la lógica interna de Crane, lo que les había hecho?

Era la pregunta que seguía sin respuesta y que Edna escribió en el cuaderno esa noche con tres signos de interrogación, que era su señal para las preguntas que no podían esperar pero que tampoco tenían respuesta inmediata:

¿Qué hizo ese estudio a Crane, o qué hizo Crane al estudio, para que esas personas específicas fueran elegidas???

Salió a caminar porque necesitaba el aire frío de diciembre en Liverpool para que la cabeza dejara de ir más rápido de lo que los datos justificaban. Era un riesgo que el periodismo de investigación enseñaba a gestionar pero que nunca desaparecía del todo: el momento en que la hipótesis empieza a correr más rápido que la evidencia y hay que frenarse deliberadamente para no construir sobre arena.

Caminó hasta el Mersey y se quedó en el paseo marítimo mirando el agua oscura durante el tiempo que tardó en enfriar suficiente la urgencia para poder pensar con la precisión que el caso exigía.

Mañana Callahan llamaría o no llamaría. Si llamaba y confirmaba la conexión con los estudios clínicos, la investigación policial tendría una dirección nueva. Si no llamaba, Edna tendría que seguir construyendo sola, que era como había construido todo lo que tenía hasta ese momento.

De cualquier forma había trabajo. Siempre había trabajo.

El Mersey seguía fluyendo hacia el estuario con la indiferencia de siempre, sin importarle que a su orilla una periodista estuviera mirándolo con la concentración de quien busca en el agua respuestas que el agua no tiene.

El agua no tiene respuestas.

Pero a veces, si uno la mira durante suficiente tiempo, le enseña a formular mejor las preguntas.

Callahan llamó el día siguiente a las ocho de la mañana.

—Las cinco víctimas participaron en el mismo estudio clínico —dijo, sin preámbulo—. El estudio sobre modulación del dolor neuropático del departamento de Farmacología. Año 2017 y 2018.

Edna no dijo nada durante un momento.

—¿Crane estaba vinculado a ese estudio?

—No como investigador principal ni como coinvestigador. Pero el estudio usaba materiales del departamento de Bioquímica que estaban bajo su custodia en ese período.

—¿Qué tipo de materiales?

—Eso es lo que estamos verificando ahora. —Una pausa—. Edna, lo que encontraste cambia la dirección de la búsqueda. No te digo más que eso por ahora, pero lo que encontraste importa.

—¿Tienes a alguien en el departamento de Farmacología colaborando con la investigación?

—Tenemos a alguien que está siendo muy cuidadoso en lo que comparte con nosotros. Lo cual es su derecho. Lo cual también es informativo.

—¿En qué sentido?

—En el sentido de que cuando alguien en una institución académica es muy cuidadoso con lo que comparte con la policía en el contexto de una investigación de homicidio, habitualmente es porque tiene algo que proteger. No necesariamente algo ilegal. Pero algo que prefiere que no salga a la luz.

Edna anotó eso y luego preguntó lo que llevaba horas queriendo preguntar desde que encontró la conexión el día anterior.

—Derek, ¿el estudio del dolor de 2017 usó sustancias de origen marino en alguna fase de la investigación?

El silencio que siguió fue el más largo que Callahan le había concedido en toda la cobertura del caso.

—Eso forma parte de lo que estamos verificando —dijo finalmente.

—Pero no lo descartas.

—No lo descarto.

La llamada terminó. Edna cerró el cuaderno, lo abrió de nuevo, y escribió con la letra más pequeña y más firme que tenía:

El estudio del dolor. Las víctimas eran sus voluntarios. Crane tenía acceso a los materiales. Si esos materiales incluían sustancias marinas, la conexión es completa.

Propósito: las víctimas no fueron elegidas al azar. Fueron elegidas porque estuvieron dentro del sistema que lo usó y lo descartó. El dolor que estudiaron se lo devolvió.

Lo leyó dos veces. Era una hipótesis todavía, pero era la hipótesis más sólida que había tenido desde el principio del caso. Y las hipótesis sólidas, en su experiencia, rara vez eran completamente incorrectas aunque a veces fueran incompletas.

Afuera Liverpool comenzaba el día con esa energía específica de las ciudades del norte en invierno: determinada, sin ornamento, construida

para seguir funcionando independientemente del clima y de lo que el mundo decida opinar sobre ella.

Edna tenía trabajo.

Lo que seguía pendiente era la pieza que los datos no podían dar: entender qué había ocurrido entre Crane y ese estudio específico que justificaba, en la lógica de Crane, elegir a esos voluntarios.

Edna pasó la tarde buscando información sobre el estudio de modulación del dolor neuropático del departamento de Farmacología. Era un estudio publicado en 2019, después de la desaparición de Crane del departamento, en una revista de farmacología clínica de segundo nivel. Lo encontró en la base de datos de publicaciones científicas y lo leyó con la concentración de quien no tiene formación médica pero ha aprendido a extraer lo relevante de los textos que la requieren.

El estudio investigaba la respuesta de pacientes con dolor crónico neuropático a una combinación de compuestos que incluía, en la fase experimental avanzada, un derivado de proteínas de origen marino cuya síntesis había sido desarrollada en el departamento de Bioquímica. El derivado no estaba identificado por su nombre científico completo en la publicación sino por una referencia interna que Edna no pudo descifrar desde el texto publicado. Pero la referencia al departamento de Bioquímica y al período temporal de 2017-2018 era suficientemente específica para que la conexión con el trabajo de Crane en ese mismo período fuera imposible de ignorar.

Llamó a David Chen esa noche.

—David. Necesito que leas algo y me digas si la conexión que estoy viendo es real o si estoy extrapolando.

Le envió el artículo por correo. David llamó cuarenta minutos después.

—¿De dónde sacaste esto? —dijo.

—De la base de datos pública de publicaciones científicas. Es un artículo publicado, no hay nada restringido en el acceso.

—El derivado de proteínas marinas que usan en la fase experimental —dijo David—. No lo identifican por nombre completo, pero la descripción de sus propiedades es consistente con un compuesto de síntesis basado en mucoproteínas de cnidarios de aguas frías. Que es exactamente el tipo de compuesto que alguien con la especialización de Crane en bioquímica de proteínas de origen marino podría haber desarrollado.

—¿Podría haber sido Crane quien desarrolló ese compuesto?

—Con la información que tengo, no puedo decirte que sí con certeza. Pero puedo decirte que es completamente plausible. El perfil de investigación que me describiste la semana pasada y las propiedades de este compuesto son coherentes.

—¿Y qué le hace ese compuesto a las personas que lo reciben?

David tardó un momento.

—En dosis terapéuticas controladas, según el artículo, modula la respuesta del sistema nervioso al dolor crónico con una eficacia notable. Es un resultado genuinamente interesante desde el punto de vista farmacológico.

—¿Y en dosis no terapéuticas?

Otro silencio.

—Edna, los compuestos que modulan la respuesta del sistema nervioso al dolor son, por definición, compuestos que actúan sobre el sistema nervioso. En dosis distintas a las terapéuticas, los efectos son distintos a los terapéuticos. Eso es farmacología básica.

—¿Distintos en qué dirección?

—En la dirección contraria. En lugar de reducir la sensibilidad al dolor, la aumentan. Y en concentraciones suficientemente altas, con el protocolo correcto, podrían usarse para producir exactamente el tipo de efecto que la prensa lleva meses describiendo como el método del Escultor del Dolor.

Edna no dijo nada durante un momento.

—David, ¿estás diciéndome que el compuesto que Crane posiblemente desarrolló para un estudio clínico de tratamiento del dolor podría ser el mismo compuesto que usa para producir los crímenes?

—Estoy diciéndote que es una hipótesis que la información disponible no contradice. —Una pausa—. Y Edna, si esa hipótesis es correcta, hay una ironía en el centro de este caso que es tan perfecta en su lógica interna que resulta difícil creer que no fuera deliberada.

—¿Qué ironía?

—Que el compuesto que desarrolló para aliviar el dolor de esas personas específicas es el que usa para producirles el mayor dolor posible. —David hizo una pausa—. No eligió a sus víctimas porque participaron en el estudio. Las eligió porque recibieron su trabajo. Porque su ciencia entró en sus cuerpos y ellos ni siquiera lo sabían.

Edna cerró los ojos durante un momento.

Luego los abrió y miró el cuaderno privado, abierto en la página del caso, con el mapa que llevaba meses construyendo.

La hipótesis del propósito, que había escrito horas antes con tres signos de interrogación, de repente tenía una respuesta que no necesitaba signos de interrogación.

Escribió debajo de todo lo anterior, con la letra más pequeña que su mano podía producir, como si el tamaño de la letra pudiera contener el peso de lo que escribía:

Su ciencia entró en sus cuerpos sin que lo supieran. Eso es lo que no les perdonó. No a ellos específicamente. A lo que representaban: el sistema

que usó su trabajo sin reconocerlo, sin verlo, sin darle el lugar que en su propia valoración merecía.

No es venganza contra las víctimas. Es venganza contra el hecho de haber existido sin ser visto.

Cerró el cuaderno. Se quedó en silencio durante un tiempo que no midió.

Afuera Liverpool seguía siendo Liverpool, con su río y su frío y su historia de haber construido cosas que el mundo usaba sin siempre reconocer de dónde venían.

Había algo en esa coincidencia que Edna prefirió no pensar demasiado esa noche.

CAPÍTULO 9

La figura en la niebla

Liverpool — mes 7

El sexto crimen ocurrió antes de que enero terminara.

Edna lo supo por Callahan, que la llamó a las seis de la mañana con una voz que tenía algo nuevo: no solo la tensión de siempre sino algo que se parecía a la fatiga de quien lleva demasiado tiempo persiguiendo algo que se mueve más rápido de lo que él puede seguir.

—Zona de Everton —dijo—. Esta vez hay más testigos. Cuatro personas que vieron algo en las inmediaciones en las últimas veinticuatro horas.

—¿Todos describen lo mismo?

—Todos describen algo. No todos describen lo mismo.

Esa era la diferencia entre una escena con testigos y una escena útil. Los testigos existían pero sus recuerdos eran lo que los recuerdos siempre eran: parciales, contaminados por el tiempo y la expectativa y la necesidad inconsciente de que lo que uno recuerda tenga sentido. Cuatro testigos que describían cosas distintas eran en algunos aspectos más complicados que ningún testigo.

Pero en otros aspectos eran más reveladores.

Edna llegó a Everton a las siete. La escena era similar a las anteriores en lo físico: cinta policial, furgonetas de la científica, agentes de guardia con la expresión del frío de enero bien establecido. Diferente en lo humano: había cuatro personas sentadas en el interior de un coche policial con el motor encendido, a quienes los agentes llevaban acompañando desde antes de que amaneciera.

Los testigos.

No pudo hablar con ellos. Eso era territorio estrictamente policial y Callahan lo tenía claro. Lo que sí pudo hacer, con la paciencia de quien ha aprendido que las escenas del crimen tienen perímetros pero también tienen márgenes, fue esperar hasta que dos de los cuatro testigos salieran del

coche policial brevemente para tomar aire y para fumar, uno de ellos, con el cigarrillo de quien necesita el gesto además de la nicotina.

El fumador era un hombre de unos cincuenta años con el aspecto de alguien que ha visto algo que habría preferido no ver y que el cigarrillo no estaba del todo resolviendo. Edna se acercó con la naturalidad de quien comparte un espacio al aire libre sin agenda aparente.

—Mala noche —dijo.

El hombre la miró. Evaluó. Decidió que no era policía.

—Pésima —dijo.

—¿Lo vio usted?

Una pausa.

—Vi a alguien. Si era lo que dicen que era, no lo sé. —Aspiró el cigarrillo—. Era tarde. Caminaba por la calle como si fuera un vecino del barrio. No corría, no se escondía. Caminaba.

—¿Pudo verle la cara?

—Un momento. Cuando pasó bajo una farola. —Otra aspiración—. Era raro.

—¿En qué sentido?

El hombre consideró la pregunta durante un momento, como si buscara las palabras para algo que había estado intentando formular desde que lo vio.

—En el sentido de que lo miraba y no terminaba de registrar lo que estaba mirando. Como cuando ves algo de reojo y al girar la cabeza ya no está, pero en este caso sí estaba, estaba ahí enfrente, y aun así el cerebro no terminaba de procesar. —Tiró el cigarrillo y lo pisó—. Mi mujer siempre dice que soy muy observador. Llevo treinta años trabajando de taxista. Veo a miles de personas. Y esta es la primera vez que no puedo decirte exactamente lo que vi.

Un agente se asomó desde el coche policial y el hombre volvió hacia él sin más conversación.

Edna lo dejó ir y se quedó en la acera escribiendo en el cuaderno con la letra rápida de las cosas que no podían esperar: *Taxista, observador profesional. Lo vio bajo una farola, de frente. No puede describir lo que vio con precisión. El cerebro no procesa. Coherente con lo que Fiona describió, con lo que Bury describió, con el perfil de alguien cuya apariencia física resiste la categorización.*

Eso era lo que los cuatro testigos tenían en común, según Callahan le confirmó esa tarde. No describían los mismos rasgos porque cada uno recordaba aspectos diferentes de alguien cuya apariencia no dejaba una impresión unificada. Uno describía una figura de estatura media con movimientos muy controlados. Otro describía una voz que había escuchado brevemente, de tono indeterminado. Una mujer describía el abrigo, oscuro, sin rasgos específicos. El taxista describía la incapacidad de describir.

Callahan reunió las cuatro descripciones con el perfilador de Scotland Yard y el resultado fue un documento que él le permitió leer a Edna en su despacho, sin copias, con la condición de que no citara el documento sino solo sus conclusiones generales.

El documento decía, en su sección de síntesis, que los testimonios eran consistentes con una persona que había desarrollado, de forma consciente o inconsciente, la capacidad de minimizar su huella perceptual. Que la indeterminación que los testigos experimentaban no era producto de malas condiciones de observación sino del objeto observado: alguien cuya apariencia física, su forma de moverse, su presencia en el espacio, generaba en el observador un estado de ambigüedad cognitiva que dificultaba la consolidación del recuerdo.

El perfilador añadía una nota al margen que no era parte del documento oficial pero que Callahan le mostró de todas formas: esto no es entrenamiento de contrainteligencia. Es algo más profundo. Es alguien que lleva toda la vida siendo invisible para el sistema de categorización convencional y que ha convertido esa invisibilidad en un activo.

Edna leyó esa nota dos veces.

Luego se la devolvió a Callahan sin decir nada.

La entrega que Edna escribió para el Courier esa semana sobre los testigos fue la más cuidadosa de todas las que había escrito hasta ese momento. No porque tuviera menos información sino porque tenía más, y la información que no podía publicar sin destruir líneas activas de investigación era considerablemente mayor que la que sí podía.

Publicó los hechos básicos: sexta víctima, cuatro testigos, descripción general de alguien cuya apariencia era difícil de clasificar. No publicó el documento del perfilador. No publicó la conexión con el estudio clínico. No publicó el nombre de Adrian Crane.

No publicó nada de lo que estaba en el cuaderno privado porque nada de lo que estaba en el cuaderno privado podía publicarse todavía sin destruir las dos investigaciones que dependían de que esa información permaneciera fuera del dominio público el tiempo suficiente para producir resultados.

Gareth llamó después de leer la entrega.

—Es poco.

—Es lo que hay.

—El Mirror tiene más. Citaron una fuente policial que describe el método con un detalle que supera todo lo que hemos publicado nosotros.

—El Mirror tiene una filtración irresponsable que comprometió la investigación en septiembre y que aparentemente sigue comprometiendo. Eso no es tener más. Es tener problemas más tarde.

—Edna, los lectores no distinguen entre una filtración irresponsable y periodismo de investigación cuando los dos producen titulares.

—Los lectores que importan sí distinguen. Y cuando esto termine, el Courier va a tener la historia completa y el Mirror va a tener una serie de titulares contradictorios que nadie podrá organizar en un relato coherente.

Gareth guardó silencio durante un momento.

—¿Cuándo termina?

—No lo sé. Pero se está acercando al final. Lo noto en la forma en que Callahan habla. Hay algo en la investigación que está cerrándose.

—¿Cómo lo notas?

—Porque lleva semanas dándome más de lo que daba antes. Los investigadores dan más cuando están cerca de algo porque necesitan que el entorno externo también se mueva en la dirección correcta.

Gareth no respondió a eso, que era la respuesta que significaba que lo creía pero que no iba a admitirlo explícitamente.

—Tres semanas —dijo—. Si en tres semanas no tienes algo que justifique el tiempo que llevas en esto, te reasigno.

—Tres semanas —dijo Edna, y colgó sabiendo que tres semanas era exactamente el tiempo que necesitaba y probablemente más del que iba a tardar.

Esa noche, mientras revisaba las notas del cuaderno privado buscando algo que hubiera pasado por alto, encontró algo que sí había pasado por alto.

Thomas Bury, en su conversación del lunes, había mencionado de pasada que Crane, en una de sus conversaciones nocturnas en el laboratorio, había dicho algo sobre el estudio de dolor que Edna había registrado en sus notas pero no había subrayado porque en ese momento no conocía todavía la importancia del estudio.

Buscó en el cuaderno hasta encontrar la página. La frase estaba ahí, entre comillas porque Bury la había citado textualmente: *Dijo que el estudio era la demostración perfecta de cómo el sistema extrae lo que necesita de las personas que no importan y lo convierte en conocimiento que beneficia a quienes sí importan, sin que haya ninguna transacción visible ni ningún reconocimiento posible.*

Edna leyó esa frase tres veces.

Luego escribió debajo, conectándola con las notas del capítulo anterior sobre la ironía en el centro del caso:

No es solo el estudio del dolor. Es toda la lógica de cómo la ciencia institucional usa a las personas como material y a los investigadores fuera del sistema como instrumentos anónimos. Crane lo experimentó en su propio cuerpo, en su propia carrera, en su propia existencia. El estudio del dolor era el ejemplo más concreto. Pero el problema era más antiguo y más amplio.

Las víctimas no fueron elegidas por lo que habían hecho. Fueron elegidas por lo que representaban: personas que habían sido parte del sistema que lo usó sin verlo. La transacción invisible que él nunca pudo cobrar.

Cerró el cuaderno. Apagó la luz.

Afuera Liverpool dormía bajo la niebla de enero que subía del Mersey y convertía los faroles en los mismos globos difusos que ella había mirado desde la infancia, cuando la ciudad era todavía un texto que estaba aprendiendo a leer y que todavía no sabía que algún día le daría la historia más difícil y más importante de su carrera.

Tres semanas, había dicho Gareth.

Edna pensaba que iba a ser menos.

Lo que aceleró todo fue algo que Edna no buscaba y que llegó de la dirección menos esperada.

El martes de la semana siguiente recibió una llamada de un número que reconoció: la periodista de la BBC regional que había estado cubriendo el caso desde la segunda rueda de prensa. Se llamaba Priya Mehta y tenía la reputación de ser competente y honesta, dos características que en el periodismo local no siempre iban juntas.

—Edna, necesito hacerte una pregunta profesional.

—Adelante.

—¿Tienes fuentes dentro de la universidad que te hayan hablado de un investigador que desapareció hace cinco años?

Edna tardó exactamente el tiempo necesario para decidir qué responder.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Porque yo también tengo una fuente que me habló de eso la semana pasada. Y porque si tú y yo tenemos la misma fuente o fuentes diferentes que apuntan en la misma dirección, podríamos estar ante algo que va a salir de todas formas y que es mejor gestionar de forma responsable que dejar que salga sin contexto.

—¿Qué nombre te dio tu fuente?

Una pausa.

—Adrian Crane —dijo Priya.

Edna procesó esto durante un momento. No era sorprendente que hubiera más fuentes apuntando en la misma dirección: las historias con fundamento real siempre tenían múltiples accesos porque la realidad es permeable cuando alguien la busca con suficiente determinación. Lo que sí era nuevo era que otra periodista competente tuviera el nombre.

Eso significaba que el tiempo de que el nombre permaneciera fuera del dominio público se estaba agotando.

—¿Qué vas a hacer con eso? —preguntó Edna.

—Todavía no lo sé. Por eso te llamo. Tú llevas más tiempo en esto.

—¿Tienes algo más allá del nombre?

—Tengo la especialización. La desaparición de los registros. Una descripción física de segunda mano. —Priya hizo una pausa—. ¿Tú tienes más?

Edna pensó en el cuaderno. En las conexiones con el estudio clínico. En los doscientos especímenes de *Chironex fleckeri*. En la frase que Crane le había dicho a Bury sobre el sistema que extrae lo que necesita de las personas que no importan.

—Sí —dijo—. Tengo más.

—¿Vas a publicar?

—Cuando la investigación policial esté en un punto donde publicar no destruya lo que queda por hacer. Que no es ahora pero probablemente sea pronto.

—¿Cuánto es pronto?

—Menos de tres semanas. —Edna hizo una pausa—. Priya, te pido que esperes. No porque quiera la exclusiva, que la quiero pero no es la razón principal. Sino porque si publicamos el nombre ahora y Crane sabe que la prensa lo tiene, la policía pierde la ventaja de que él no sabe exactamente cuánto saben.

Priya guardó silencio durante varios segundos.

—Una semana —dijo—. Si en una semana no hay movimiento en la investigación que justifique esperar más, publico lo que tengo.

—Una semana es justa —dijo Edna.

Colgó y llamó a Callahan de inmediato.

—Derek. Tienes menos tiempo del que pensabas. Hay otra periodista con el nombre de Crane y con una semana de paciencia.

El silencio de Callahan fue breve y denso.

—¿Quién?

—Priya Mehta, BBC regional. Es responsable, te pido que lo recuerdes cuando esto termine. Pero tiene el nombre y una semana es lo que me dio.

—Mierda —dijo Callahan, con una expresión que Edna rara vez le había escuchado pero que en ese contexto era perfectamente justificada.

—¿Cuánto falta?

—Estamos cerca. Hay operativas en marcha que no puedo describir. Pero estamos cerca.

—¿Más o menos de una semana?

Una pausa.

—Menos —dijo Callahan.

—Bien. Entonces los dos tenemos lo que necesitamos.

La llamada terminó. Edna se quedó con el teléfono en la mano durante un momento, mirando el cuaderno privado abierto sobre la mesa con el mapa del caso que en ese momento era más completo que en cualquier momento anterior.

La investigación se estaba cerrando. Callahan lo había dicho sin decirlo: menos de una semana. Las operativas en marcha que no podía describir eran la fase final de una persecución que había durado meses y que estaba llegando al punto donde la paciencia y el trabajo acumulado producían el resultado o no lo producían.

En el periodismo de investigación ese momento tenía una calidad específica que Edna reconocía: la sensación de que el tiempo se había comprimido de una manera que hacía que cada hora tuviera el peso de un día de las semanas anteriores. Era la aceleración final antes del desenlace, y producía en quien la vivía una combinación de urgencia y serenidad que era difícil de explicar pero que quince años de trabajo habían vuelto familiar.

Escribió en el cuaderno la última entrada de esa noche con la letra firme de las certezas:

La investigación se cierra. Menos de una semana según Callahan. Lo que viene después de eso es otra historia: no la del criminal sino la de lo que el criminal representa y de lo que el mundo hará con esa representación.

Para esa historia no estoy lista todavía. Pero el tiempo para prepararme es exactamente el que queda.

Cerró el cuaderno. Miró por la ventana hacia el Mersey invisible en la niebla de enero.

Liverpool seguía siendo Liverpool.

Y el caso seguía siendo el caso.

Pero ambos estaban a punto de ser otra cosa.

CAPÍTULO 10

El chico de los muelles

Liverpool — mes 8

El miércoles amaneció con una lluvia que no era lluvia sino el tipo de humedad suspendida que Liverpool produce cuando el Mersey y el cielo deciden colaborar, y Edna llevaba dos horas en la redacción cuando Callahan llamó con una voz que era diferente a todas las voces anteriores.

No era la voz de las escenas del crimen ni la de las ruedas de prensa ni la de las conversaciones en bares donde los dos midieron durante meses lo que podían decirse. Era la voz de alguien que ha recibido información que cambia la naturaleza de lo que lleva tiempo creyendo que entiende.

—Esta noche hubo un incidente —dijo—. No es una víctima. Es lo contrario.

Edna dejó de escribir.

—¿Lo contrario?

—Alguien que debería haberlo sido y no lo es.

—¿Un superviviente?

—Un menor. Quince años. Retenido brevemente y liberado sin daño físico.

El silencio que siguió fue de Edna, que procesaba lo que acababa de escuchar con la velocidad y la cautela simultáneas que la información de alto impacto requería.

Un menor. Liberado sin daño. Por alguien que en ocho meses no había liberado a nadie.

—¿Dónde?

—Zona del puerto de Garston. Sur de Liverpool. El muchacho llegó a casa a las dos de la madrugada. Los padres llamaron a la policía a las dos y cuarto.

—¿Está bien?

—Físicamente, sí. —Una pausa—. Lo que describe es lo que necesitas escuchar. Pero no puedo darte acceso a él directamente. Es un menor, sus padres están con él, hay protocolo.

—¿Qué describe?

—Voces. Olores. Un lugar. Una frase. —Callahan hizo una pausa que tenía el peso de algo que llevaba horas pensando cómo decir—. La frase que describe es la más útil. No tiene sentido claro a primera vista. Pero llevo tres horas intentando descifrarla y tengo la sensación de que tú puedes descifrarla antes que yo.

—¿Cuál es la frase?

—El muchacho dice que antes de soltarlo, la persona que lo retenía dijo: el dolor que no tiene nombre no tiene remedio. Y que es por eso que yo le pongo nombre.

Edna no respondió durante un momento.

—¿Lo apuntaste bien?

—Lo tengo grabado. Lo repitió cuatro veces para asegurarme de que era textual.

Edna abrió el cuaderno en la página del caso y escribió la frase palabra por palabra: *El dolor que no tiene nombre no tiene remedio. Y es por eso que yo le pongo nombre.*

La miró durante un momento.

—Derek, ¿tienes acceso a las publicaciones académicas de Crane durante su período en la universidad?

—Tenemos lo que los registros dan. Que es poco, ya lo sabes.

—¿Tienes la solicitud de acceso a materiales restringidos de 2019?

—La tenemos.

—¿Y la descripción del proyecto que incluye?

Una pausa.

—Sí.

—Lee el título del proyecto.

Silencio mientras Callahan, presumiblemente, buscaba el documento.

—El título es —dijo, y Edna escuchó el sonido de papeles— Aproximación a la modulación nociceptiva mediante análogos sintéticos de mucoproteínas de cnidarios: hacia un protocolo de denominación del dolor crónico de origen neuropático.

Edna cerró los ojos un momento.

—Denominación del dolor —dijo—. Ponerle nombre al dolor.

—Dios santo —dijo Callahan en voz baja.

—No es una frase aleatoria. Es el núcleo de su trabajo. Le dijo al chico el título de su proyecto científico antes de soltarlo.

La llamada terminó dos minutos después, con Callahan diciendo que iba a necesitar todo lo que Edna tuviera sobre el proyecto de investigación de Crane en las próximas horas. Edna le envió los documentos que tenía en los siguientes veinte minutos, no porque la generosidad fuera su primer instinto sino porque en ese momento la generosidad y el interés propio apuntaban en la misma dirección: cuanto antes terminara la investigación policial, antes podría ella publicar lo que llevaba meses construyendo.

Lo que Edna no le dijo a Callahan en esa llamada, porque habría requerido una explicación que no tenía tiempo de dar y que además implicaba admitir que había hablado con el chico antes que la policía, era que ya tenía más información de la que Callahan imaginaba sobre lo que había ocurrido en Garston.

La conexión no era directa. Era la clase de conexión que solo existen en ciudades donde uno lleva suficiente tiempo trabajando: la hermana de la madre del muchacho era la cuñada de un técnico del Courier que Edna conocía desde hacía seis años y que la llamó a las tres de la madrugada con la urgencia de quien tiene información que no sabe si es importante pero que intuye que podría serlo.

Edna llegó al domicilio de la familia a las cuatro de la mañana, media hora antes de que llegara el primer agente de policía de paisano asignado a tomar declaración al menor en entorno familiar. Habló con el chico durante dieciséis minutos, con el permiso de sus padres y con la claridad de que no publicaría nada que lo identificara ni que comprometiera la investigación.

El chico se llamaba Jamie. Quince años, pelo oscuro, la expresión de alguien que ha pasado las últimas horas procesando algo que no tiene categoría en su experiencia previa y que está en ese estado específico entre el shock y la claridad que produce el alivio de estar a salvo cuando hace pocas horas no era seguro estarlo.

Le contó lo que recordaba con la precisión imperfecta y honesta de los recuerdos recientes: que lo habían seguido desde el final del turno en el almacén donde trabajaba a tiempo parcial los martes por la noche, que había notado la presencia detrás de él pero que había atribuido esa sensación a la oscuridad y al frío antes de que fuera demasiado tarde para hacer algo al respecto. Que el lugar donde lo llevaron olía a algo que no era un olor doméstico ni industrial sino un olor que recordaba vagamente a las clases de biología del colegio, algo químico y orgánico a la vez. Que en ningún momento hubo violencia directa pero sí la violencia implícita de no poder irse. Que la persona que lo retenía no hablaba mucho pero cuando hablaba lo hacía con una voz que Jamie no podía describir con precisión porque era una voz que no correspondía a ningún modelo de voz que él tuviera almacenado.

—¿No podías decir si era hombre o mujer? —preguntó Edna, con la suavidad que requería la pregunta.

—No exactamente. Era como... —Jamie buscó las palabras—. Era como cuando ves un color que está entre dos colores que conoces y no tienes nombre para el que estás viendo.

Edna lo anotó con tres asteriscos.

—¿Por qué crees que te soltó?

Jamie tardó en responder. Miró sus manos durante un momento.

—Me preguntó cuántos años tenía. Y cuando le dije quince algo cambió. No en la voz, que siguió siendo la misma. Sino en la... no sé cómo llamarlo. En la temperatura del espacio, si eso tiene sentido.

—Tiene sentido.

—Y luego dijo esa frase rara que les conté a mis padres. El dolor que no tiene nombre. Y después me dijo que me fuera y que no mirara atrás.

—¿Miraste atrás?

Una pausa muy breve.

—No.

Edna cerró el cuaderno cuando salió del apartamento de Jamie a las cuatro y veinte de la mañana, con la lluvia-humedad del Mersey todavía en el aire y la ciudad todavía dormida alrededor de ella, y se quedó de pie en la acera durante un momento procesando lo que acababa de escuchar.

El chico de quince años era el único ser humano que había estado cerca de Crane y había vuelto. No porque se hubiera resistido ni porque la policía hubiera llegado a tiempo ni por ninguna de las razones habituales por las que alguien sobrevive en un caso como este. Sino porque Crane había decidido soltarlo. Porque había una línea que Crane no cruzaría aunque cruzara todas las demás.

La infancia.

Edna lo escribió en el cuaderno de pie en la acera, con la lluvia que no era lluvia cayendo sobre las páginas y haciendo la tinta correr ligeramente en los bordes:

La infancia es lo que protege. No porque la infancia sea inocente en sentido abstracto. Sino porque la infancia es el estado anterior al momento en que el mundo decide qué eres y empieza a excluirte por ello. Antes de que el sistema de clasificación te marque. Antes de que el dolor tenga nombre.

Por eso lo soltó. El chico todavía no ha sido dañado por el mundo de la manera en que Crane fue dañado. Y eso, en la lógica de Crane, lo hace diferente a todas las demás víctimas.

Guardó el cuaderno en el bolso. Caminó hacia el coche bajo la lluvia que no era lluvia.

En algún lugar de Liverpool, posiblemente no muy lejos, Adrian Crane sabía que había cometido el primer error de toda la serie: había dejado un testigo que podía describir cosas. No su cara, no su nombre, no su dirección. Pero cosas que en las manos correctas eran más útiles que cualquiera de esos datos.

Y Edna tenía esas cosas en las manos correctas.

La cuenta atrás había comenzado.

La frase que Jamie había recordado fue, como Callahan intuyó y Edna confirmó, la grieta por la que entró todo lo demás.

No de forma inmediata ni de forma espectacular. De la forma en que los casos se resuelven cuando llevan suficiente tiempo activos: por la acumulación de pequeñas certezas que en algún momento alcanzan una masa crítica que produce movimiento donde antes solo había espera.

El título del proyecto de investigación de Crane, con su referencia explícita a la denominación del dolor, permitió a Scotland Yard conectar ese trabajo con un protocolo de ensayo clínico que había sido registrado pero nunca activado formalmente, un protocolo que incluía una fase de trabajo con voluntarios y que había sido archivado cuando Crane desapareció del departamento. Los investigadores del protocolo habían sido notificados de su archivado con una comunicación estándar. Las personas que habían manifestado interés en participar como voluntarios habían recibido una comunicación similar.

Esas personas incluían, según los registros que Scotland Yard pudo acceder con autorización judicial, a individuos cuyos perfiles demográficos coincidían con los de las víctimas en aspectos que los registros públicos no mostraban pero que los registros internos de la universidad sí contenían.

No era una lista de víctimas predeterminadas. Era peor: era una lista de personas que Crane había conocido como potenciales participantes en su trabajo, personas que habían mostrado disposición a colaborar con su investigación y que después habían desaparecido del proyecto cuando el

proyecto fue archivado, como si nunca hubieran existido en esa relación con su trabajo.

Edna supo todo esto por Callahan, que la llamó el jueves por la tarde con la voz de alguien que está procesando una información que confirma algo que había estado intentando no confirmar porque confirmarlo hacía el caso más perturbador de lo que ya era.

—Las víctimas estaban en el registro de personas de contacto del protocolo archivado —dijo Callahan—. No como participantes del estudio del dolor. Como personas que habían expresado interés en participar en el protocolo de Crane antes de que fuera archivado.

—¿Cuántas personas había en ese registro?

—Dieciséis.

—¿Y hay seis víctimas?

—Seis. Lo cual significa que hay diez personas en ese registro que todavía no son víctimas y que necesitamos localizar y proteger de forma urgente.

—¿Las tenéis localizadas?

—Estamos en ello. —Una pausa—. Edna, necesito pedirte algo que va contra tu instinto periodístico pero que importa más que cualquier entrega.

—Dime.

—No publiques nada sobre el registro en las próximas cuarenta y ocho horas. Si Crane sabe que tenemos el registro, las diez personas restantes pasan de ser posibles víctimas a ser imposibles de encontrar antes de que él llegue a ellas.

Era la petición más directa que Callahan le había hecho en toda la cobertura del caso. Edna la procesó durante un momento con honestidad: ¿qué pesaba más? ¿La historia o las diez personas que la historia podía comprometer?

Era una pregunta que el periodismo de investigación no siempre formulaba con esa claridad y que en este caso tenía una respuesta que no requería deliberación prolongada.

—Cuarenta y ocho horas —dijo.

—Gracias.

—Derek, cuando esto termine, necesito el acceso que te estoy dando ahora. No como favor. Como reconocimiento de que trabajamos bien juntos.

—Cuando esto termine, te doy lo que pueda darte. Que será más de lo que le daré a cualquier otro.

La llamada terminó. Edna cerró el cuaderno, lo guardó en el cajón del escritorio con la llave que usaba para los documentos que no podían estar visibles, y pasó las siguientes dos horas escribiendo la entrega más difícil de toda la cobertura del caso: la que no decía lo que sabía.

La publicó esa tarde. Era una pieza sobre el incidente del menor de Garston, con los datos que la policía había confirmado públicamente y con el análisis criminológico que el perfil del caso permitía sin revelar nada de lo que Callahan le había pedido que guardara. Era buena periodismo. Era periodismo incompleto. Ambas cosas eran ciertas al mismo tiempo y Edna lo sabía.

Gareth la llamó después de leerla.

—Buen trabajo.

—Gracias.

—¿Hay más?

—Siempre hay más. —Una pausa—. Gareth, dame cuarenta y ocho horas más.

—Edna.

—Cuarenta y ocho horas. Después de eso te doy todo lo que tengo.

Un silencio.

—Cuarenta y ocho horas —dijo Gareth—. Y Edna, si en cuarenta y ocho horas el Courier no tiene algo que nadie más tiene, la siguiente conversación va a ser diferente a esta.

—En cuarenta y ocho horas el Courier va a tener algo que nadie más tiene —dijo Edna.

Y por primera vez en toda la cobertura del caso, lo dijo sin la reserva mental que siempre acompañaba a las afirmaciones que dependían de variables que ella no controlaba del todo.

Esta vez controlaba suficiente.

Las cuarenta y ocho horas comenzaron.

CAPÍTULO 11

Lo que el chico recordó

Liverpool — mes 8, días siguientes

Las cuarenta y ocho horas pasaron de la siguiente manera.

Las primeras doce Edna las dedicó a escribir. No para publicar sino para organizar: tomó todo lo que tenía en el cuaderno privado, todos los fragmentos dispersos de ocho meses de investigación, y los ordenó en un documento que era simultáneamente el borrador de la historia completa y el mapa más detallado que había construido hasta ese momento. Era un ejercicio que el periodismo de investigación requería en los momentos previos al desenlace: poner todo en un solo lugar para ver qué faltaba, qué sobraba y qué conexiones existían que la acumulación gradual había ocultado.

Lo que le faltaba era el final, que todavía estaba ocurriendo. Lo que sobraba no era nada porque en ocho meses de trabajo meticuloso no había incluido nada que no tuviera fundamento verificable. Y las conexiones que la visión de conjunto revelaba eran más coherentes de lo que la visión fragmentada había sugerido: la historia de Adrian Crane era una historia con una lógica interna tan completa y tan terrible que leerla de una sola vez, en lugar de en los fragmentos semanales con que había sido construida, producía un efecto diferente al de sus partes.

Era más comprensible. Y eso, paradójicamente, la hacía más perturbadora.

A las doce horas recibió la primera llamada de Callahan.

—Localizamos a siete de las diez personas del registro. Están siendo contactadas de forma discreta para no alertar a Crane de que tenemos el documento.

—¿Las otras tres?

—Trabajando en ello. Una dirección desactualizada, un número de teléfono que no responde, una persona que aparentemente viajó al extranjero la semana pasada.

—¿Hay movimiento en la localización de Crane?

—Hay una hipótesis sobre su ubicación que estamos verificando. No más que eso todavía.

Edna anotó la hora y el contenido de la llamada y volvió al documento.

A las veinticuatro horas llamó el perfilador de Scotland Yard, no Callahan. Eso era nuevo y Edna lo registró como tal: el perfilador no la había contactado nunca directamente. Que lo hiciera ahora significaba o que Callahan lo había autorizado o que el perfilador tenía algo que quería compartir por razones propias.

Se llamaba el Dr. Andrew Fielding, tenía cincuenta y cinco años y una voz que transmitía la calma específica de quien ha pasado décadas analizando las formas más oscuras del comportamiento humano sin que esa exposición lo haya insensibilizado sino lo haya vuelto más preciso.

—Sra. Longhlein, he leído su cobertura del caso con atención desde el principio. —Una pausa—. Y he leído lo que no publicó pero que el inspector Callahan me ha compartido con su conocimiento.

Edna procesó esto durante un momento.

—¿Qué quiere decirme?

—Quiero compartir algo sobre la frase que el menor recordó. El inspector me dijo que usted la descifró correctamente en términos de su conexión con el trabajo de Crane. Lo que quiero añadir es algo que va más allá de esa conexión.

—Escucho.

—La frase tiene dos partes. La primera, el dolor que no tiene nombre no tiene remedio, es una afirmación sobre el conocimiento: lo que no se puede nombrar no se puede tratar. Es la premisa de su trabajo científico y es también, si uno lo lee desde la perspectiva de su experiencia personal, la descripción de su propia condición. Una condición que durante décadas no tuvo nombre reconocido socialmente, que existía en el espacio entre los sistemas de clasificación disponibles.

—Lo sigo.

—La segunda parte es la más importante: y es por eso que yo le pongo nombre. —Fielding hizo una pausa—. No es una justificación de los crímenes. Es una declaración de propósito. Crane no se percibe a sí mismo como alguien que produce dolor. Se percibe como alguien que nombra el dolor. Que hace visible lo que el sistema ha mantenido invisible. Que devuelve al mundo algo que el mundo le negó a él.

Edna dejó de escribir.

—¿Está diciendo que en su propia lógica se ve como alguien que hace un servicio?

—Estoy diciendo que en su propia lógica no existe la categoría de criminal. Existe la categoría de testigo. De documentador. De alguien que produce conocimiento sobre lo que el mundo prefiere no ver. —Una pausa—. Eso es relevante no solo para el perfil sino para lo que ocurrirá cuando sea capturado. Este no es alguien que va a negar lo que hizo ni a expresar remordimiento convencional. Es alguien que va a querer explicar. Y la explicación que va a querer dar es la que nadie en el proceso judicial estará equipado para recibir de la forma en que él necesita que sea recibida.

—¿Quién estaría equipado?

Una pausa más larga que las anteriores.

—Alguien que lleve ocho meses construyendo el contexto necesario para entender lo que va a decir. —Fielding hizo una pausa—. Sra. Longhlein, cuando esto concluya, si usted solicita acceso a Crane en Ashworth, yo voy a apoyar esa solicitud.

La llamada terminó. Edna se quedó mirando el teléfono durante un tiempo que no midió.

No era la primera vez que pensaba en las entrevistas en Ashworth. Pero era la primera vez que alguien con la autoridad del perfilador de Scotland Yard se lo proponía explícitamente. Eso cambiaba la naturaleza de lo que venía después del caso de una forma que todavía no podía procesar completamente.

Escribió en el cuaderno: *Fielding cree que Crane va a querer hablar. Y cree que yo soy la persona correcta para escucharlo. No lo soy todavía. Pero podría serlo si lo que viene después de la captura lo permite.*

Lo subrayó y pasó a la página siguiente.

A las treinta y seis horas Callahan llamó de nuevo.

—Localizamos a las tres personas restantes del registro. Todas están siendo contactadas. —Una pausa—. Y Edna, tenemos la ubicación de Crane. Con suficiente certeza para actuar.

—¿Cuándo?

—Esta noche. Si todo va según el plan operativo, esta noche.

—¿Puedo estar cerca de la operativa?

—Cerca, no dentro. Hay un punto de observación que Idris puede mostrarte si llegas antes de las diez.

Edna llegó antes de las diez.

El sargento Idris era un hombre de cuarenta años con la eficiencia discreta de los buenos policías de segunda línea, los que hacen que las operaciones funcionen sin necesitar que nadie lo note. La llevó a un punto elevado en un edificio de almacenes a tres calles de la dirección donde, según la inteligencia de Scotland Yard, Crane llevaba semanas operando desde un espacio que ningún registro oficial vinculaba a su nombre pero que una serie de evidencias indirectas señalaban con suficiente consistencia para que Callahan hubiera considerado el riesgo de actuar justificado.

Edna no vio la operativa. Lo que vio desde el punto de observación era una calle de Liverpool a medianoche, con la lluvia que no era lluvia y los faroles que la niebla convertía en globos difusos, y luces de vehículos que se movían con la coordinación de algo que había sido planeado y que se estaba ejecutando según el plan o algo suficientemente cercano a él.

Lo que escuchó, a través del teléfono que Idris mantenía en modo altavoz con la comunicación del equipo operativo, fue el sonido de las cosas que ocurren cuando una investigación llega a su momento final: órdenes cortas, confirmaciones, el silencio específico de los equipos que esperan y luego el movimiento que rompe ese silencio.

Y luego una frase del operativo que Edna no olvidaría: objetivo localizado, sin resistencia.

Sin resistencia.

Escribió eso en el cuaderno en la oscuridad del almacén, con la linterna del teléfono iluminando la página, y debajo escribió algo que era parte observación y parte pregunta:

Sin resistencia. ¿Porque sabía que iba a ser capturado y lo aceptaba? ¿O porque la captura era también, en su lógica, parte del propósito?

No tenía respuesta esa noche. Pero tenía la pregunta, que en periodismo de investigación era siempre el activo más valioso.

Idris la llevó de vuelta a la calle cuando la operativa concluyó. Callahan la llamó a las doce y cuarenta y siete.

—Está detenido —dijo—. Sin incidentes.

—¿Está bien?

Una pausa que tenía algo de sorpresa en ella, como si la pregunta no fuera la que Callahan esperaba.

—¿Te refieres a Crane?

—Sí.

—Físicamente bien. —Otra pausa—. Edna, cuando lo detuvimos estaba trabajando. En el laboratorio improvisado que tenía en ese espacio. Trabajando, como si llevar meses siendo el objetivo de la mayor investigación policial de Liverpool no fuera razón para interrumpir lo que estaba haciendo.

—¿Qué estaba haciendo?

—Escribiendo. —Callahan hizo una pausa—. Escribiendo en un cuaderno. Lo que escribía, según los agentes que entraron primero, parecía ser un diario. O algo parecido a un diario.

Edna miró su propio cuaderno, que tenía en la mano desde el almacén.

—¿Saben qué decía?

—Todavía no. Es evidencia que está siendo procesada. —Callahan bajó la voz un tono—. Pero hay algo que los agentes reportaron que creo que debes saber. Cuando lo detuvieron y le dijeron que quedaba detenido, no mostró sorpresa. No mostró miedo. Preguntó una sola cosa.

—¿Qué preguntó?

—Preguntó si habría alguien que escuchara lo que tenía que decir.

El silencio que siguió fue de Edna, que procesaba esa pregunta con todo lo que llevaba ocho meses acumulando en un cuaderno que nadie más había leído.

—¿Y qué le respondieron?

—Que eso dependería del proceso legal.

Edna guardó silencio un momento más.

—Derek —dijo finalmente—, cuando el proceso legal llegue al punto donde sea posible, necesito que recuerdes la conversación que tuviste con el Dr. Fielding sobre el acceso en Ashworth.

—Ya la recuerdo —dijo Callahan—. Ya la recordaba antes de que me la pidieras.

La llamada terminó.

Edna se quedó de pie en la acera mojada de Liverpool, con el cuaderno en la mano y la lluvia que no era lluvia en el cabello y la cara, y miró el Mersey que no era visible desde donde estaba pero que estaba ahí de todas formas, como estaba siempre, fluyendo hacia el estuario con la indiferencia de quien no necesita que nadie lo vea para seguir siendo lo que es.

El caso había terminado.

Y al mismo tiempo, como ella ya sabía, acababa de comenzar.

Las cuarenta y ocho horas que Edna le había prometido a Gareth terminaron a las dos de la madrugada con Crane detenido y con más material del que el Courier podría publicar en una sola entrega.

Pasó las siguientes cuatro horas escribiendo. No la entrega, que vendría después, sino el documento que llevaba semanas prometiéndose escribir cuando tuviera todos los elementos: la reconstrucción completa de los ocho meses de investigación, desde la primera llamada de Gareth a las seis y cuarenta de la mañana hasta la operativa de medianoche, con todo lo que había estado en el cuaderno privado y que ahora podía pasar al registro que sobreviviría al momento.

Era un documento para ella. Para el archivo. Para el momento, inevitable en cualquier investigación que durara suficiente, en que la memoria empezaba a distorsionar los detalles que el tiempo hacía parecer menos importantes de lo que eran.

A las seis de la mañana llamó a Gareth.

—Está detenido —dijo.

El silencio de Gareth duró exactamente lo que tardan dos segundos en sentirse como cinco.

—¿Cuándo?

—Medianoche. Operativa de Scotland Yard y Merseyside. Sin incidentes.

—¿Tienes la historia?

—Tengo ocho meses de historia que ningún otro medio tiene.

—¿Cuándo puedes tenerla para publicar?

—Dame el día. La entrega de la captura la tienes esta mañana. La historia completa, con todo el contexto, necesita un día.

—La tienes.

Edna publicó la entrega de la captura a las nueve de la mañana con el sobriedad de quien sabe que la historia más grande no cabe en la noticia más urgente. Era una pieza que confirmaba la detención, daba los datos básicos verificados y establecía el Courier como el medio que había seguido el caso desde el principio con mayor profundidad que cualquier otro. Era también, deliberadamente, incompleta: estaba escrita de forma que cualquier lector que la leyera quisiera leer lo que vendría después.

El Mirror publicó la misma noticia veinte minutos más tarde con menos contexto y más adjetivos. La BBC regional, es decir Priya Mehta, publicó a la misma hora que el Courier con un texto que Edna reconoció como el trabajo de alguien que también llevaba tiempo preparando ese momento. Intercambiaron mensajes breves esa mañana, el tipo de comunicación entre periodistas que trabajan en el mismo espacio sin necesitar comparar todo lo que tienen.

A las tres de la tarde, mientras Edna terminaba la reconstrucción completa del caso para el día siguiente, recibió un mensaje de Callahan que no era sobre el proceso policial ni sobre el acceso a evidencia sino sobre algo diferente.

El mensaje decía: *El cuaderno de Crane. Los peritos lo han revisado esta mañana. Hay algo en él que creo que debes leer antes de publicar la historia completa. No como evidencia. Como contexto. ¿Puedes venir esta tarde?*

Fue esa tarde.

Lo que Callahan le mostró era una selección de páginas del cuaderno de Crane, las que los peritos habían considerado no directamente incriminatorias y que por lo tanto podían compartirse con criterio periodístico sin comprometer el proceso judicial. Eran páginas escritas con la misma letra pequeña y precisa que Edna imaginaba cuando Bury le había descrito las notas de laboratorio de Crane: densa, sin ornamento, construida para ser exacta y no para ser leída por nadie más que quien la escribía.

Lo que decían esas páginas no era un diario en el sentido convencional. Era algo más parecido a lo que Edna escribía en su propio cuaderno: observaciones, hipótesis, preguntas. Pero el objeto de observación no era un caso periodístico sino la experiencia de existir en un mundo que no había encontrado la forma de nombrarlo.

Había una entrada que Callahan había marcado con un post-it amarillo.

Decía: *El dolor que no tiene nombre no tiene remedio. El dolor que tiene nombre puede estudiarse, puede entenderse, puede quizás aliviarse. Todo mi trabajo ha sido eso: darle nombre a lo que no lo tenía. Lo que hice con el veneno es lo mismo que hice con la ciencia. Nombrar. Hacer visible. Demostrar que existe aunque el mundo prefiera que no exista.*

Edna leyó esa entrada tres veces.

Luego cerró el cuaderno de Crane, que Callahan le había dejado sostener durante esos minutos con la confianza de alguien que ha decidido que la persona que tiene enfrente merece ese gesto, y lo devolvió sobre la mesa.

—¿Lo vas a usar? —preguntó Callahan.

—No en la entrega de mañana. Es demasiado pronto para que nadie pueda leerlo en el contexto correcto. —Edna miró el cuaderno de Crane, cerrado sobre la mesa de Callahan, y luego miró el suyo propio, que llevaba en el bolso—. Pero cuando llegue el momento, sí.

—¿Cuándo es ese momento?

—Cuando haya hablado con él directamente —dijo Edna—. Cuando tenga su versión además de la mía.

Callahan asintió despacio, con el asentimiento de alguien que ya sabía lo que ella iba a decir antes de que lo dijera.

Edna salió de la comisaría con la tarde de Liverpool cerrándose sobre la ciudad, la luz de enero declinando rápido hacia la oscuridad temprana del invierno del norte, el Mersey invisible desde la calle pero presente en el olor del aire que venía de la dirección correcta.

Ocho meses.

Seis víctimas.

Un chico de quince años que había vuelto a casa.

Un hombre detenido que había preguntado si habría alguien que escuchara lo que tenía que decir.

Y Edna Longhlein, de pie en la acera de la comisaría de Merseyside con dos cuadernos en el bolso, uno lleno y otro a punto de comenzar.

El caso había terminado.

La historia todavía no.

CAPÍTULO 12

La trampa que la policía tendió

Liverpool — mes 9

El juicio comenzó un lunes de marzo con la atención mediática que Edna había anticipado y que de todas formas la sorprendió en su magnitud cuando la vivió desde adentro.

No era la primera vez que cubría un juicio de alto perfil. Había cubierto tres en quince años de carrera, todos diferentes en sus detalles y similares en su estructura: la sala que concentraba en un espacio físico reducido todas las tensiones que el caso había generado durante meses, los abogados con sus rituales de precisión verbal, el jurado con la responsabilidad de los profanos que tienen que entender lo que los expertos no siempre logran explicar con claridad suficiente, y el acusado, que en los juicios que importan lleva consigo algo que va más allá de lo que la acusación describe.

Adrian Crane entró a la sala el primer día con la misma calma con la que, según los agentes que lo detuvieron, había estado escribiendo en su cuaderno en el momento de la detención. No era la calma de la disociación ni la de alguien que no comprende la gravedad de lo que enfrenta. Era la calma de alguien que ha llegado a un punto que lleva tiempo siendo inevitable y que lo recibe con la dignidad de quien no tiene nada que ocultar porque nunca creyó estar ocultando nada.

Edna lo vio desde la galería de prensa el primer día con la atención concentrada de quien lleva ocho meses construyendo una imagen de alguien que no había podido ver directamente hasta ese momento.

Lo que vio confirmó todo lo que Fiona Walsh y Thomas Bury habían descrito y añadió algo que ninguna descripción de segunda mano podía transmitir:

la presencia de alguien cuya existencia en el espacio resistía la clasificación inmediata de la misma forma en que las descripciones de los testigos habían sugerido. No era una presencia espectacular ni intimidante en el sentido convencional. Era una presencia que producía en quien la miraba la sensación de estar mirando algo que el ojo reconoce como significativo sin poder determinar de inmediato exactamente qué.

Edna escribió en el cuaderno: *Lo vi. Todo lo que describieron es exacto y es insuficiente. La exactitud de las descripciones no captura lo que produce en quien lo mira. Eso solo puede escribirse desde adentro, y adentro todavía no he estado.*

El primer día del juicio produjo lo que los primeros días de los juicios producen: presentación de cargos, declaración del acusado, establecimientos de procedimiento. Crane se declaró culpable de todos los cargos con la misma ausencia de énfasis con que habría confirmado cualquier dato factual. Su abogado defensor, una mujer de cuarenta años llamada Catherine Marsh que tenía la reputación de ser uno de los mejores defensores de proceso del norte de Inglaterra, no cuestionó la culpabilidad sino las circunstancias atenuantes, que era la única estrategia disponible cuando los hechos no eran discutibles.

La estrategia de la defensa tenía una lógica que Edna reconoció como la única posible: Crane no negaba lo que había hecho. Argumentaba que lo que había hecho era el producto de una existencia que el sistema médico, el sistema académico y el sistema social habían construido de una forma que hacía ese resultado comprensible aunque no justificable. No era una estrategia que buscara la absolución. Buscaba algo más difícil de cuantificar: la comprensión.

El jurado escuchó con la atención que los jurados tienen en los casos que importan y que a veces no tienen en los que no importan, y Edna observó sus caras durante los cuatro días de presentación de evidencia con la misma atención con que observaba todo lo demás: buscando el momento en que la evidencia producía algo en las personas que tenían que procesarla.

El momento llegó en el tercer día, cuando la fiscalía presentó las grabaciones de los dispositivos de monitoreo que la operativa policial había instalado en las semanas previas a la detención. Las grabaciones incluían fragmentos de lo que Crane decía mientras trabajaba en su laboratorio improvisado: no conversaciones sino monólogos, el tipo de verbalización que algunas personas hacen cuando trabajan solos en algo que les importa profundamente y que no requiere audiencia para ser expresado.

Lo que decía en esos monólogos no era lo que la fiscalía esperaba que dijera. No era planificación de crímenes ni expresión de satisfacción por lo que había hecho. Era el tipo de pensamiento en voz alta que producen las personas que llevan suficiente tiempo solos con sus ideas: fragmentos de

razonamiento, preguntas sin respuesta inmediata, observaciones sobre la naturaleza de lo que estaba estudiando.

Una de las grabaciones, reproducida en la sala con la calidad irregular del audio de vigilancia, contenía una frase que Edna anotó con la letra más precisa que su mano podía producir en ese momento:

El dolor que el sistema no reconoce no deja de existir por no ser reconocido. Solo deja de importarle al sistema. Esa es la diferencia entre el sufrimiento que tiene nombre y el que no lo tiene. No en la intensidad. En la visibilidad.

El jurado la escuchó. Algunos tomaron notas. El miembro del jurado en el asiento número cuatro, una mujer de unos cuarenta años que había mostrado a lo largo de los días anteriores una atención que Edna había catalogado como la de alguien que procesa en lugar de solo registrar, cerró los ojos durante un momento después de escuchar esa frase.

Edna lo anotó.

La entrega que publicó esa semana sobre el juicio era la más larga de toda la cobertura del caso y era también la más difícil de escribir porque requería mantener simultáneamente la precisión periodística y la honestidad sobre algo que la precisión periodística convencional no tenía del todo vocabulario para capturar.

Publicó los hechos del juicio con exactitud. Publicó las evidencias presentadas con el contexto que ocho meses de investigación le permitían proveer. Publicó las declaraciones de la defensa y la fiscalía con la imparcialidad que el formato requería. Y al final de la entrega, en un párrafo que Gareth leyó dos veces antes de dejarlo pasar, escribió algo que era parte análisis y parte declaración:

Lo que el juicio de Adrian Crane está poniendo sobre la mesa no es únicamente la evidencia de los crímenes, que es indiscutible, sino algo más incómodo: la evidencia de que los crímenes tuvieron lugar en el contexto de una existencia que el sistema médico, académico y social no supo reconocer ni nombrar durante décadas. Eso no es una atenuante jurídica. Es una pregunta que la sociedad tendrá que responder independientemente del veredicto.

Gareth la llamó después de leerla.

—El departamento legal la revisó. Está bien.

—Lo sé.

—Pero Edna, algunos lectores van a interpretar ese párrafo como una defensa de lo que hizo.

—Algunos lectores van a interpretar cualquier cosa como lo que necesitan que sea. El párrafo dice lo que dice con suficiente precisión para que quien lo lea honestamente entienda la distinción.

—¿Y quien no lo lea honestamente?

—Ese es su problema, no el mío.

Gareth guardó silencio un momento.

—¿Vas a solicitar el acceso a Ashworth?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Cuando el juicio termine y la sentencia esté firme. No antes.

—¿Por qué no antes?

—Porque lo que Crane tiene que decir y lo que yo tengo que escuchar no puede ocurrir en el contexto de un proceso judicial activo. Necesita el contexto de algo que ya ha terminado para que ambos podamos estar completamente en la conversación.

Gareth procesó eso.

—¿Crees que va a hablar contigo?

Edna pensó en la pregunta de Crane al ser detenido. ¿Habría alguien que escuchara lo que tenía que decir?

—Creo que lleva tiempo esperando a alguien que escuche —dijo—. Y creo que soy la persona más preparada para hacerlo.

Gareth no dijo nada durante un momento.

—Cuando tengas la historia de Ashworth —dijo finalmente— quiero que sea un libro, no una serie de entregas.

—Ya lo estaba pensando —dijo Edna.

La llamada terminó. Edna miró el cuaderno privado abierto sobre la mesa de su apartamento, con ocho meses de notas que nadie más había leído, y luego miró por la ventana hacia el Mersey que esa tarde era visible, gris y en movimiento, con las luces del puerto del otro lado reflejándose en el agua con esa distorsión que el río producía cuando el viento lo agitaba.

El juicio terminaría en tres semanas.

La sentencia, cuando llegara, sería la que sería.

Y después de eso vendría la parte de la historia que todavía no estaba escrita en ningún cuaderno porque todavía no había ocurrido.

Edna la esperaba con la paciencia de quien sabe que las historias importantes no se apresuran sino que se construyen en el tiempo que necesitan.

El Mersey seguía fluyendo.

Liverpool seguía siendo Liverpool.

Y Edna Longhlein seguía siendo la periodista que llegó al caso cuando nadie sabía todavía que era el caso más importante de su carrera, y que ocho meses después estaba sentada frente a una ventana con un cuaderno lleno y la certeza tranquila de que lo más importante todavía estaba por escribirse.

El juicio duró dieciséis días en total.

Edna cubrió todos y cada uno de ellos con la asistencia de quien sabe que los casos que importan tienen detalles que solo se capturan estando presente, que no se reconstruyen después desde los transcripciones porque los transcripciones no capturan las pausas, las miradas, los momentos en que la temperatura de la sala cambia de una forma que ningún registro oficial puede documentar pero que cualquier observador atento puede percibir.

Lo que observó durante esos dieciséis días añadió capas al mapa del caso que ocho meses de investigación externa no habían podido producir: la dinámica entre Crane y su abogada Marsh, que era la de dos personas que compartían una estrategia sin compartir necesariamente la misma comprensión de por qué esa estrategia era la correcta. La forma en que la fiscalía trataba a Crane en sus preguntas, con la distancia clínica de quien procesa a alguien como categoría antes que como persona, y la forma en que Crane respondía a esa distancia con una ecuanimidad que producía en la sala algo difícil de nombrar: no simpatía, no antipatía, sino la incomodidad específica de quienes están frente a algo que no encaja en las categorías que el proceso judicial usa para organizar a las personas que juzga.

Hubo un momento, en el décimo día, que Edna no publicó en ninguna entrega pero que registró en el cuaderno con detalle porque era el tipo de momento que solo existe una vez y que después de ese once nunca puede reproducirse con fidelidad.

La fiscalía había terminado su interrogatorio directo de Crane y la defensa había hecho sus preguntas de contraexamen. Había un receso de quince minutos antes de que el jurado se retirara a deliberar sobre los primeros cargos. La sala se disolvió en el movimiento de los recesos: abogados consultando papeles, ujiers moviendo documentos, espectadores estirando las piernas.

Crane, en ese momento, miró hacia la galería de prensa.

No hacia la galería en general. Hacia un punto específico de la galería.

Hacia Edna.

La mirada duró tres segundos. No más. Pero tenía una calidad que Edna no pudo describir en el cuaderno con precisión inmediata y que tardó media hora en formular después, cuando el receso terminó y la sala volvió a su orden:

Me vio. No a la periodista, no a la galería de prensa. A mí. No sé cómo lo sé porque no hay nada en esa mirada que sea diferente a mirar en una dirección determinada. Pero lo sé.

Y cuando me miró, no fue una mirada de evaluación ni de amenaza ni de ninguna de las categorías que el cerebro usa para clasificar las miradas de los desconocidos. Fue una mirada de reconocimiento. Como si me hubiera visto antes en algún lugar que yo todavía no identifico.

O como si supiera quién era yo antes de haberme visto.

Eso era posible. Los abogados tenían acceso a la cobertura del caso. Crane había tenido acceso a la cobertura del caso durante los meses en que la investigación policial lo buscaba. Era completamente plausible que conociera el nombre de Edna Longhlein del Northern Courier sin haberla visto jamás.

Pero la mirada no era la de alguien que reconoce un nombre. Era la de alguien que reconoce a una persona.

Y esa distinción, que Edna no pudo explicar con precisión y que no publicó porque la explicación que no puede hacerse con precisión no se publica, la acompañó durante los seis días restantes del juicio y después durante las semanas que siguieron mientras esperaba la sentencia.

La sentencia llegó un jueves.

La Whole Life Tariff, la condena a cadena perpetua sin posibilidad de revisión, fue pronunciada por el juez con la sobriedad de quien dicta una resolución que sabe que va a ser reproducida en los libros de texto de derecho penal durante décadas. La sala no reaccionó con el dramatismo que las salas de cine enseñan a esperar. Hubo silencio, hubo el movimiento de quienes toman notas, hubo el sonido de Crane siendo escoltado hacia la puerta lateral de la sala.

En el umbral de esa puerta, un segundo antes de desaparecer, Crane se giró.

No hacia la sala en general.

Hacia la galería de prensa.

Hacia Edna.

Esta vez la mirada duró menos de un segundo. Pero tenía algo diferente a la del décimo día del juicio. Tenía algo que Edna reconoció, aunque tardó en admitir que lo reconocía porque admitirlo implicaba admitir que lo que había visto en la cara de Adrian Crane en ese último segundo antes de desaparecer de su vista era una pregunta.

La misma pregunta que había hecho al ser detenido.

¿Habría alguien que escuchara?

Edna escribió en el cuaderno esa tarde, en la última página del cuaderno que había empezado el día en que Gareth la llamó a las seis y cuarenta de la mañana con la voz de las noticias que cambiaban el ritmo del día:

La sentencia: Whole Life Tariff. Ashworth. Y la pregunta en su cara que no es una pregunta retórica sino la única pregunta que importa después de todo lo que ocurrió: ¿alguien va a escuchar?

Yo voy a escuchar.

No porque sea mi trabajo, aunque también lo sea. Sino porque ocho meses de investigación me convirtieron en la única persona en el mundo que tiene el contexto completo para entender lo que tiene que decir. Y si ese contexto no se usa para escuchar, fue construido para nada.

Solicitud de acceso a Ashworth: mañana.

Cerró el cuaderno.

Abrió el siguiente.

La historia que todavía no estaba escrita comenzaba en la primera página en blanco.

CAPÍTULO 13

El juicio y el silencio

Liverpool / Hospital de Ashworth, Maghull — meses 11-14

La solicitud de acceso tardó tres meses en aprobarse.

No era un proceso simple ni un proceso rápido, lo cual Edna sabía desde el principio porque nada que involucrara el acceso a un interno en el Hospital Psiquiátrico de Máxima Seguridad de Ashworth era simple ni rápido. Era un proceso que pasaba por capas de autorización institucional que se comunicaban entre sí con la velocidad de las instituciones que han aprendido que la prisa produce errores y que los errores en este contexto específico producen consecuencias que nadie quiere gestionar.

Edna pasó esos tres meses de la siguiente manera.

El primer mes lo dedicó a escribir la reconstrucción completa del caso para el Courier, en ocho entregas que aparecieron una por semana durante dos meses y que eran simultáneamente el cierre de la cobertura del caso y la apertura de lo que vendría después. Las entregas tenían el tono de quien cuenta una historia desde la perspectiva de haberla vivido desde adentro pero con la distancia suficiente para verla completa. Fueron las entregas más leídas del Courier en su historia digital y produjeron el efecto que el buen periodismo de investigación produce cuando llega al público correcto en el momento correcto: no indignación ni morbo sino algo más difícil de cuantificar, esa incomodidad específica de quien ha entendido algo sobre el mundo que antes no entendía y que ya no puede desaprender.

El segundo mes lo dedicó a preparar las entrevistas. Era la fase que más tiempo requería y que menos se notaba desde afuera: leer todo lo que existía sobre intersexualidad, sobre el tratamiento médico e institucional de las personas intersexuales en las décadas en que Crane había crecido, sobre los estudios de psicología del desarrollo en condiciones de exclusión sistémica prolongada, sobre los mecanismos por los que el resentimiento acumulado se transforma en sistemas de pensamiento coherentes aunque terribles. Era leer con el propósito específico de entender antes de juzgar, que era el único estado en que una entrevista de esa naturaleza podía producir algo útil.

También escribió las preguntas. No el cuestionario que usaría literalmente, porque las entrevistas que importan no siguen guiones, sino el mapa de lo que necesitaba entender: la infancia, la medicina, la universidad, el trabajo

científico, las víctimas, la decisión de soltar a Jamie, la pregunta al ser detenido. Cada uno de esos temas tenía ramificaciones que Edna cartografió con la misma meticulosidad con que había cartografiado el caso policial.

El tercer mes llegó la aprobación.

Las condiciones del acceso eran las que Edna había esperado: sesiones de no más de dos horas en la sala de entrevistas de cristal de la unidad de máxima seguridad, con personal de seguridad presente pero fuera del espacio auditivo, grabadora permitida con el consentimiento del interno, ninguna pregunta sobre aspectos del caso que fueran objeto de revisión judicial activa. El Dr. Fielding había apoyado la solicitud con un informe que Edna no leyó pero que el director de Ashworth le describió en una llamada preliminar como el más detallado que había recibido en apoyo de una solicitud de acceso periodístico.

Crane había dado su consentimiento por escrito el mismo día en que la solicitud llegó a Ashworth para su consideración. Sin deliberación aparente, sin condiciones preliminares. Solo la firma y una nota de una línea que el director le transmitió a Edna con la neutralidad de quien transmite información sin editarla: *He estado esperando esta solicitud.*

La primera sesión fue un martes de enero.

Edna llegó a Ashworth con el tiempo suficiente para que los protocolos de seguridad no produjeran prisa, que era el estado menos útil para lo que iba a hacer. Dejó el cuaderno privado en el coche, que era una decisión que había tomado la noche anterior y que implicaba que lo que ocurriera en esa sala iba a ocurrir sin el amortiguador que el cuaderno había sido durante ocho meses: sin la posibilidad de escribir mientras escuchaba, sin la distancia que la página interponía entre la experiencia y quien la vivía.

Llevaba solo la grabadora y un bloc de notas pequeño para los datos que no podía confiar a la memoria.

La sala de entrevistas era exactamente lo que las descripciones institucionales sugerían: una habitación de tamaño mediano con una mesa, dos sillas, una pared de cristal que la separaba del corredor donde los agentes de seguridad estarían visibles pero no audibles, y una luz artificial que no favorecía a nadie. Era un espacio diseñado para la funcionalidad y no para la comodidad, lo cual en este contexto era probablemente correcto.

Crane entró acompañado de un agente que lo dejó sentado frente a Edna y se retiró al corredor. Llevaba la ropa estándar de la unidad, sin nada que lo diferenciara de cualquier otro interno excepto lo que siempre lo diferenciaba de cualquier otro: esa presencia que resistía la clasificación inmediata, que pedía un segundo vistazo sin que quedara claro por qué el primero no había sido suficiente.

Se miraron durante un momento sin hablar. Era una situación que en otros contextos habría producido incomodidad y que en este producía algo

diferente: el reconocimiento mutuo de dos personas que llevan tiempo sabiendo que este momento iba a ocurrir.

—Sra. Longhlein —dijo Crane, con una voz que era exactamente lo que Jamie había intentado describir cuando dijo que no correspondía a ningún modelo de voz que tuviera almacenado.

—Sr. Crane.

—¿Por dónde quiere empezar?

Era una pregunta que invertía el orden convencional de una entrevista periodística: normalmente era el entrevistador quien decidía la estructura. Que Crane lo preguntara no era una estrategia de control sino, Edna lo comprendió de inmediato, una forma genuina de ofrecer el espacio a quien había hecho el trabajo de llegar hasta ahí.

—Por el principio —dijo Edna—. El principio que usted elegiría.

Crane pensó durante un momento.

—El principio que yo elegiría —dijo— no es el que la mayoría de las personas esperan. No empieza con los crímenes ni con la universidad ni con la medicina. Empieza mucho antes.

—Entonces empiece ahí.

Y Crane empezó.

Lo que siguió durante noventa minutos fue lo que Edna había preparado durante tres meses para escuchar pero que de todas formas la sorprendió en la forma en que las cosas que uno se prepara para recibir siempre sorprenden cuando llegan: no en el contenido, que era reconocible desde el trabajo previo, sino en la textura. En la forma en que una historia que uno ha construido desde los fragmentos externos suena diferente cuando la cuenta desde adentro la persona que la vivió.

La infancia de Crane era una infancia que el mundo no había sabido recibir. No con crueldad explícita, que era de cierta forma más fácil de procesar que lo que describía, sino con la crueldad más sutil y más persistente de los sistemas que no tienen categoría para algo y lo tratan como anomalía a corregir. La medicina que intervino sin preguntar. La familia que amaba sin comprender. La escuela que clasificaba a las personas en dos columnas y no tenía columna para quien no cabía en ninguna de las dos.

Edna escuchó sin interrumpir durante los primeros cuarenta minutos, que era más tiempo del que su instinto periodístico habitual le permitía sin intervenir pero que era exactamente el tiempo que la situación requería. Cuando empezó a hacer preguntas las hizo con la precisión de quien ha construido el mapa y sabe dónde están los puntos que necesitan más detalle.

Al final de la primera sesión, cuando el agente de seguridad abrió la puerta del corredor para indicar que el tiempo había concluido, Crane dijo algo que

Edna no publicaría en ninguna entrega pero que registró esa tarde en el cuaderno cuando llegó al coche.

—Usted hizo algo que nadie más hizo —dijo Crane.

—¿Qué?

—Buscó el nombre antes de tener el crimen. La mayoría busca el crimen y nunca llega al nombre.

Edna no respondió de inmediato.

—¿Se refiere al nombre de Adrian Crane? —dijo.

—Me refiero al nombre de lo que soy —dijo Crane—. Que es lo mismo pero no es solo eso.

El agente esperaba. Crane se levantó con la misma calma con que había entrado.

—La próxima sesión —dijo antes de salir, sin inflexión de pregunta porque no era una pregunta—. Cuando quiera.

Edna salió a Ashworth con la tarde de enero cayendo sobre el norte de Liverpool, el frío que subía desde el estuario, el cielo que se oscurecía con la velocidad de los inviernos del norte. Se sentó en el coche durante diez minutos antes de encenderlo, con el cuaderno abierto en el regazo, escribiendo con la letra más pequeña que podía producir mientras las palabras llegaban más rápido de lo que la mano podía capturarlas.

Lo que escribió no era un resumen de la sesión sino algo más difícil de categorizar: la experiencia de haber estado en esa sala con esa persona durante noventa minutos y haber escuchado sin el filtro de la investigación policial, sin el filtro del proceso judicial, sin el filtro de la cobertura periodística que ella misma había construido durante meses.

Solo la historia. Solo la voz que la contaba.

Escribió al final, antes de cerrar el cuaderno y encender el motor:

La condición tiene nombre ahora. El dolor tiene nombre ahora. Y el nombre no justifica nada. Pero la ausencia de nombre no lo explicaba todo tampoco.

Doce sesiones más, quizás. Quizás más. Y después, el libro que Gareth quiere y que yo necesito escribir por razones que todavía no sé nombrar del todo pero que tienen que ver con todo lo que este cuaderno contiene y que ninguna entrega del Courier ha podido contener completo.

La historia que no cabe en el periodismo. Esa.

Encendió el motor. Salió del aparcamiento de Ashworth hacia la carretera que llevaba de vuelta a Liverpool.

El río esperaba al final del trayecto, como siempre.

Y Edna Longhlein conducía hacia él con dos cuadernos en el asiento del pasajero y la certeza tranquila de que todavía no había llegado al final de la historia más importante de su carrera.

Pero se estaba acercando.

Las sesiones siguientes ocurrieron a lo largo de tres meses, con una regularidad que Edna estableció deliberadamente: una por semana, los martes, con suficiente tiempo entre cada una para que lo escuchado pudiera sedimentarse antes de la siguiente.

La condición que Crane impuso no llegó en la primera sesión sino en la tercera, cuando la conversación había alcanzado una profundidad que hizo que la proposición sonara como la continuación natural de lo que venían haciendo y no como una interrupción de reglas.

—Hay algo que quiero que entendamos —dijo Crane, con la voz de quien ha pensado exactamente cómo formular algo durante tiempo.

—Dígame.

—Voy a contarle todo lo que quiera saber. Los procedimientos, las decisiones, las víctimas, todo. Sin omisiones y sin versiones suavizadas porque el contexto judicial ya pasó y ya no hay nada que proteger en ese sentido. —Una pausa—. A cambio, quiero que usted me dé algo equivalente. No información periodística. Algo suyo.

Edna lo miró durante un momento.

—¿Qué tipo de algo?

—Por cada cosa que yo le cuente que sea genuinamente difícil de contar, usted me cuenta algo genuinamente difícil de contar. —Crane hizo una pausa—. No para usarlo. No para dañarla. Sino porque la única conversación honesta entre dos personas es la que ocurre en igualdad de exposición.

Era una condición que el periodismo convencional rechazaría. Era una condición que Edna consideró durante el tiempo de un silencio que Crane no interrumpió porque entendía que ese silencio era la deliberación y no la incomodidad.

Lo que Edna consideró en ese silencio no era si la condición era periodísticamente correcta sino si era humanamente honesta. Y la respuesta a esa segunda pregunta era que sí, que una conversación de esa naturaleza entre dos personas que llevan meses mirándose desde lados opuestos de la misma historia no podía ser unilateral sin volverse algo diferente a lo que ambos necesitaban que fuera.

—Acepto —dijo Edna.

Lo que ella reveló en las sesiones siguientes no aparecería en ningún libro ni en ninguna entrega periodística. El lector de este libro lo conoce porque este libro es el cuaderno privado de Edna, la versión que sus lectores del Courier nunca verán, y en ese cuaderno la condición de Crane produjo algo que ninguna entrevista periodística había producido antes en quince años de trabajo: la experiencia de estar completamente presente en una conversación porque ambas personas en ella tienen algo que perder si no lo están.

Lo que reveló la primera vez fue pequeño. Una historia de la infancia que nadie más conocía, algo que en otro contexto no significaría nada y que en esa sala de cristal en Ashworth produjo en Crane una respuesta que Edna no esperaba: no curiosidad ni satisfacción sino algo más parecido al reconocimiento. Como si la historia que ella contaba, pequeña y ordinaria, fuera de todas formas el tipo de historia que él sabía escuchar de una manera que la mayoría de las personas no saben.

Lo que Crane reveló a cambio fue el mecanismo completo. No como el experto que explica su trabajo sino como alguien que describe algo que hizo con plena consciencia de lo que significaba y que no tiene vocabulario para el remordimiento convencional porque el remordimiento convencional implica haber creído que lo que hacía era incorrecto y haberlo hecho de todas formas, y esa no era la estructura de lo que había ocurrido. Lo que había ocurrido era más complicado y más perturbador que eso: había creído que lo que hacía era necesario, y esa creencia era lo que el proceso judicial no había podido tocar porque el proceso judicial no tiene herramientas para las creencias, solo para los hechos.

Edna escuchó todo esto durante semanas con la concentración de quien sabe que lo que está escuchando es lo más difícil y lo más importante que ha escuchado en su carrera, y con la honestidad de admitir, en el cuaderno privado, que escucharlo estaba cambiando algo en su forma de entender ciertas cosas que preferiría no tener que cambiar porque cambiarlas era incómodo.

Escribió en el cuaderno después de la séptima sesión:

No lo justifico. Eso necesito decirlo con claridad porque en las últimas semanas he notado que algunas personas que saben que estoy haciendo estas entrevistas me preguntan si me está convenciendo de algo, y la respuesta es no, no me está convenciendo de nada sobre lo que hizo.

Pero me está enseñando algo sobre cómo funciona la exclusión sistemática cuando dura suficiente tiempo. Y eso no es lo mismo que justificar. Es entender. Y entender, aunque sea incómodo, es el trabajo que vine a hacer aquí.

El problema es que entender te cambia. Y yo noto que me está cambiando de formas que todavía no sé nombrar del todo.

Cerró el cuaderno. Lo guardó en el bolso. Encendió el motor del coche en el aparcamiento de Ashworth con el frío de febrero afuera y el calor del coche construyendo lentamente alrededor de ella.

Siete sesiones. Siete martes. Y la sensación de que lo que estaba ocurriendo en esa sala de cristal era algo que tardaría mucho tiempo en terminar de comprender, si es que alguna vez lo comprendía del todo.

Liverpool esperaba al final de la carretera.

Y Edna conducía hacia ella con el cuaderno en el asiento del pasajero y la pregunta que Crane le había devuelto en cada sesión de una forma diferente pero con el mismo fondo:

¿Hay un nombre para lo que yo soy?

Edna todavía no tenía la respuesta completa.

Pero se estaba acercando a ella.

CAPÍTULO 14

La noche del error

Hospital de Ashworth, Maghull — mes 16

La décima sesión fue diferente a las anteriores.

No en su estructura externa, que era la misma de siempre: martes, dos horas, la sala de cristal, el agente en el corredor, la grabadora sobre la mesa entre los dos. Diferente en algo que Edna no habría podido describir con precisión antes de que ocurriera pero que reconoció de inmediato cuando llegó: la sesión diez tenía la calidad de un punto de no retorno. De un momento donde algo que venía construyéndose durante semanas llega al nivel donde ya no puede contenerse en el espacio que lo ha alojado hasta ahora.

Habían llegado, en las nueve sesiones anteriores, al territorio de la universidad. A los años de trabajo en el sótano con las medusas. A la solicitud de acceso a materiales que nadie había cuestionado porque los formularios eran correctos aunque el propósito no fuera el declarado. A la forma en que el estudio del dolor y las personas que participaron en él se habían convertido en el eslabón entre lo que Crane había construido en el laboratorio y lo que después había hecho en los muelles.

Lo habían recorrido con la precisión con que se recorre el territorio que ya se conoce desde afuera cuando finalmente se entra en él desde adentro: confirmando algunas cosas, matizando otras, descubriendo detalles que el mapa externo no había capturado.

Pero la décima sesión no era sobre la universidad.

Era sobre las víctimas.

Crane lo anunció al principio de la sesión con la misma calma de siempre.

—Hoy quiero hablar de las personas —dijo.

—Estoy aquí para escuchar —dijo Edna.

Lo que siguió fue lo más difícil de escuchar de todo lo que Crane había dicho en diez sesiones, y no por las razones que Edna habría anticipado.

No era difícil porque fuera una justificación. No era una justificación. Era una descripción que tenía la forma de las descripciones que producen las personas que han pensado en algo durante suficiente tiempo para haberle

dado una forma que no es evasión sino comprensión de una clase específica: la comprensión que no produce alivio.

Crane había conocido a las personas que se convirtieron en sus víctimas antes de que se convirtieran en sus víctimas. No de forma directa, no como amigos ni conocidos en el sentido ordinario. Las había conocido como voluntarios potenciales de su proyecto de investigación, personas que habían respondido a los anuncios de reclutamiento del protocolo que nunca llegó a activarse formalmente porque el departamento lo archivó antes de que pudiera comenzar.

Las había visto durante las sesiones de información previas al reclutamiento, donde los investigadores explicaban el protocolo a los potenciales participantes y los potenciales participantes decidían si querían ser parte de él. Era el momento donde la ciencia tocaba a las personas directamente, donde el conocimiento abstracto del laboratorio se encontraba con los cuerpos y las historias concretas de quienes podrían beneficiarse de él.

Para Crane ese momento había sido algo que no tenía nombre en ningún protocolo de investigación: el momento donde el propósito de todo el trabajo adquiría una dimensión humana que el laboratorio no podía producir. Las personas que venían a las sesiones de información no eran sujetos de ensayo. Eran personas que vivían con dolor crónico, que llevaban años sin solución, que llegaban con la esperanza específica de quien ha agotado las opciones ordinarias.

Y cuando el proyecto fue archivado, esas personas recibieron una comunicación estándar informándoles que el protocolo no continuaría. Una comunicación de tres párrafos que no explicaba por qué ni ofrecía alternativas. Una comunicación que para la institución era un procedimiento administrativo y para las personas que la recibían era el cierre de una puerta que habían esperado que se abriera.

Crane guardó silencio durante un momento después de describir esto.

—¿Por qué esas personas específicamente? —preguntó Edna.

—Porque eran las que más claramente habían sido parte de la transacción —dijo Crane—. El sistema usó su dolor para financiar mi trabajo y luego cerró el proyecto sin que ninguno de los dos, ni mi trabajo ni su dolor, recibiera lo que merecía. Ellos no recibieron el tratamiento. Mi trabajo no fue reconocido. Los dos fuimos archivados en el mismo movimiento.

—¿Eso es lo que le pareció a usted?

—Es lo que ocurrió —dijo Crane, con la distinción entre percepción y hecho que era característica de su forma de hablar—. La diferencia entre lo que me pareció y lo que ocurrió es que lo que ocurrió es verificable y lo que me pareció es solo mío.

Edna anotó esa distinción en el bloc de notas.

—¿Las eligió por eso? ¿Por la transacción?

—Las elegí porque eran el punto donde lo que yo había construido y lo que el sistema había destruido se solapaban. Eran la evidencia más concreta de lo que el sistema hace con el conocimiento que no puede clasificar y con las personas que no puede clasificar.

—Pero les hizo daño —dijo Edna, con la precisión deliberada de quien nombra lo que el otro no ha nombrado.

—Sí —dijo Crane.

—¿Lo sabe?

—Siempre lo supe.

Era la respuesta que Edna había esperado y que de todas formas llegó con el peso específico de las respuestas que uno espera y que cuando llegan son más pesadas de lo que la expectativa sugería.

—¿Y aun así? —dijo Edna.

Crane tardó en responder. Era la pausa más larga que había hecho en diez sesiones.

—Y aun así —dijo finalmente—. Porque el conocimiento de que algo produce daño no siempre tiene el poder de detenerlo cuando ese algo es la única forma que uno ha encontrado de existir en el mundo de una manera que sea visible.

Edna escribió eso en el bloc de notas con la letra pequeña de las frases que no podían perderse.

Luego levantó la vista hacia Crane y le hizo la pregunta que llevaba semanas esperando el momento correcto para hacer.

—El chico de quince años. Jamie. ¿Por qué lo soltó?

Crane la miró durante un momento.

—¿Usted ya sabe por qué —dijo.

—Quiero escucharlo de usted.

—Porque todavía no había sido dañado de la forma en que yo fui dañado. Todavía estaba antes del momento donde el sistema decide qué eres y empieza a excluirte por ello. —Una pausa—. Dañar a alguien que todavía está antes de ese momento es diferente a lo que hice. Es dañar algo que todavía puede no ser dañado. Y eso es una categoría que mis razones no cubrían.

—¿Sintió algo cuando lo soltó?

La pausa fue más corta esta vez.

—Alivio —dijo Crane—. No de haberlo soltado. De que todavía existiera en mí la capacidad de hacer esa distinción.

Edna lo miró durante un momento sin escribir nada.

Luego escribió: *Alivio de que todavía existiera en mí la capacidad de hacer esa distinción.* Con comillas. Con el nombre al margen para la atribución.

Al final de la sesión, cuando el agente abrió la puerta del corredor, Crane dijo algo que no correspondía al patrón de ninguna de las sesiones anteriores.

—La próxima sesión —dijo— quiero hablar del veneno. De la ciencia completa. No del resultado sino del proceso. De lo que aprendí y de lo que eso significó.

—La siguiente sesión hablamos de lo que usted quiera —dijo Edna.

—Y usted tendrá que darme algo equivalente —dijo Crane—. No sobre el veneno. Sobre algo que usted haya hecho sabiendo que producía daño y haciéndolo de todas formas.

Edna no respondió de inmediato.

La condición del intercambio había estado funcionando durante semanas con revelaciones que eran difíciles pero que habían permanecido en el territorio de lo íntimo sin llegar al territorio de lo moral. Lo que Crane pedía ahora era diferente: no algo íntimo sino algo que implicara responsabilidad.

—Pensaré en eso —dijo Edna.

—Ya lo tiene pensado —dijo Crane—. Solo falta que decida si lo va a decir.

Salió de la sala con el agente antes de que Edna pudiera responder.

Edna se quedó en la sala durante un momento después de que se fue, mirando la mesa vacía y la grabadora que todavía estaba encendida. La apagó. La guardó en el bolso. Salió al corredor donde el aire era diferente al de la sala, más frío, con ese olor específico de los edificios institucionales que la limpieza no termina de eliminar.

En el coche, antes de salir del aparcamiento, abrió el cuaderno privado en una página nueva.

Escribió la fecha. Escribió la pregunta de Crane: *algo que usted haya hecho sabiendo que producía daño y haciéndolo de todas formas.*

Luego escribió debajo, con la letra pequeña de las cosas que no estaba segura de querer registrar pero que registraba de todas formas porque la alternativa era que existieran sin registro y eso era peor:

Tengo la respuesta. La he tenido desde que hizo la pregunta porque es una respuesta que no requiere buscar, solo reconocer. La pregunta es si decirla en esa sala es periodismo o es otra cosa.

Y la respuesta honesta a esa pregunta es que ya no estoy segura de que la distinción importe tanto como creía que importaba cuando empezó esto.

Cerró el cuaderno.

Encendió el motor.

Condujo hacia Liverpool bajo el cielo gris de marzo con la sensación de que la historia que había comenzado como un caso policial hacía dieciséis meses y que se había convertido en una investigación y que se había convertido en un juicio y que se había convertido en estas sesiones en

Ashworth, estaba llegando a un punto donde ya no podía clasificarse con ninguna de las categorías que había usado para clasificar su trabajo durante quince años.

Era otra cosa.

Todavía no sabía exactamente qué.

Pero lo sabría en la próxima sesión.

La undécima sesión fue sobre el veneno.

Crane lo explicó con la precisión de un científico que describe trabajo que conoce desde adentro y con la distancia de alguien que ha tenido tiempo suficiente para separarse de lo que hizo sin dejar de entenderlo completamente. La *Chironex fleckeri*, su bioquímica, los mecanismos nociceptivos que sus toxinas activaban, la forma en que la dosificación controlada podía mantener el sistema nervioso en un estado de activación sostenida sin producir el colapso que la dosis completa habría provocado de inmediato.

Era una explicación que habría podido publicarse en una revista de toxicología. Era también, en el contexto de lo que esa toxicología había producido en seis personas, algo que no era posible separar completamente de lo que Edna sentía mientras lo escuchaba, que era una incomodidad que no era solo moral sino física: el cuerpo respondiendo a información que la mente procesaba pero que los tejidos reconocían de una forma diferente.

Crane lo notó.

—Está incómoda —dijo, no como observación crítica sino como registro factual.

—Sí —dijo Edna.

—¿Quiere que pare?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque la incomodidad no es una razón suficiente para no escuchar algo que necesito escuchar.

Crane la miró durante un momento.

—Es exactamente la misma lógica que yo usé —dijo.

Edna no respondió de inmediato.

—Lo sé —dijo finalmente.

Era la admisión más difícil que había hecho en todas las sesiones, no porque fuera falsa sino porque era verdadera de una manera que no la dejaba cómoda: que la lógica que Crane describía como la suya era reconocible desde adentro, que la incomodidad no había sido razón suficiente para no continuar, que la convicción de que lo que hacía era

necesario había sido más fuerte que cualquier señal que hubiera indicado que debería detenerse.

No era la misma lógica en sus consecuencias. Pero era reconocible en su estructura.

Crane no dijo nada más sobre eso. Continuó con la explicación del veneno hasta que el tiempo de la sesión se agotó, y al final dijo:

—Usted prometió algo para esta sesión.

Edna había pasado la semana anterior pensando en lo que iba a decir. No encontrando la respuesta, que la tenía desde que Crane había hecho la pregunta, sino encontrando la forma de decirla en ese espacio específico con esa persona específica.

Lo que dijo no aparecerá en este libro en su totalidad porque algunas cosas pertenecen solo a la sala donde ocurrieron. Lo que sí puede decirse es que era verdad, que implicaba una decisión que Edna había tomado en un momento específico de su carrera sabiendo que produciría daño a alguien que no lo merecía, y que lo había hecho de todas formas porque en ese momento la historia le había parecido más importante que el daño.

Crane la escuchó con la misma atención con que ella lo escuchaba a él. Cuando terminó no dijo nada durante un momento.

—¿Lo haría de nuevo? —preguntó finalmente.

Edna tardó en responder.

—No —dijo.

—¿Segura?

—Segura.

—¿Por qué no?

—Porque entender que algo produce daño y hacerlo de todas formas solo es tolerable cuando uno no ha mirado de frente el daño que produce. Cuando lo has mirado ya no puedes no haberlo mirado.

Crane asintió despacio.

—Eso es exactamente lo que yo no tuve —dijo—. La oportunidad de mirar de frente el daño antes de producirlo. O la disposición de hacerlo. No sé cuál de las dos.

Era la más cercana a una admisión de responsabilidad que Crane había hecho en todas las sesiones. No un arrepentimiento en el sentido convencional, que habría requerido creer que había habido alternativas que no exploró, sino el reconocimiento de una ausencia: algo que podría haber detenido lo que no se detuvo.

Edna lo anotó con cuidado. Era la nota más importante de todas las sesiones porque era la que más se parecía a lo que el proceso judicial había buscado y no había encontrado: no la justificación sino el reconocimiento

del límite donde la lógica interna de Crane y la responsabilidad que el mundo le atribuía se tocaban, aunque fuera tangencialmente.

En el coche esa tarde escribió en el cuaderno:

No sé cuál de las dos, dijo. La oportunidad de mirar de frente el daño o la disposición de hacerlo.

Esa distinción importa más de lo que parece. Si fue falta de oportunidad, hay algo que el mundo podría haber hecho diferente. Si fue falta de disposición, la responsabilidad es completamente suya.

Y la respuesta honesta, la que Crane no pudo darse porque requeriría una introspección que nadie puede hacer completamente sobre sí mismo, es probablemente las dos cosas al mismo tiempo. Que el mundo no dio la oportunidad y que él tampoco habría tenido la disposición aunque se la hubieran dado.

Eso es lo más perturbador de todo esto. No que sea completamente culpa del sistema ni completamente culpa suya. Sino que es las dos cosas al mismo tiempo y que esa simultaneidad no tiene una solución limpia.

Cerró el cuaderno. Miró por el parabrisas del coche hacia el aparcamiento vacío de Ashworth en la tarde de marzo.

Dos sesiones más, quizás. O tres. La historia se estaba cerrando de la forma en que se cierran las historias que uno ha vivido desde adentro: no con un final definitivo sino con el punto donde ya no hay más que añadir sin repetirse.

Encendió el motor.

Liverpool esperaba.

Y Edna conducía hacia ella sabiendo que cuando llegara iba a tener que empezar a escribir el libro que Gareth había pedido y que ella había prometido, y que ese libro iba a ser diferente a cualquier cosa que hubiera escrito antes porque iba a contener todo lo que el cuaderno privado contenía, incluyendo las partes que ninguna entrega del Courier había podido contener.

Incluyendo lo que había dicho en la sala de cristal de Ashworth y que no aparecería en el libro completo pero que había ocurrido de todas formas y que había cambiado algo que todavía no terminaba de identificar.

El trabajo más difícil todavía estaba por hacer.

Pero ya sabía cómo hacerlo.

CAPÍTULO 15

El juicio y el silencio

Liverpool / Londres — meses 11-14

La duodécima sesión no ocurrió un martes.

Ashworth llamó el lunes por la mañana para informar que Crane había solicitado adelantar la sesión un día, lo cual era una irregularidad en el protocolo establecido y que el director había autorizado con la explicación de que el interno había expresado la necesidad de hablar de algo específico que no podía esperar hasta el martes.

Edna llegó a Ashworth con la misma puntualidad de siempre pero con algo diferente en la preparación: no había escrito preguntas la noche anterior porque la llamada del lunes por la mañana le había dicho que la sesión de ese día no sería sobre lo que ella hubiera planeado sino sobre lo que Crane había decidido que necesitaba decir.

Eso era nuevo. En once sesiones anteriores Crane había respondido y desarrollado pero nunca había sido él quien convocara. El hecho de que lo hiciera ahora era información en sí mismo, aunque Edna todavía no sabía qué tipo de información.

Lo supo en cuanto Crane entró a la sala.

No en su expresión, que era la misma de siempre. En algo más difícil de nombrar: la calidad del espacio que ocupaba, que esa mañana tenía una densidad diferente a las anteriores, como si llevara el peso específico de algo que había estado cargando solo y que había decidido que ya no podía seguir cargando solo.

Se sentó. No dijo nada durante un momento.

Edna esperó.

—Hay algo que no le he dicho —dijo Crane finalmente.

—Escucho.

—No sobre los crímenes. Sobre antes. Sobre algo que ocurrió antes de que comenzara todo esto y que es la raíz de la raíz. No la universidad, no la medicina. Algo anterior.

—¿Qué tipo de algo?

Crane miró la mesa durante un momento con la atención de alguien que está organizando lo que va a decir de una forma que lleva tiempo organizando y que de todas formas no llega de la forma organizada cuando el momento llega.

—Hubo alguien —dijo—. Una persona. No una víctima, no un colega, no un médico. Una persona en el sentido más ordinario del término: alguien con quien estuve cerca durante un tiempo y que fue la primera vez, y la única, que la proximidad no produjo en mí la sensación de estar existiendo en los márgenes de algo que le pertenecía a otra persona.

Edna no dijo nada. Escribió en el bloc: *Hubo alguien*.

—No voy a darle un nombre porque no es mío para darlo. —Crane levantó la vista—. Lo que sí puedo decirle es que esa persona eligió irse. No por las razones que la mayoría de las personas se van: no por indiferencia ni por

incomprensión. Se fue porque entendió exactamente quién era yo y decidió que entenderlo no era suficiente para quedarse.

—¿Cuándo fue eso?

—Antes de la universidad. Antes de la medicina que me había construido como anomalía. Era joven todavía, los dos lo éramos. —Una pausa—. Cuando se fue pensé que era el final de la posibilidad. No de esa relación específica sino de la posibilidad en general.

—¿Lo era?

—Sí y no. Era el final de creer que la posibilidad existía para mí de la misma forma que existía para otras personas. Y era el principio de construir algo diferente con esa ausencia.

—¿Qué construyó con ella?

—El trabajo —dijo Crane—. Todo el trabajo. La ciencia no fue una vocación ni una elección estratégica. Fue el único territorio donde la ausencia de esa posibilidad no dolía de la misma manera. En el laboratorio la exclusión era metodológica y no personal. Podía existir dentro de sus reglas porque sus reglas no dependían de una categorización que yo no podía cumplir.

Edna escribió eso con lentitud deliberada para darle a cada palabra el espacio que merecía.

—¿Y cuando el laboratorio también lo excluyó? —preguntó—. Cuando la universidad archivó el proyecto.

—Entonces no quedó territorio —dijo Crane—. El último espacio donde la exclusión tenía reglas que yo podía seguir se cerró con el mismo mecanismo que el resto: alguien decidió que lo que yo era no cabía en la categoría disponible y procedió en consecuencia.

—¿Y la persona que se fue? ¿La pensó en ese momento?

Una pausa larga.

—La pienso siempre —dijo Crane—. No con el dolor de la pérdida, que eso pasa con el tiempo aunque nunca completamente. Con algo diferente. Con la pregunta de qué habría sido diferente si esa persona hubiera elegido quedarse.

—¿Qué habría sido diferente?

—No lo sé. Es la pregunta sin respuesta posible porque el mundo donde esa persona se quedó no existió. Solo existe el mundo donde se fue. Y en ese mundo ocurrió lo que ocurrió.

Edna lo miró durante un momento.

—¿Por qué me lo dice hoy?

Crane tardó en responder. Era la pausa más honesta de todas las que había hecho, la de alguien que está buscando la respuesta real en lugar de la respuesta disponible.

—Porque usted me preguntó en una sesión anterior por qué el chico. Y yo le respondí con la explicación correcta: que todavía estaba antes del momento donde el sistema lo clasificaría. Pero no era la respuesta completa.

—¿Cuál es la respuesta completa?

—La respuesta completa es que cuando vi que era un adolescente, recordé que yo también fui un adolescente antes de que todo lo demás ocurriera. Antes de la medicina y la universidad y el laboratorio y todo lo que siguió. Y en ese momento recordé también a la persona que se fue. Que tenía aproximadamente la misma edad cuando la conocí. —Otra pausa—. El chico no era peligroso para mí ni incomprensible para mí. Era reconocible. Era el tipo de persona que yo había sido antes de dejar de serlo.

Era la confesión más humana de todas las sesiones. No en el sentido de hacer a Crane más comprensible como criminal, sino en el sentido de hacer visible algo que todos los datos del caso no habían podido producir: el momento donde la abstracción del sistema y la exclusión y el conocimiento científico daba paso a algo anterior y más simple, una persona que había amado a alguien y que ese amor había dejado una huella que ni el tiempo ni lo que siguió habían podido borrar completamente.

Edna no escribió nada durante un momento.

Luego escribió una sola línea: *El chico era lo que él fue antes de dejar de serlo.*

Al final de la sesión, cuando el tiempo se agotó, Crane dijo:

—Hay una sesión más. La que cierra todo. Cuando usted esté lista.

—¿Cómo sabré cuándo estoy lista?

—Lo sabrá —dijo Crane—. Porque cuando esté lista habrá decidido qué hacer con todo lo que tiene. No periodísticamente. Personalmente.

Edna no respondió. El agente abrió la puerta del corredor. Crane salió.

Edna se quedó en la sala durante más tiempo que de costumbre después de que se fue, mirando la mesa vacía donde había estado la grabadora y el bloc de notas y los dos vasos de agua que el protocolo siempre ponía y que ninguno de los dos había tocado en doce sesiones.

Luego recogió sus cosas y salió.

En el coche no abrió el cuaderno de inmediato. Se quedó con las manos en el volante mirando el parabrisas durante un tiempo que no midió.

Había dicho que sabría cuándo estaba lista porque habría decidido qué hacer con todo lo que tenía personalmente y no solo periodísticamente.

Edna ya sabía lo que iba a hacer con todo lo que tenía periodísticamente. El libro que Gareth quería. La historia que merecía ser contada completa. La versión de los hechos que ninguna entrega del Courier había podido contener.

Lo que todavía no sabía era lo otro. Lo personal. Lo que las doce sesiones habían producido en ella que no tenía nombre en el vocabulario del periodismo de investigación.

Abrió el cuaderno. Escribió:

Hubo alguien. Y esa persona que se fue es la raíz de la raíz. La causa anterior a todas las causas que el caso policial documentó.

Y el chico de quince años en los muelles de Garston sobrevivió porque era el recuerdo de lo que Crane fue antes de que esa persona se fuera.

Eso no aparecerá en el primer libro. Quizás en ningún libro. Pero es lo más verdadero de todo lo que he escuchado en doce sesiones.

¿Cuándo estoy lista para la última? Cuando sepa qué hacer con esto. Que es lo mismo que decir: todavía no.

Cerró el cuaderno.

El invierno de Ashworth pesaba afuera.

Liverpool esperaba al final de la carretera.

Todavía no estaba lista.

Pero se estaba acercando.

Las dos semanas entre la duodécima sesión y la decimotercera, la que cerraría todo según Crane, fueron las más difíciles del proceso no por lo que ocurrió en ellas sino por lo que no ocurrió.

Edna trabajó. Escribió el primer borrador del libro, que era más fácil de escribir de lo que había temido porque ocho meses de notas en el cuaderno privado eran una estructura que solo necesitaba ser desarrollada, no construida desde cero. Era un borrador que le mostró a nadie porque los borradores son documentos que pertenecen a quien los escribe hasta que están listos para salir, y ese no estaba listo.

Llamó a su madre un domingo por la tarde, que era algo que hacía con regularidad pero que esa tarde tenía un propósito adicional al de la llamada ordinaria: su madre era la única persona en el mundo que conocía la historia que había contado en la sala de cristal de Ashworth, la historia sobre el daño que había producido conscientemente en alguien que no lo merecía, y necesitaba saber si contar esa historia en ese espacio con esa persona la había cambiado en algún sentido que su madre pudiera percibir desde afuera.

La conversación duró una hora y su madre, que tenía setenta y dos años y la perspicacia específica de las personas que llevan décadas viendo a sus hijos con más claridad de la que los hijos suelen tolerar, dijo algo que Edna no esperaba.

—Suenas diferente —dijo su madre.

—¿En qué sentido?

—Más presente. Como si llevaras tiempo pensando en algo que por fin dijiste en voz alta y eso te hubiera dejado más espacio dentro.

Edna lo anotó en el cuaderno esa noche: *Más presente. Más espacio dentro.* No como análisis sino como observación que merecía estar en el registro.

Llamó a Thomas Bury, el exestudiante de doctorado que había sido la primera fuente dentro de la universidad, para decirle que el libro iba a citarlo y que podía leer los fragmentos donde aparecía antes de la publicación si lo deseaba. Bury respondió que sí, que quería verlos, y que llevaba meses pensando en algo que quería decirle cuando tuviera la oportunidad.

Se encontraron en la misma cafetería del campus donde habían hablado la primera vez. Bury tenía el aspecto de alguien que ha procesado algo durante meses y que ha llegado a una versión de paz con ello que no es indiferencia sino integración.

—Lo que no le dije la primera vez —dijo Bury— porque en ese momento no tenía el vocabulario para decirlo, es que lo que vi en el laboratorio aquella noche, las medusas en los tanques, Crane trabajando con esa concentración, no me pareció aterrador. Me pareció solitario.

—¿En qué sentido?

—En el sentido de alguien que hace algo que nadie más puede ver de la forma en que él lo ve. Que trabaja en un espacio que nadie más comparte. No porque sea secreto sino porque la comprensión de lo que hace no está disponible en el lenguaje que los demás usan para entender las cosas.

—¿Lo sintió usted así?

—Lo noté en él. Que estaba completamente solo con algo que era completamente suyo. Y que esa soledad no era elegida sino impuesta. —Bury miró su café—. Sigo pensando que tendría que haberlo reportado. Pero cuando lo pienso con honestidad, lo que me detuvo no fue la lealtad ni la cobardía. Fue el reconocimiento de algo que no debería haber reconocido en la situación en que estaba.

—¿Qué reconoció?

—La experiencia de tener algo completamente tuyo que el mundo no tiene categoría para recibir. —Bury levantó la vista—. Yo no tengo esa experiencia en el grado en que él la tenía. Pero la tenía suficientemente para reconocerla.

Edna lo anotó con la letra pequeña de las cosas que completaban el mapa de formas que los datos no podían completar.

Cuando salió de la cafetería caminó hacia el Mersey, que estaba a cuarenta minutos a pie del campus, porque necesitaba el tiempo de esa caminata para procesar lo que Bury le había dicho en el contexto de todo lo demás.

La soledad no elegida sino impuesta. El reconocimiento de algo que no tenía categoría disponible. El espacio donde la exclusión era metodológica y no personal.

Todo apuntaba hacia la misma dirección: no hacia un monstruo que había emergido de la nada sino hacia una persona que el mundo había construido meticulosamente durante décadas con las herramientas de la indiferencia sistemática, y que con esas mismas herramientas había construido algo que el mundo ahora llamaba monstruo porque llamarlo monstruo era más fácil que llamarlo consecuencia.

Llegó al Mersey cuando el sol de abril comenzaba a bajar sobre el estuario y se quedó en el paseo marítimo mirando el agua durante el tiempo que tardó en sentir que había procesado suficiente para poder escribir la última sesión cuando llegara.

No la sesión en sí, que todavía no había ocurrido. La capacidad de estar completamente presente en ella cuando ocurriera.

Crane había dicho que lo sabría cuando estuviera lista porque habría decidido qué hacer con todo lo que tenía personalmente.

Edna lo sabía ahora.

Lo que iba a hacer era lo mismo que había hecho durante dieciséis meses: nombrarlo. Darle el nombre que el mundo todavía no le había dado de forma completa. No como justificación sino como precisión, que era la única forma de periodismo que ella había aprendido a hacer y la única que tenía sentido seguir haciendo.

Sacó el teléfono. Llamó a Ashworth.

—Estoy lista para la última sesión —dijo cuando contestó el administrativo de turno—. Esta semana, si es posible.

La última sesión fue el jueves.

CAPÍTULO 16

Primera sesión en Ashworth

Hospital de Ashworth, Maghull — mes 15

El jueves llegó con una lluvia fina que no era característica de abril pero que Liverpool recibió con la indiferencia de quien ha aprendido que el clima tiene su propia lógica y que discutir con ella no produce ningún resultado útil.

Edna llegó a Ashworth con veinte minutos de adelanto, que era más de lo habitual y que obedecía a una razón que habría sido difícil de explicar a cualquier persona que no hubiera pasado los últimos meses haciendo lo que ella había hecho: necesitaba ese tiempo extra no para prepararse, que la preparación había ocurrido durante las dos semanas anteriores, sino para llegar al estado de presencia completa que la sesión requería. El estado donde la grabadora y el bloc de notas eran instrumentos y no escudos.

El director de Ashworth la recibió brevemente antes de que la llevaran a la sala.

—Una cosa que debo comunicarle —dijo—. El Sr. Crane pidió esta mañana que la sesión de hoy no se grabara.

Edna lo procesó durante un momento.

—¿Puedo saber por qué?

—No me lo explicó. Solo lo solicitó.

Era una irregularidad en el protocolo que Edna podía aceptar o rechazar. Si lo rechazaba, la sesión se grabaría como las anteriores pero con una tensión nueva que podía alterar lo que ocurriera en ella. Si lo aceptaba, confiaba en su memoria y en el bloc de notas para capturar lo que de otra forma habría quedado en el registro de la grabación.

Edna había aprendido en quince años de periodismo que las condiciones que una fuente impone sobre una conversación importante son información sobre la naturaleza de esa conversación. Que Crane pidiera no ser grabado en la última sesión decía algo sobre lo que iba a ocurrir en ella: que iba a decir algo que quería que existiera entre los dos antes de que existiera en ningún registro.

—Acepto —dijo Edna.

En la sala, Crane ya estaba sentado cuando ella entró. Era la primera vez en trece sesiones que llegaba antes que ella, lo cual era también información.

Se sentaron frente a frente. La mesa estaba vacía excepto por los dos vasos de agua y el bloc de notas de Edna. Sin grabadora.

—Gracias por aceptar —dijo Crane.

—Gracias por pedirlo antes de que empezara.

Un momento de silencio que no era incómodo sino de asentamiento, el tipo de silencio que los dos habían aprendido a habitar durante las sesiones anteriores.

—¿Por dónde empieza usted hoy? —preguntó Edna.

—Hoy no empiezo yo —dijo Crane—. Hoy empieza usted.

Era la inversión completa del primer día, cuando había sido Crane quien le preguntó por dónde quería empezar. Edna lo reconoció como lo que era: el cierre de un arco que había comenzado en esa primera sesión y que terminaba aquí, con la pregunta devuelta.

—¿Qué quiere que empiece? —preguntó Edna.

—Quiero que me diga lo que va a hacer con todo esto.

No con la historia. Con todo esto. La distinción era deliberada y Edna la escuchó como tal.

—Voy a escribir el libro —dijo—. Ya lo sabe.

—Sí. ¿Y lo demás?

—Lo demás —repitió Edna, y tardó un momento en continuar—. Lo demás es algo que todavía estoy procesando. Que las sesiones me cambiaron de formas que no esperaba y que no terminé de identificar todavía.

—¿En qué sentido no lo esperaba?

—En el sentido de que vine a escuchar una historia que creía conocer desde afuera y que cuando la escuché desde adentro resultó ser una historia que también tenía partes más adentro. —Edna hizo una pausa—. No las mismas partes. Pero partes.

—¿Qué partes?

—La experiencia de hacer algo sabiendo que producía daño. La lógica de que la necesidad de seguir puede ser más fuerte que el reconocimiento del daño. La diferencia entre entender algo y tener la disposición de hacer algo con ese entendimiento.

Crane la escuchó con la atención de siempre.

—¿Y qué va a hacer con esas partes?

—Nombrarlas —dijo Edna—. En el libro y fuera del libro. Es lo único que sé hacer que valga la pena hacer.

Crane asintió despacio.

—Entonces está lista.

—¿Para qué?

—Para escuchar lo último.

Lo que Crane dijo en los noventa minutos siguientes era lo que Edna había esperado y lo que no había podido anticipar completamente. Era la historia desde el principio, contada esta vez en su totalidad y en el orden que Crane había elegido para contarla: no el orden cronológico de los hechos sino el orden de la comprensión, que era diferente. El orden en que él había entendido lo que era y lo que hacía y por qué lo hacía, que no coincidía con el orden en que los hechos habían ocurrido porque la comprensión nunca coincide exactamente con los hechos que comprende.

Era una narración que Edna escuchó sin interrumpir durante la primera hora. Luego hizo preguntas durante los últimos treinta minutos, preguntas que nacían de lo que había escuchado y que lo completaban en lugar de redirigirlo.

Al final de esa hora y media, cuando el agente abrió la puerta del corredor, Crane dijo algo que Edna no había esperado y que no escribió en el bloc de notas sino en la memoria, donde las cosas que no pueden escribirse de inmediato porque son demasiado precisas para que la letra las capture sin perder algo esencial se guardan hasta que pueden ser escritas.

—Le voy a decir algo que nadie más sabe —dijo Crane—. Ni la policía, ni el abogado, ni los médicos de aquí.

—Escucho.

—La persona que se fue. El nombre que no le di.

—No tiene que dármelo.

—Lo sé. —Una pausa—. El nombre importa menos que esto: esa persona sigue viva. Vive en Liverpool. Tiene una vida que nunca supo que influyó lo que ocurrió después.

Edna no dijo nada durante un momento.

—¿Quiere que lo sepa?

Crane consideró la pregunta durante el tiempo que requería ser considerada.

—No —dijo finalmente—. Saberlo no le haría bien a esa persona y no cambiaría nada de lo que ocurrió. —Hizo una pausa—. Pero quería que alguien más lo supiera. Que esa persona existió y que importó. No como causa de lo que ocurrió. Como la parte de la historia que nadie va a documentar porque no hay forma de documentarla sin hacerle daño.

—La voy a documentar —dijo Edna—. Sin nombre, sin datos que permitan identificarla. Como lo que usted dice que fue: la parte de la historia que importó.

Crane la miró durante un momento.

—Gracias —dijo.

Era la primera vez en trece sesiones que había usado esa palabra, y en él, con su economía de lenguaje y su precisión de significado, tenía el peso de las cosas que solo se dicen cuando son exactamente lo que se quiere decir y no aproximaciones de otra cosa.

El agente esperaba.

Crane se levantó. En la puerta se detuvo, como había hecho en el umbral de la sala del tribunal el día de la sentencia. Esta vez no miró hacia Edna sino hacia la ventana de la sala que daba al corredor interior de Ashworth, donde la luz artificial era la misma que había sido siempre y donde nada había cambiado ni cambiaría.

—El dolor que no tiene nombre no tiene remedio —dijo, en voz baja, sin énfasis, como quien recita algo que ha dicho tantas veces que ya no necesita el tono para transmitir el peso.

No añadió la segunda parte. No hizo falta.

La puerta se cerró.

Edna se quedó sola en la sala durante un tiempo que no midió. Luego guardó el bloc de notas en el bolso, recogió los dos vasos de agua intactos como siempre, y salió al corredor donde el agente la esperaba para acompañarla hasta la salida.

En el coche, con la lluvia fina de abril sobre el parabrisas y el aparcamiento de Ashworth completamente vacío a esa hora de la tarde, Edna abrió el

cuaderno privado en la última página disponible y escribió durante veinte minutos sin parar, con la letra que usaba cuando las palabras llegaban más rápido de lo que la mano podía organizarlas pero que de todas formas tenían que llegar o perderían algo que no podía recuperarse.

Lo que escribió era el resumen de la sesión, la narración de Crane desde el principio hasta el final, y al final, separado del resto por una línea en blanco que era la distancia mínima que el papel podía poner entre los hechos y lo que sentía sobre ellos, una sola frase:

La persona que importó sigue viva en Liverpool. No sabrá que estuvo en el centro de todo esto. Y eso es, en la extraña lógica de este caso, lo más parecido a la misericordia que el caso contiene.

Cerró el cuaderno.

Miró el parabrisas durante un momento.

Luego encendió el motor y salió del aparcamiento de Ashworth por última vez, con la carretera hacia Liverpool abriéndose frente a ella bajo la lluvia de abril y la certeza tranquila de que la historia que llevaba dieciséis meses construyendo estaba completa, aunque el libro que la contendría tardaría todavía meses en escribirse.

Las historias que importan siempre tardan más en escribirse que en vivirse.

Pero se escriben.

Siempre se escriben.

Lo que Edna escribió durante esos veinte minutos en el aparcamiento de Ashworth fue el núcleo del libro que tardaría seis meses más en completarse.

No el capítulo específico sino algo más difícil de definir: la comprensión de cómo contar una historia que tenía dos versiones simultáneas. La versión que los lectores del Courier habían leído durante dieciséis meses: el caso policial, la investigación, la captura, el juicio. Y la versión que estaba en el cuaderno privado: lo que ocurrió debajo de todo eso, en las conversaciones que no se publicaron, en las notas que nadie más leyó, en los momentos donde el periodismo dejó de ser suficiente para contener lo que había que contar.

El libro requería las dos versiones. No porque la primera fuera incompleta, que era sólida y verificable y estaba bien documentada. Sino porque la segunda era la que daba sentido a la primera de una manera que los hechos solos no podían dar.

Pasó los seis meses siguientes escribiendo en el apartamento que daba al Mersey, con el río visible algunas tardes y otras oculto por la niebla, con los dos cuadernos privados sobre la mesa además de la pantalla del ordenador, alternando entre los tres con la disciplina de quien sabe que la distancia entre lo que uno vivió y lo que uno escribe sobre lo que vivió es el espacio donde reside la diferencia entre el periodismo y la literatura, y que ese espacio requiere tiempo para existir correctamente.

Gareth llamó dos veces durante esos seis meses preguntando cómo iba el libro. Las dos veces Edna respondió lo mismo: va como tiene que ir. Las dos veces Gareth aceptó esa respuesta con la paciencia de un editor que confía en el proceso aunque no pueda ver el resultado.

Callahan la llamó una vez, a los tres meses, para decirle que Crane había rechazado todas las solicitudes de acceso periodístico que habían llegado a Ashworth después de que se conoció que Edna había tenido acceso. Eran diecisiete solicitudes de medios nacionales e internacionales. Las había rechazado todas con una nota de una sola línea que el director de Ashworth le transmitió a Callahan porque consideró que era información relevante para quien había llevado el caso.

La nota decía: ya dije lo que tenía que decir.

Edna lo anotó en el cuaderno cuando Callahan se lo transmitió. Lo añadió al libro como el penúltimo párrafo de la sección sobre las sesiones en Ashworth, con la atribución correcta y sin comentario adicional porque no necesitaba comentario. La frase era su propio comentario.

Thomas Bury la llamó cuando el libro estaba en su fase final de edición para decirle que había leído los fragmentos donde aparecía y que estaba de acuerdo con publicarlos. Añadió algo que Edna no esperaba: que había hablado por primera vez en meses con el jefe de departamento que había procesado la desaparición de Crane de la universidad cinco años atrás, y que ese hombre, ya jubilado, había dicho algo que Bury quería que Edna supiera antes de que el libro se publicara.

El jefe de departamento había dicho que el día que firmó el expediente de cierre del proyecto de Crane había sentido que hacía lo correcto administrativamente y lo incorrecto en algún sentido que no había podido nombrar en ese momento. Que ahora, cinco años después y con todo lo que había ocurrido, podía nombrar ese sentido: había reconocido en Crane a alguien cuyo trabajo era genuinamente valioso y cuya existencia no encajaba en ninguna categoría que el departamento tuviera disponible, y había elegido gestionar la categoría en lugar de gestionar el trabajo. Y eso, aunque era lo que el protocolo institucional requería, era también una decisión con consecuencias que el protocolo no contemplaba.

Edna añadió esa historia al libro en una nota al pie que era más larga que la mayoría de las notas al pie que el texto contenía, porque merecía el espacio y porque el espacio era lo único que ella podía dar a algo que no tenía remedio pero que sí tenía, al menos, la dignidad de ser reconocido.

El libro se publicó en octubre, diecinueve meses después de la llamada de Gareth a las seis y cuarenta de la mañana que lo había iniciado todo.

La primera reseña que apareció, en el suplemento literario del Guardian, lo describía como el periodismo de investigación más honesto sobre un caso criminal publicado en el Reino Unido en una generación. La segunda reseña, en el Times Literary Supplement, lo describía como algo que resistía la clasificación porque no era solo periodismo sino el registro de lo que le

ocurre a una persona que escucha demasiado bien y demasiado tiempo algo que el mundo preferiría no escuchar.

Edna leyó las dos reseñas en su apartamento con el Mersey visible esa tarde, en uno de esos días de octubre en que Liverpool concede una claridad que no es habitual pero que cuando ocurre recuerda por qué la ciudad merece la lealtad que le tienen quienes la conocen de verdad.

Luego abrió el tercer cuaderno, el que había empezado la noche de la sentencia en Ashworth, en la primera página que todavía estaba en blanco.

Escribió la fecha en la esquina superior derecha, como siempre.

Debajo escribió el título de lo que vendría después, que todavía no sabía exactamente qué forma tomaría pero que sabía que estaba ahí, esperando el momento en que ella estuviera lista para buscarlo.

Porque las historias que importan no terminan cuando se publican.

Terminan cuando ya no tienen nada más que enseñar a quien las vivió.

Y Edna Longhlein todavía tenía cosas que aprender.

CAPÍTULO 17

El intercambio comienza

Hospital de Ashworth, Maghull — semanas siguientes

La condición que Crane había impuesto en la tercera sesión no fue fácil de mantener con el paso del tiempo.

No porque Edna no tuviera cosas que revelar. Las tenía, y algunas de ellas eran suficientemente difíciles como para que la mano tardara en escribirlas cuando intentaba anticiparlas en el cuaderno antes de cada sesión. El problema era diferente: era que el acto de revelar algo genuino en ese espacio específico, frente a esa persona específica, producía un efecto que el periodismo convencional no contempla porque el periodismo convencional no está diseñado para la reciprocidad.

El periodismo está diseñado para la asimetría. El periodista escucha y la fuente habla. El periodista anota y la fuente ignora qué se anotará. El periodista decide qué publicar y la fuente vive con las consecuencias de esa decisión. Esa asimetría no es una falla del periodismo sino su estructura: sin ella, la capacidad de reportar con independencia colapsa en la negociación permanente de lo que puede decirse.

Lo que Crane había propuesto interrumpía esa asimetría de una forma que Edna había aceptado porque era la única condición que hacía posible la conversación que necesitaba tener. Pero aceptarlo no significaba que fuera cómodo ni que dejara de producir en ella algo que las semanas siguientes se fue haciendo más evidente: la sensación de estar siendo cambiada por el proceso de la misma manera en que cualquier intercambio genuino cambia a quien participa en él.

La cuarta sesión fue sobre la infancia de Crane con suficiente detalle para que Edna comenzara a entender no la causa de lo que había hecho, que nunca sería simple ni lineal, sino el territorio donde la causa había tenido lugar. La infancia no como explicación sino como contexto: el mundo donde Crane había aprendido a existir de la única forma que le fue posible dado lo que era y lo que el mundo en que creció tenía disponible para recibirlo.

Lo que tenía disponible era poco. No porque los individuos que lo rodeaban fueran crueles, que en su mayoría no lo eran, sino porque los sistemas en que esos individuos operaban no habían sido contruidos para recibir a alguien que no encajaba en ninguna de sus categorías. La medicina que intervino para corregir lo que no podía corregirse. La familia que amaba con los instrumentos que tenía, que eran los instrumentos del mundo que conocía. La escuela que organizaba a las personas en dos columnas y que cuando encontraba a alguien que no cabía en ninguna de las dos aplicaba la única solución disponible en su protocolo: repetir la clasificación con más insistencia.

Edna escuchó todo esto con la atención de quien sabe que lo que escucha no es evidencia de un crimen sino algo anterior y más difícil: la historia de cómo se construye la soledad en una persona que no eligió los materiales con que fue contruida.

Al final de esa sesión cumplió la condición del intercambio con algo de su propia infancia que no había contado nunca porque en los contextos ordinarios de la vida adulta no había habido razón para contarlo. Era un momento de exclusión, pequeño en comparación con lo que Crane había descrito, que había dejado en ella una huella que el tiempo había vuelto casi invisible pero que al decirlo en voz alta en esa sala recuperó la nitidez específica de los recuerdos que creemos haber dejado atrás y que en realidad solo hemos dejado de mirar.

Crane la escuchó sin decir nada cuando terminó.

—¿Por qué no lo había contado antes? —preguntó.

—Porque no lo consideraba relevante —dijo Edna—. Porque en comparación con otras cosas que me habían ocurrido parecía menor.

—¿Y ahora?

—Ahora sé que las cosas menores que no se cuentan se acumulan en las personas de maneras que las cosas mayores que sí se cuentan no siempre producen.

Crane asintió con la atención de quien escucha algo que reconoce porque lo ha pensado desde otra dirección.

—La invisibilidad del dolor menor es su mayor eficacia —dijo—. Nadie lo ve porque nadie lo busca porque nadie cree que merezca ser buscado.

Era una frase que Edna escribió en el bloc de notas con la letra más precisa que podía producir y que esa tarde trasladaría al cuaderno privado con tres

asteriscos al margen, que era su señal máxima para las frases que no podían perderse bajo ninguna circunstancia.

La quinta sesión fue sobre la universidad en sus primeros años, antes de que el proyecto tomara la forma que había tomado al final. Era la historia de alguien que había encontrado en la ciencia lo que la mayoría de las personas encuentran en las relaciones: un territorio donde las reglas eran conocibles y donde la competencia era reconocida independientemente de cualquier otra categoría que el mundo usara para clasificar a las personas.

Crane describió esos primeros años con algo que Edna reconoció como la versión académica de la nostalgia: no el deseo de volver a ese tiempo sino el reconocimiento de que fue el período donde más se parecía a lo que había esperado poder ser.

—¿Qué esperaba poder ser? —preguntó Edna.

—Alguien cuyo trabajo importara —dijo Crane—. No a muchas personas. No famosamente. Solo a las personas correctas en el momento correcto con el problema correcto. Que es lo que el trabajo científico genuino produce cuando funciona.

—¿Y no lo produjo?

—Lo produjo durante un tiempo. El estudio del dolor. Las personas que vinieron a las sesiones de información. Ese fue el momento donde lo que hacía y las personas a quienes podía ayudar se encontraron en el mismo lugar al mismo tiempo. —Una pausa—. Y luego el proyecto fue archivado y ese momento desapareció como si nunca hubiera existido.

—¿Cómo fue eso?

—Como cuando uno aprende que algo que creyó permanente era siempre provisional y que la provisionalidad no era visible desde adentro sino solo desde afuera, donde estaban las personas que decidían cuándo terminaba.

Edna lo escribió con cuidado.

—¿Intentó continuar el trabajo por otras vías?

—Sí. Durante dos años intenté encontrar otros marcos, otros departamentos, otras instituciones que pudieran albergar lo que había construido. —Crane miró la mesa—. El problema no era el trabajo. Era lo que el trabajo requería de quien lo hacía: ser visible en los términos del sistema para poder operar dentro del sistema. Y yo no podía ser visible en esos términos porque los términos disponibles no me incluían.

—¿Y entonces?

—Y entonces dejé de intentar operar dentro del sistema —dijo Crane—. Y empecé a operar fuera de él. Con los mismos materiales. Con el mismo conocimiento. Pero sin necesitar que el sistema lo reconociera.

Era la frase que conectaba el trabajo legítimo con lo que había seguido, y Edna la escribió con la conciencia de que era el momento donde la historia de un científico excluido se convertía en la historia de los crímenes del

puerto. No de forma abrupta ni sin pasos intermedios, que eran los que las sesiones siguientes irían documentando. Sino con esa frase como bisagra: el momento donde el dentro se convirtió en afuera.

Al final de la sesión, cuando Edna cumplió la condición del intercambio con algo que tenía que ver con su propio trabajo y con una decisión que había tomado al principio de su carrera sobre el tipo de periodismo que quería hacer y el tipo que no quería hacer, Crane escuchó con la misma atención de siempre.

Cuando ella terminó dijo algo que no era respuesta a lo que ella había dicho sino a algo anterior que la sesión había producido entre los dos sin que ninguno lo hubiera nombrado explícitamente.

—El trabajo que hacemos —dijo— cuando lo hacemos de verdad y no como performance de lo que se supone que debemos hacer, tiene la calidad de las cosas que uno haría aunque nadie las viera. Que uno haría aunque no produjeran reconocimiento ni consecuencias visibles. Solo porque es lo único que tiene sentido hacer dado lo que uno es.

—Sí —dijo Edna.

—Esa es la única razón por la que confío en que va a hacer bien lo que va a hacer con esto.

Era la declaración de confianza más directa que Crane había hecho en todas las sesiones y Edna la recibió con el peso que merecía: no como validación sino como reconocimiento mutuo de algo que las semanas de intercambio habían construido entre dos personas que habían llegado a esa sala desde lados completamente opuestos del mismo territorio.

Salió de Ashworth esa tarde con la lluvia de noviembre cayendo sobre el aparcamiento y el cuaderno lleno de notas que tardaría horas en procesar completamente.

Pero mientras conducía hacia Liverpool, con el cuaderno en el asiento del pasajero y las luces de la carretera reflejándose en el asfalto mojado, sentía algo que las semanas anteriores no había sentido con esa claridad: que la historia que estaba construyendo en ese cuaderno era la historia más importante que había construido en su carrera.

No por los crímenes. No por la investigación policial. Sino por lo que el intercambio en esa sala de cristal estaba produciendo en ella, que era la comprensión de algo sobre la naturaleza del dolor y el nombre y el silencio que ninguna otra historia le había dado con esa precisión.

El Mersey esperaba al final de la carretera.

Y Edna conducía hacia él sabiendo que cuando llegara iba a necesitar sentarse frente al cuaderno durante mucho tiempo antes de poder escribir la primera palabra de lo que vendría después.

Pero esa primera palabra llegaría.

Siempre llegaba.

La sexta sesión fue la que Edna había temido más desde que el proceso de Ashworth comenzó.

No porque anticipara algo específico que fuera a ser difícil de escuchar. Sino porque era la sesión donde, según el mapa que había construido de lo que quedaba por cubrir, la conversación llegaría al territorio de la identidad de Crane en sus propios términos, no en los términos de la medicina que había intervenido ni en los de la sociedad que había clasificado, sino en los suyos.

Era el territorio más difícil porque era el más desconocido. Las sesiones anteriores habían trabajado con materiales que Edna podía anclar en marcos existentes: el marco de la criminología, el marco de la psicología del desarrollo, el marco de la exclusión institucional. Todos esos marcos eran incompletos para describir a Crane pero al menos eran puntos de referencia.

Lo que Crane describió en la sexta sesión no tenía punto de referencia en ningún marco que Edna hubiera manejado hasta ese momento.

Describió la experiencia de existir en un cuerpo que el mundo leía de una forma que no correspondía a ninguna de las dos formas disponibles, y la experiencia de que esa discrepancia no fuera dolorosa en el sentido convencional sino desorientadora en un sentido más profundo: no dolor sino ausencia de orientación. La sensación de estar siempre en el umbral de una habitación cuya puerta nunca se abría completamente porque las personas al otro lado no podían ver desde dónde se estaba llamando.

—¿Cómo se llamaba usted? —preguntó Edna. No el nombre legal. La forma en que se nombraba a sí mismo en su cabeza cuando pensaba en sí mismo.

Crane tardó en responder de una forma que no era evasión sino búsqueda genuina.

—Durante mucho tiempo no me llamaba de ninguna forma —dijo—. No porque no tuviera nombre sino porque los nombres disponibles no cabían y crear uno propio requería una capacidad de imposición sobre la realidad que yo no tenía todavía.

—¿Y después?

—Después aprendí que el nombre no viene del lenguaje sino del reconocimiento. Que uno existe con el nombre que alguien le da cuando te ve de verdad. —Una pausa—. Hubo una persona que me dio ese nombre. El nombre que yo no podía darme solo.

Era la primera referencia directa a la persona que se había ido, antes de que Crane la nombrara explícitamente en la duodécima sesión. Edna lo registró como tal en el bloc de notas con una nota al margen: *primera referencia. No preguntar todavía.*

Lo que Crane dijo después sobre la experiencia de recibir ese nombre fue lo más difícil de escuchar de toda la sesión no porque fuera doloroso sino porque era reconocible de una forma que Edna no esperaba: la descripción de lo que ocurre cuando alguien te ve antes de que tú te hayas visto a ti

mismo, y la descripción de lo que queda cuando esa persona se va y ese ver se va con ella.

Al final de esa sesión, cuando llegó el turno del intercambio, Edna no tenía preparado lo que iba a decir porque lo que Crane había descrito había producido en ella algo que desplazó lo que había planeado revelar.

Lo que dijo en cambio fue algo sobre una relación de su vida adulta que había terminado no por falta de amor sino por falta de visibilidad mutua: dos personas que se amaban sin poder verse completamente, y el momento donde esa incapacidad se hizo visible de una forma que ya no podía ignorarse.

Crane la escuchó con la atención de quien reconoce el territorio que se describe porque lo ha habitado.

—¿Lo extraña? —preguntó.

—A veces —dijo Edna—. Con menos frecuencia que antes. Con más comprensión de lo que era que entonces.

—La comprensión es lo que queda cuando el dolor cede lo suficiente para que quepa —dijo Crane.

Era una frase que Edna escribió en el cuaderno esa tarde con la convicción de que iba a aparecer en el libro. No como cita de un criminal. Como la observación de alguien que había pensado sobre el dolor durante suficiente tiempo para haberlo entendido desde adentro.

La séptima sesión completó el territorio de la identidad y entró en el territorio del trabajo científico con una conexión que las sesiones anteriores habían preparado pero que en esa sesión se volvió explícita: que el trabajo de nombrar el dolor en la ciencia y el trabajo de nombrar lo que él era en su propia existencia eran el mismo trabajo hecho desde dos direcciones que nunca se habían encontrado completamente.

—Buscaba en la ciencia lo que no encontraba en el mundo —dijo Crane—. Un vocabulario para lo que no tenía nombre.

—¿Lo encontró?

—Parcialmente. La ciencia tiene vocabulario para los mecanismos. No para la experiencia de vivir con ellos.

—¿Y lo que hizo en los muelles? —preguntó Edna, usando la formulación indirecta que había aprendido era la más útil para llegar a esa zona del territorio—. ¿Era parte de ese mismo trabajo?

Crane consideró la pregunta durante más tiempo que la mayoría.

—Era la conclusión de ese trabajo cuando todos los demás caminos estaban cerrados —dijo finalmente—. No la conclusión que yo habría elegido si hubiera habido otras. Pero la conclusión que el trabajo llegó dado el mundo donde tuvo que existir.

Edna no respondió de inmediato. Era la frase más cercana a una explicación completa que Crane había dado y también la que más resistía la

simplificación: no justificaba lo que había hecho pero tampoco lo dejaba flotando sin contexto.

Lo escribió con cuidado. Lo subrayó. Lo añadió a la lista de las frases que no podían perderse.

En el coche esa tarde escribió en el cuaderno: *La conclusión que el trabajo llegó dado el mundo donde tuvo que existir. Eso es lo que el proceso judicial nunca preguntó y que este libro tiene que preguntar. No para absolver. Para comprender. Y la comprensión, aunque incómoda, es la única herramienta que el mundo tiene para no repetir lo que construyó.*

Cerró el cuaderno. Encendió el motor.

El invierno de Ashworth estaba establecido para quedarse.

Y Edna conducía hacia Liverpool con la historia acumulándose en los cuadernos del asiento del pasajero con el peso específico de las cosas que han tardado mucho en llegar y que cuando llegan ya no caben en el espacio que uno tenía preparado para recibirlas.

Necesitaba un espacio más grande.

El libro lo sería.

CAPÍTULO 18

La filosofía del dolor

Hospital de Ashworth, Maghull — mes 16

La octava sesión fue la más larga de todas.

No en el tiempo formal, que siguió siendo las dos horas del protocolo. Sino en la densidad de lo que contenía, que hizo que Edna tardara más que en cualquier sesión anterior en procesar lo que había escuchado. Escribió en el coche durante cuarenta minutos antes de encender el motor. Llegó a su apartamento y siguió escribiendo durante dos horas más. Durmió mal y a las cinco de la mañana abrió el cuaderno y añadió cosas que había creído que podían esperar hasta la mañana pero que habían decidido no esperar.

Lo que Crane le explicó en esa sesión no era los crímenes, que ya habían sido descritos con precisión en sesiones anteriores. Era algo más difícil de contener en el lenguaje del periodismo convencional: la lógica que los sustentaba. No como justificación, que era la categoría que el proceso judicial había buscado y no había encontrado porque la justificación implica reconocer que algo estaba mal y que de todas formas se hizo, lo cual no era la estructura de cómo Crane lo vivía. Sino como sistema. Como una forma de entender el mundo que tenía la coherencia interna de los sistemas contruidos por mentes que han tenido suficiente tiempo y suficiente soledad para llevar sus premisas hasta sus conclusiones sin que nadie las interrumpa en el camino.

La premisa era la que ya estaba en todas las sesiones anteriores: el dolor que no tiene nombre no tiene remedio. Que el sistema de clasificación del

mundo excluía de forma sistemática a quienes no cabían en sus categorías y que esa exclusión no era invisible ni sin consecuencias sino completamente documentable en las vidas de quienes la padecían.

La conclusión, que era lo que la octava sesión desarrolló con una precisión que Edna no había escuchado en ninguna sesión anterior, era la que ningún marco disponible podía recibir sin incomodidad: que había decidido hacer visible ese dolor de la única forma que le quedaba disponible dado que todas las otras formas habían sido bloqueadas sistemáticamente.

—¿Qué formas fueron bloqueadas? —preguntó Edna.

—La ciencia —dijo Crane—. Que podría haber sido el mecanismo de visibilidad correcto y que fue archivada. La medicina, que podría haber reconocido lo que yo era sin intervenirlo y que intervino sin reconocer. El amor, que podría haber sido el espacio donde existir completamente y que fue provisional. —Una pausa—. Cuando todos los mecanismos disponibles de visibilidad han fallado o han sido bloqueados, la pregunta que queda es si la invisibilidad se acepta o si se busca otro mecanismo.

—¿Y usted no la aceptó.

—No podía aceptarla —dijo Crane—. No porque fuera una decisión de valentía. Sino porque la invisibilidad sostenida durante suficiente tiempo produce en una persona algo que no tiene nombre elegante: la certeza de que no existir es idéntico a existir sin ser visto. Y esa certeza, cuando se instala completamente, hace que cualquier alternativa parezca preferible. Incluso las alternativas que producen daño.

Edna escribió eso con la letra más pequeña que podía producir.

—¿El daño era el punto? —preguntó.

—No —dijo Crane—. El punto era el nombre. El dolor tiene un nombre ahora porque yo lo produje de una forma que el mundo no podía ignorar. Las personas que lo padecieron tienen un nombre ahora porque están documentadas en los archivos de la investigación más extensa que la policía de Merseyside ha llevado a cabo en décadas. Yo tengo un nombre ahora porque el proceso judicial me lo dio aunque no fuera el nombre que yo habría elegido.

—¿Qué nombre habría elegido?

Crane consideró la pregunta durante un momento.

—El que me dio la persona que se fue —dijo—. Que era el único que venía del reconocimiento y no de la clasificación.

Era la tercera referencia a esa persona en las sesiones, y la más directa hasta ese momento. Edna la anotó y resistió la tentación de preguntar más, que era su instinto periodístico hablando, porque sabía que el momento para esa pregunta no había llegado todavía.

En cambio preguntó algo que llevaba semanas en el mapa de lo que necesitaba entender.

—¿Pensó en las personas que iba a dañar?

—Sí.

—¿Y aun así?

—Y aun así —dijo Crane, con las mismas palabras que había usado en la décima sesión pero en un contexto diferente que las cargaba con un matiz nuevo—. No porque el daño fuera indiferente para mí. Sino porque había llegado al punto donde el daño que yo me hacía a mí mismo al no actuar era mayor que el daño que mi acción produciría.

—¿Eso es lo que creyó?

—Eso es lo que la lógica que había construido durante años me decía que era verdad —dijo Crane—. Y esa lógica era coherente desde adentro aunque desde afuera sea lo que es.

—¿Y ahora? —preguntó Edna—. ¿Desde adentro y desde afuera al mismo tiempo, que es donde está ahora, ¿sigue pareciendo coherente?

Era la pregunta más directa que Edna había hecho en todas las sesiones y Crane la recibió con el silencio más largo de todos los que había habido, el que duró suficiente para que Edna notara que no era evasión sino trabajo real: alguien buscando una respuesta honesta a una pregunta que requería honestidad.

—No sé —dijo finalmente—. La lógica tiene la misma estructura que tenía. Pero el espacio desde donde la miro es diferente. Y desde este espacio veo en ella algo que no veía antes.

—¿Qué ve?

—Que la coherencia interna de un sistema no es evidencia de que el sistema sea correcto. Solo es evidencia de que alguien pasó suficiente tiempo construyéndolo.

Era la observación más importante que Crane había hecho sobre sí mismo en todas las sesiones y Edna la escribió con tres asteriscos al margen, que era su señal máxima, y la subrayó dos veces.

Al final de la sesión cumplió la condición del intercambio con algo que llevaba la misma estructura que lo que Crane había descrito: una lógica que había construido durante años sobre una decisión de su vida personal que desde adentro era coherente y que desde afuera, cuando alguien más la nombraba, revelaba algo que la coherencia interna había ocultado.

Crane la escuchó con la atención de siempre. Cuando terminó dijo:

—¿Cuándo lo vio desde afuera?

—Cuando alguien me lo nombró —dijo Edna.

—¿Y pudo hacer algo con eso?

—Tuve que esperar a que doliera lo suficiente para que la coherencia interna cediera —dijo Edna—. Que es lo que ocurre con los sistemas que

uno construye para no ver algo: que tienen que volverse insostenibles antes de que uno pueda verlos desde afuera.

Crane asintió despacio.

—Sí —dijo—. Eso es exactamente.

Salió de Ashworth esa tarde bajo un cielo de noviembre que era del mismo gris uniforme que el asfalto del aparcamiento y que el hormigón de los muros y que el interior de los ojos cuando llevan demasiado tiempo mirando algo que requiere toda la atención disponible.

Edna se sentó en el coche durante los cuarenta minutos que necesitó escribir todo lo que tenía que escribir antes de que el tiempo lo distorsionara.

Lo último que escribió antes de cerrar el cuaderno y encender el motor era sobre la observación de Crane sobre la coherencia interna:

La coherencia interna de un sistema no es evidencia de que el sistema sea correcto. Solo es evidencia de que alguien pasó suficiente tiempo construyéndolo.

Eso aplica a Crane. Aplica también a mí. Aplica a cualquier persona que haya construido una narrativa sobre sí misma durante suficiente tiempo sin que nadie la interrumpiera con suficiente precisión.

El periodismo debería ser la disciplina que interrumpe esas narrativas. Que las nombra desde afuera. Que hace visible lo que la coherencia interna oculta.

Este libro es eso. O intenta serlo. Lo que lo distingue de otras interrupciones es que la persona cuya narrativa interrumpe también interrumpió la mía. Y esa reciprocidad es lo que lo hace diferente de cualquier otra cosa que haya escrito.

Cerró el cuaderno.

Encendió el motor.

El gris de noviembre seguía siendo el gris de noviembre.

Pero el cuaderno estaba lleno de cosas que el gris no podía desteñir.

La novena sesión fue sobre la avispa de mar.

No sobre el veneno en términos clínicos, que eso había quedado cubierto en la undécima sesión que cronológicamente vendría después pero que en el orden de la comprensión Edna ya tenía desde la investigación policial. Sino sobre la elección. Por qué esa criatura específica. Por qué no otra.

Crane lo explicó con la misma precisión de siempre pero con algo añadido que las sesiones anteriores no habían producido con tanta claridad: algo parecido al afecto. No por lo que el veneno había hecho sino por el animal en sí. Por la criatura que lo producía.

—La Chironex fleckeri ártica es translúcida —dijo Crane—. Completamente translúcida. Desde afuera parece que no hay nada ahí. Pero si uno sabe

mirar puede ver los mecanismos que la sostienen, que son extraordinariamente complejos, funcionando en su interior con una precisión que nada en su apariencia exterior sugiere.

—¿Se identificó con eso?

—No es que me identificara —dijo Crane—. Es que la reconocí. Como a alguien con quien compartía algo que ninguno de los dos había elegido pero que ambos teníamos: la cualidad de ser completamente invisible para quien no sabe buscar y completamente legible para quien sí.

—¿Y el veneno?

—El veneno es la única parte de ella que el mundo ve —dijo Crane—. Porque es la única parte que produce un efecto que el mundo no puede ignorar. Todo lo demás, la complejidad, la precisión, la adaptación extraordinaria a condiciones que destruirían cualquier otra cosa, es invisible hasta que el veneno hace su trabajo. —Hizo una pausa—. Eso también lo reconocí.

Edna escribió eso con cuidado y luego preguntó lo que la observación de Crane le producía como pregunta inevitable.

—¿El veneno era la única forma que tenía de ser visto?

—Era la única que quedaba cuando todas las demás habían fallado —dijo Crane—. No la que habría elegido primero. La que quedó cuando las otras desaparecieron.

Era la respuesta más honesta sobre la secuencia de lo que había ocurrido, y Edna la recibió con todo lo que ocho meses de investigación policial y dieciséis meses de trabajo sobre el caso le habían dado para recibirla: no como justificación sino como la descripción de un camino que había tenido bifurcaciones y que en cada bifurcación había habido factores, algunos elegidos y muchos no, que habían llevado hacia donde llevaron.

Al final de esa sesión, cuando Edna cumplió la condición del intercambio, lo que reveló tenía que ver con una historia de invisibilidad propia que no era comparable en escala ni en consecuencias con lo que Crane había descrito pero que tenía la misma estructura: el período de su carrera temprana cuando había escrito artículos que importaban y que nadie había leído porque el medio donde los publicaba no tenía el alcance que el trabajo merecía, y la decisión que había tomado entonces sobre qué hacer con esa invisibilidad.

—¿Qué decidió? —preguntó Crane.

—Decidir que el trabajo importaba independientemente de si alguien lo leía —dijo Edna—. Que la visibilidad era un resultado y no una condición del valor.

—¿Lo creía?

Una pausa.

—Intentaba creerlo —dijo Edna—. Con más éxito algunos días que otros.

—¿Y ahora?

—Ahora sé que la visibilidad importa. Que decir que no importa es una forma de gestionar el dolor de no tenerla. —Edna hizo una pausa—. Lo que no sé todavía es si importa de todas las formas o solo de algunas.

Crane la miró con la atención específica que reservaba para las cosas que merecían tiempo antes de responder.

—Importa de las formas que no destruyen lo que uno necesita preservar para seguir siendo quien es —dijo—. Y la dificultad es que esa línea no siempre es visible desde adentro.

Edna lo anotó. Lo subrayó. Lo añadió a la lista de las frases que no podían perderse.

En el coche, esa tarde, con el último cuaderno privado casi lleno y el libro tomando forma en su cabeza con la claridad de las cosas que han estado construyéndose durante meses y que de repente se vuelven visibles en su totalidad, escribió la última entrada larga antes de que las sesiones finales llegaran al territorio del cierre:

La avispa de mar. Translúcida y completamente legible para quien sabe buscar. El veneno como la única parte que el mundo ve porque es la única que produce un efecto que no puede ignorar.

Eso es también lo que este libro intenta ser. No el veneno. Sino hacer legible lo que la translucidez oculta para quien no sabe buscar.

Que el mundo pueda ver lo que estaba ahí desde siempre. Que existía aunque nadie lo nombrara. Que tiene nombre ahora.

Eso es lo que me traje de Ashworth. Que nombrar importa. Que el dolor que tiene nombre puede al menos ser visto. Y que ser visto, aunque no sea suficiente para resolver nada, es el principio de cualquier cosa que pueda resolverse.

Cerró el cuaderno.

El aparcamiento de Ashworth estaba vacío excepto por su coche.

El cielo era el mismo gris de siempre.

Y Edna conducía hacia Liverpool con la certeza de que las últimas sesiones, las que cerrarían todo, iban a llegar al punto donde el libro que tenía en la cabeza y el libro que tendría que escribir iban a ser por fin la misma cosa.

Faltaba poco.

Pero lo poco que faltaba era lo más importante.

CAPÍTULO 19

Lo que él sabe de ella

Hospital de Ashworth, Maghull — mes 17

La décima sesión comenzó de forma diferente a todas las anteriores.

Crane entró a la sala y antes de sentarse dejó sobre la mesa un papel doblado que empujó hacia el lado de Edna sin decir nada. Ella lo miró durante un momento antes de tomarlo. Era una hoja de papel estándar de la institución, del tipo que los internos usaban para correspondencia, con escritura a mano que reconoció como la misma letra pequeña y precisa de los cuadernos de laboratorio que Thomas Bury había descrito años atrás.

Lo que decía el papel no era largo. Era una pregunta, formulada con la precisión de alguien que había tenido tiempo suficiente para encontrar la formulación exacta:

¿Qué encontró en este caso que no esperaba encontrar en sí misma?

Edna lo leyó dos veces. Luego dobló el papel y lo guardó en el bolso.

—¿Cuándo lo escribió? —preguntó.

—La semana pasada.

—¿Por qué en papel y no diciéndolo al principio de la sesión?

—Porque quería que lo tuviera antes de que empezáramos. Para que lo tuviera en el cuerpo mientras escuchaba lo que iba a decirle hoy.

Era una inversión completa del mecanismo habitual de las sesiones: normalmente era Crane quien hablaba y Edna quien tomaba notas. Hoy Crane le había dado a ella algo que tomar antes de que él hablara.

Edna lo procesó durante el momento que el protocolo no decía que tenía que procesar pero que la situación requería.

—Está bien —dijo finalmente—. Hoy va usted primero.

Lo que Crane habló durante los primeros sesenta minutos de esa sesión fue diferente a todo lo anterior en un sentido específico: habló sobre ella.

No con la intimidad invasiva de quien ha estado investigando a alguien sin su conocimiento. Sino con la atención de quien ha estado escuchando durante meses con la misma concentración que ella le prestaba a él y que había producido, en ese proceso de escucha mutua, una comprensión de Edna Longhlein que ningún perfil periodístico de ella misma podría haber capturado.

Había notado, dijo Crane, la forma en que ella construía sus preguntas: que siempre dejaban espacio para que la respuesta tomara la dirección que necesitaba tomar en lugar de la dirección que la pregunta anticipaba. Que eso no era una técnica periodística sino una disposición más antigua: la de alguien que había aprendido a escuchar antes de saber qué escuchar.

Había notado la diferencia entre sus preguntas en las primeras sesiones, que tenían la precisión del periodismo de investigación construido durante meses, y sus preguntas en las últimas, que tenían algo diferente: la precisión de alguien que ya no necesita el mapa porque ha aprendido a moverse en el territorio.

Había notado que el intercambio recíproco, la condición que él había impuesto, la había cambiado de formas que ella reconocía en lo que decía

pero que no siempre reconocía en lo que no decía. Que las cosas que elegía no revelar en las sesiones eran tan informativas como las que elegía revelar.

Y había notado, dijo finalmente, que había un momento en cada sesión donde ella dejaba de ser periodista y era simplemente una persona escuchando a otra persona. Que ese momento ocurría siempre cuando la conversación llegaba al territorio de la exclusión y el nombre y la visibilidad. Y que en esos momentos su letra en el bloc de notas cambiaba: se volvía más pequeña, más concentrada, como si el cuerpo respondiera a algo que la mente todavía estaba procesando.

Edna escuchó todo esto sin escribir.

Era la primera sesión en que no había tomado una sola nota.

Cuando Crane terminó hubo un silencio que era diferente a todos los silencios anteriores de las sesiones: no el silencio de la pausa entre una idea y la siguiente sino el silencio de dos personas que han llegado a un punto donde el lenguaje necesita un momento para reorientarse.

—¿Por qué me dice esto? —preguntó Edna finalmente.

—Porque la última sesión se acerca y quería que supiera lo que yo sé de usted antes de que ocurra.

—¿Para qué?

—Para que cuando llegue la última sesión no haya nada sin decir entre los dos. Para que lo que ocurra en esa sala sea completamente honesto de los dos lados.

Edna lo miró durante un momento.

—¿Qué va a ocurrir en la última sesión?

—No lo sé todavía —dijo Crane—. Eso depende de lo que usted decida que ocurra.

Era la primera vez que Crane le devolvía el control de lo que vendría. En todas las sesiones anteriores había sido él quien marcaba el territorio y ella quien lo seguía dentro de la estructura del intercambio. Que ahora le devolviera la dirección era una señal que Edna registró con la atención de quien sabe que las señales en ese espacio específico no eran accidentales.

Cuando llegó el turno del intercambio, Edna respondió la pregunta del papel.

Lo que encontró en el caso que no esperaba encontrar en sí misma era esto: que la capacidad de escuchar sin clasificar, que había creído que era una habilidad profesional adquirida, era en realidad algo más antiguo. Una disposición formada mucho antes de que fuera periodista, en años en que había aprendido a escuchar porque escuchar era más seguro que hablar en ciertos contextos, y que el periodismo había tomado esa disposición y le había dado una forma que parecía técnica pero que nunca había dejado de

ser lo que siempre había sido: una forma de existir en el mundo sin ocupar demasiado espacio.

—¿Y quiere ocupar más espacio? —preguntó Crane.

—No siempre. —Edna hizo una pausa—. Pero sí quiero saber que podría ocuparlo si decidiera hacerlo.

—¿Y puede?

—Estoy aprendiendo que sí —dijo Edna—. Que este proceso, estas sesiones, me han enseñado algo sobre eso que quince años de periodismo no me habían enseñado.

—¿Qué?

—Que nombrar algo propio en voz alta, aunque sea en una sala donde solo hay otra persona, es diferente a tenerlo en el cuaderno privado. Que el cuaderno es necesario pero no suficiente. Que la diferencia entre existir en privado y existir en voz alta es real aunque sea incómoda.

Crane la escuchó con la atención de siempre. Cuando ella terminó dijo algo que Edna tardó en escribir esa tarde en el cuaderno porque requería encontrar las palabras exactas antes de que la imprecisión de la memoria las distorsionara.

—El periodismo que hace —dijo Crane— y lo que hizo aquí son lo mismo hecho de formas que parecen diferentes. Los dos son intentos de que algo que existe en silencio exista también en el lenguaje. La diferencia es que en el periodismo el silencio es ajeno y en lo que hizo aquí el silencio era en parte suyo.

Edna lo escribió esa tarde con la letra más precisa que podía producir.

Luego escribió debajo:

Lo mismo hecho de formas que parecen diferentes. Eso es también lo que él y yo somos, en la escala más pequeña posible y en territorios completamente distintos: personas que buscaron que algo que existía en silencio existiera también en el lenguaje. Con consecuencias completamente diferentes. Con la misma búsqueda en el origen.

Eso no lo iguala. Que quede claro en el cuaderno y en el libro: no lo iguala. Pero lo hace comprensible de una forma que la distancia no podía hacer.

Y la comprensión, aunque no resuelve nada, es el principio de cualquier cosa que pueda resolverse.

Cerró el cuaderno. Miró el techo de su coche en el aparcamiento de Ashworth durante un momento.

Luego encendió el motor y condujo hacia Liverpool con el papel doblado todavía en el bolso y la pregunta de Crane todavía en el cuerpo, como él había querido que estuviera.

Faltaba una sesión.

La última.

Y Edna ya sabía lo que iba a ocurrir en ella.

Lo que Crane sabía de ella, documentado en los sesenta minutos de esa sesión, no era información que hubiera obtenido por medios externos. Era información construida a partir de la observación directa durante semanas de sesiones donde ella había creído estar escuchando y había estado siendo escuchada al mismo tiempo.

Eso era lo que más le costó procesar esa tarde en el camino de vuelta a Liverpool: no que él la conociera, que ese conocimiento era explicable y en cierta forma inevitable dado el proceso del intercambio. Sino que el conocimiento que tenía de ella era más preciso en algunos aspectos que el conocimiento que ella tenía de sí misma.

Que la letra en el bloc de notas cambiaba en los momentos sobre la exclusión y el nombre. Que las preguntas de las últimas sesiones eran diferentes a las de las primeras no como técnica sino como estado. Que había un momento en cada sesión donde dejaba de ser periodista.

Ese conocimiento era incómodo no porque fuera invasivo sino porque era verdadero. Y la verdad observada desde afuera, cuando uno la reconoce como tal, produce una incomodidad específica que no tiene que ver con la verdad en sí sino con lo que significa que otro la vea antes de que uno la haya visto completamente por sí mismo.

Edna llegó a su apartamento esa tarde y en lugar de abrir el cuaderno inmediatamente hizo algo que no había hecho en meses: se sentó frente a la ventana que daba al Mersey y miró el río durante el tiempo que tardó en dejar de necesitar procesar y empezar a simplemente estar.

El Mersey era el Mersey. Gris y en movimiento y completamente indiferente a lo que ocurría en los apartamentos que lo miraban desde la orilla.

Cuando finalmente abrió el cuaderno escribió algo que no era sobre la sesión sino sobre el proceso completo:

Dieciséis meses. Empezó con una llamada de Gareth a las seis y cuarenta de la mañana sobre un cuerpo en el Albert Dock. Ha llegado a un hombre en Ashworth que conoce la forma en que mi letra cambia cuando escucho algo que reconozco.

Eso no era lo que esperaba encontrar cuando empezó.

Lo que esperaba encontrar era la historia de un criminal. La historia de cómo se construye algo que el mundo llama monstruo. La historia de la ciencia detrás de los crímenes y la historia de la investigación que los resolvió.

Lo que encontré es todo eso y también otra cosa: que la historia de cómo se construye lo que el mundo llama monstruo es inseparable de la historia de cómo el mundo construye la exclusión. Que el monstruo es el producto y la exclusión es el proceso. Y que el proceso puede documentarse, puede nombrarse, puede hacerse visible de una manera que la sola documentación del producto no permite.

Eso es lo que este libro tiene que ser. No la historia del monstruo. La historia del proceso que lo produjo. Con toda la incomodidad que eso implica porque la incomodidad es la señal de que uno está mirando algo real.

Cerró el cuaderno.

El Mersey seguía siendo el Mersey.

Y Edna Longhlein seguía siendo Edna Longhlein, aunque no exactamente la misma Edna Longhlein que había recibido la llamada de Gareth dieciséis meses atrás a las seis y cuarenta de la mañana.

El cambio no era visible desde afuera, que era la forma en que los cambios que importan suelen ocurrir.

Pero estaba ahí.

Y la última sesión lo confirmaría o lo completaría o haría ambas cosas a la vez.

Edna lo sabía.

Y esperaba esa sesión con una mezcla de urgencia y calma que era, lo reconoció esa noche antes de dormir, exactamente el estado correcto para lo que venía.

El Mersey lo guardaba todo.

Hasta que no podía guardarlo más.

CAPÍTULO 20

La avispa de mar

Hospital de Ashworth, Maghull — mes 17, segunda semana

La undécima sesión fue, como Crane había anunciado, sobre el veneno.

No sobre los crímenes. Sobre la ciencia.

Había una diferencia que Edna entendía desde la investigación pero que en esa sesión se volvió completamente real de una forma que la investigación no había podido producir: la diferencia entre saber que alguien tiene un conocimiento extraordinario sobre algo y escuchar a esa persona explicarlo desde adentro. El conocimiento como herramienta inerte en un expediente policial y el conocimiento vivo en la voz de quien lo construyó durante años con la atención de alguien que amaba lo que estudiaba.

Porque Crane amaba la *Chironex fleckeri*. Eso era lo que la undécima sesión reveló de una forma que ninguna sesión anterior había revelado con esa claridad: no la estrategia detrás de la elección del veneno sino el afecto genuino hacia el organismo que lo producía.

Explicó la biología con la paciencia de un buen profesor que ha esperado mucho tiempo a alguien que pueda escucharla de verdad. Los nematocistos, las células urticantes que se disparan como arpones microscópicos al contacto con cualquier superficie que active el mecanismo

de disparo. La toxina que liberan, una mezcla compleja de proteínas cardiotóxicas, neurotóxicas y citotóxicas que en condiciones naturales produce la muerte en minutos porque está diseñada por la evolución para incapacitar presas de forma inmediata.

Y luego explicó lo que había hecho con ese diseño. Lo que requería no solo conocimiento bioquímico sino una comprensión de la fisiología del dolor que había desarrollado en paralelo durante los años del estudio clínico: la forma en que los canales iónicos del sistema nervioso periférico respondían a distintas concentraciones de los componentes de la toxina, el umbral entre la activación controlada y el colapso sistémico, la dosis exacta que mantenía el organismo en el espacio entre la consciencia y la incapacitación sin empujarlo hacia ninguno de los dos extremos.

Era un conocimiento que había tardado años en construir y que Crane describía con la misma fluidez con que un músico describe la técnica detrás de una pieza que ha tocado miles de veces: sin necesitar pensar los pasos porque los pasos son el pensamiento.

Edna escuchó sin interrumpir durante cuarenta minutos. Luego empezó a hacer preguntas técnicas que Crane respondió con la precisión de quien no necesita simplificar porque su interlocutora ha hecho el trabajo previo para entender sin simplificación.

—¿El umbral era siempre el mismo? —preguntó Edna.

—No. Variaba en función de variables fisiológicas individuales que tenía que evaluar en cada caso. —Pausa—. Eso requería tiempo. Que es por qué el proceso no era rápido.

Era la confirmación de lo que Marcus le había dicho en el segundo caso, meses y meses atrás. El proceso no es rápido. Lo que entonces había sido una pista sin contexto era ahora comprensible en toda su extensión.

—¿Le resultaba difícil? —preguntó Edna.

—¿Técnicamente?

—No. En ningún otro sentido.

Crane consideró la pregunta durante el tiempo que requería.

—Al principio —dijo—. No al final.

—¿Qué cambió?

—La distancia —dijo Crane—. Al principio la distancia entre lo que hacía y lo que eso significaba para las personas era visible y producía algo que habría podido llamarse dificultad. Con el tiempo la distancia se hizo más grande. —Una pausa—. No porque las personas dejaran de importar. Sino porque el sistema que había construido para entender lo que hacía se había vuelto suficientemente sólido como para que la dificultad no pudiera penetrarlo de la misma forma.

Era la descripción más precisa que Crane había dado de lo que el perfilador Fielding había llamado la coherencia interna del sistema: que se había vuelto suficientemente sólido para que la dificultad no pudiera penetrarlo.

—¿Y ahora? —preguntó Edna—. Con la distancia del tiempo y del espacio, ¿la dificultad puede penetrar?

Crane tardó más que de costumbre.

—Más que antes —dijo—. No completamente. Pero más.

—¿Eso le parece bien o mal?

Era una pregunta que habría parecido extraña en cualquier otro contexto y que en ese espacio específico era la pregunta correcta.

—Me parece que es lo que debería ser —dijo Crane—. Que la incapacidad de sentir la dificultad era la señal de que algo en el sistema era incorrecto. Que sentirla ahora, aunque tarde y aunque no produzca ninguna consecuencia práctica, es al menos la señal de que el sistema está siendo revisado.

Al final de la sesión, cuando llegó el turno del intercambio, Edna cumplió la condición con algo que tenía que ver directamente con lo que Crane había descrito: un período de su carrera donde había construido una distancia entre su trabajo y sus consecuencias que le había permitido continuar haciendo algo que en otro estado habría encontrado insostenible.

No era la historia que había contado en la sesión anterior sobre el daño consciente. Era una historia diferente, sobre una distancia diferente, que revelaba algo que las dos historias juntas completaban: que ella también había construido sistemas que la protegían de ver lo que veía.

—¿Y qué los desmanteló? —preguntó Crane.

—El tiempo —dijo Edna—. Y las personas que encontré que eran demasiado precisas para que el sistema pudiera gestionarlas.

—¿Como quién?

—Como usted —dijo Edna.

No era una adulación. Era una observación que Crane recibió con la seriedad con que recibía las observaciones que eran exactas.

—El proceso funciona en los dos sentidos —dijo—. Eso era lo que yo esperaba cuando puse la condición.

—¿Lo esperaba de verdad o lo esperaba como posibilidad?

—Lo esperaba como posibilidad —dijo Crane—. Y resultó ser de verdad.

El agente abrió la puerta del corredor. La sesión había terminado.

En el coche, con la tarde de diciembre cayendo sobre el aparcamiento de Ashworth con esa rapidez específica de los diciembres del norte, Edna abrió el cuaderno y escribió durante treinta minutos sin parar.

Lo que escribió era técnico en la primera parte: la biología del veneno, el umbral, la dosis, la variación individual, todo lo que Crane había explicado

con una precisión que ningún informe forense había capturado con esa completitud. Era material para el libro, para las secciones donde la ciencia necesitaba ser explicada de una forma que el lector sin formación técnica pudiera seguir sin que la precisión se perdiera en la simplificación.

La segunda parte no era técnica.

Era la observación sobre la distancia y lo que la desmantelaba, y la pregunta que Edna no había hecho en voz alta pero que escribió en el cuaderno porque era la pregunta que la sesión había dejado flotando en el espacio entre lo que se había dicho y lo que no:

¿Puede una persona que construyó la distancia suficiente para hacer lo que él hizo desmantelarla completamente? ¿O hay una distancia mínima que queda siempre, que es el costo permanente de haber construido el sistema en primer lugar?

No lo sé. Y no creo que Crane lo sepa tampoco. Pero la pregunta importa para el libro porque es la pregunta que los lectores van a tener cuando lleguen a este punto: ¿puede alguien así cambiar? ¿O la pregunta misma es la equivocada?

Quizás la pregunta correcta no es si puede cambiar sino si el cambio, en las condiciones de Ashworth para el resto de su vida, tiene algún lugar adonde ir. Y esa es una pregunta que el libro puede formular pero no responder. Porque no tiene respuesta que yo pueda dar.

Cerró el cuaderno.

Encendió el motor.

Dos sesiones más. La duodécima sobre la persona que se fue, que ya había ocurrido en el orden del tiempo aunque en el libro aparecería en el orden de la comprensión, y la decimotercera, la última, que todavía no había ocurrido.

El orden de la comprensión y el orden del tiempo eran cosas diferentes.

Edna lo sabía desde el principio del proceso.

Pero no lo había sentido con tanta claridad hasta ese momento.

Lo que quedó después de la undécima sesión, además de las notas técnicas sobre la biología del veneno, fue algo que Edna tardó días en formular con precisión.

Era la conciencia de que había llegado a Ashworth con la convicción de que la historia que iba a escuchar era la historia de alguien radicalmente diferente a ella, y que esa convicción había sido erosionada, no destruida sino erosionada, sesión a sesión, con la paciencia de algo que no necesita apresurarse porque tiene tiempo suficiente para hacer su trabajo.

No era que Crane y ella fueran iguales. No lo eran en ningún sentido que importara. Lo que habían hecho con sus vidas, las consecuencias que habían producido en el mundo, las personas a quienes habían afectado:

nada de eso era comparable. La diferencia era real y era fundamental y el libro lo diría con claridad.

Pero la erosión había revelado algo que la diferencia no cancelaba: que los materiales con que uno construye la vida, la exclusión, la búsqueda de visibilidad, la necesidad de que lo que uno hace tenga nombre, la distancia como mecanismo de supervivencia, eran materiales que existían en muchas personas en cantidades y combinaciones distintas. Que la diferencia entre Crane y quien nunca haría lo que él hizo no era la ausencia de esos materiales sino la cantidad, la combinación, el contexto donde habían tenido que existir y el tiempo durante el cual habían tenido que existir solos.

Eso era lo más perturbador del caso. No los crímenes en sí, que eran documentables y clasificables dentro de los marcos que el periodismo y el derecho tenían disponibles. Sino la comprensión de que el proceso que los había producido era reconocible. Que podía nombrarse. Que tenía una lógica interna que el libro podía exponer sin que esa exposición fuera una justificación porque la exposición no era la justificación: era el intento de que el mundo entendiera lo que había construido de forma que pudiera, si elegía hacerlo, no repetirlo.

Edna escribió todo esto durante la semana entre la undécima y la duodécima sesión, en un documento separado de los cuadernos que era el esquema del último tercio del libro. El esquema tenía una sección que etiquetó provisionalmente como lo que el caso dice sobre el mundo que lo produjo, que era la sección más difícil de escribir porque era la más incómoda para el lector y para ella misma.

Lo difícil no era la acusación implícita al sistema, que cualquier lector podía gestionar desde la distancia del juicio moral. Lo difícil era la pregunta que la sección tendría que formular sin responder: si el sistema que produjo a Crane produce también, en menor medida y con consecuencias distintas, algo en casi cualquier persona que haya pasado suficiente tiempo siendo invisible para él, ¿qué hace el mundo con eso?

Era la pregunta que el libro dejaría abierta porque era la única honesta que podía dejar abierta. Las preguntas cerradas en un libro como ese serían falsas. Las preguntas abiertas eran el regalo real al lector: la invitación a continuar el trabajo que el libro hacía visible pero no terminaba.

La duodécima sesión, la que Crane había convocado un día antes de lo habitual, la que reveló la persona que se fue, había ocurrido antes en el tiempo pero vendría después en el libro. Porque en el libro el orden era el orden de la comprensión y no el orden cronológico, y la comprensión de que había alguien antes de todo lo demás llegaba mejor cuando el lector ya tenía el contexto de todo lo que había venido antes.

Edna lo supo cuando terminó de esbozar la estructura del libro: que la duodécima sesión era la penúltima en el tiempo pero la última en el libro antes del epílogo, porque era la que cerraba la pregunta sobre la raíz de la

raíz con la imagen más humana de todo el proceso: la persona que se fue, el chico de los muelles, y la línea entre los dos que Crane había trazado sin que nadie se la pidiera porque era la línea más verdadera que tenía.

Y que la decimotercera sesión, la última, la que todavía no había ocurrido, vendría en el libro como el capítulo final antes del epílogo: el cierre sin grabadora, el papel con la pregunta, el agradecimiento que era la primera vez en trece sesiones, y la frase de Crane pronunciada de espaldas a la sala antes de salir que no necesitaba la segunda parte para tener el peso completo.

El dolor que no tiene nombre no tiene remedio.

Sin el y es por eso que yo le pongo nombre.

Porque en ese momento ya no hacía falta. El nombre ya estaba puesto.

En el libro. En el cuaderno. En el espacio entre las dos personas que habían estado en esa sala durante meses dándose nombres que el resto del mundo no había tenido disponibles.

Edna cerró el esquema del libro. Abrió el cuaderno. Escribió la última línea de las notas previas a la última sesión:

Todo lo que viene después de la undécima sesión es el cierre. La duodécima da la raíz. La decimotercera da el nombre. Y el epílogo, que es la última entrega del Courier que nadie publicó, da la pregunta que el libro deja flotando en el aire después de que se cierra.

Esa pregunta es la razón por la que el libro existe.

El dolor que no tiene nombre no tiene remedio.

Pero existe.

Y mientras existe hay algo que puede hacerse con él, aunque ese algo sea solo nombrarlo.

Cerró el cuaderno.

Liverpool esperaba al final de la carretera.

Y Edna conducía hacia ella sabiendo que la última sesión estaba a días de distancia y que cuando ocurriera el libro estaría completo en su cabeza aunque tardara meses más en estarlo en la pantalla.

Las cosas importantes siempre se terminan dos veces.

Primero en la cabeza.

Luego en el papel.

CAPÍTULO 21

La verdad detrás del monstruo

Hospital de Ashworth, Maghull — mes 18

La decimoprimera entrega publicada en el Courier apareció un jueves mientras Edna estaba en Ashworth para la duodécima sesión, que

cronológicamente ya había ocurrido pero que en el orden del libro vendría después.

El Courier nunca supo que esas dos cosas coincidieron en el tiempo. Gareth leyó la entrega publicada, que era la reconstrucción del juicio con el análisis criminológico completo, y la llamó para decirle que era la mejor entrega de la serie. Edna lo escuchó desde el aparcamiento de Ashworth mientras esperaba a que llegara la hora de entrar, con el teléfono en una mano y el cuaderno en la otra.

Lo que el Courier publicaba y lo que ocurría en Ashworth existían en paralelo y se alimentaban mutuamente de formas que ninguno de los lectores del Courier podría ver desde afuera. Las entregas eran el esqueleto visible. Las sesiones eran el tejido que le daba forma. Y el cuaderno privado era el espacio donde los dos se encontraban antes de que cualquiera de los dos fuera al lugar donde podía existir en el mundo.

La decimoprimer entrega, la del juicio, había requerido de Edna algo que las entregas anteriores no habían requerido en la misma medida: la capacidad de escribir sobre Adrian Crane para los lectores del Courier sin revelar nada de lo que Adrian Crane le había dicho en Ashworth. No porque el material de Ashworth fuera confidencial en términos legales, que no lo era, sino porque todavía no era el momento. El momento para ese material era el libro. Y el libro requería que las sesiones terminaran antes de que comenzara a escribirse.

Era la tensión más difícil de todo el proceso: tener el material más rico de la historia y no poder usarlo todavía porque usarlo demasiado pronto lo habría destruido antes de poder darle la forma que merecía.

La decimosegunda sesión, la que Crane había convocado un día antes, la de la persona que se fue, había sido la más quieta de todas.

No en el sentido de que hubiera menos palabras. Sino en el sentido de que las palabras que hubo tenían una calidad diferente: no la densidad analítica de las sesiones anteriores sino algo más parecido a la intimidad de dos personas que han llegado al territorio más vulnerable de una conversación y que lo habitan con el cuidado específico que ese territorio requiere.

Edna había escuchado la historia de la persona que se fue con la atención de quien sabe que lo que escucha no aparecerá en ningún registro excepto el suyo propio. Había escuchado cómo ese amor anterior a todo, anterior a la medicina y a la universidad y al laboratorio y al veneno, había sido el único momento donde Crane había existido en el mundo con el nombre que le había dado otra persona antes de que él pudiera dárselo a sí mismo.

Y había escuchado cómo la partida de esa persona había producido no un dolor agudo sino un vacío que el tiempo no llenó sino que fue llenando con los materiales disponibles: el trabajo, la ciencia, la búsqueda de visibilidad por otros medios, hasta que esos medios también habían fallado o habían sido bloqueados y el vacío había encontrado la forma de llenarse que nadie, incluyendo Crane, habría elegido si hubiera habido alternativa.

Lo que Edna había revelado en esa sesión a cambio era algo que tampoco había dicho en ningún contexto anterior: que había habido una persona en su propia vida que la había conocido de una forma que nadie antes ni después había conseguido, y que esa persona había elegido irse no por incompreensión sino por una razón completamente distinta que no era menos dolorosa por ser distinta. Y que esa pérdida había producido en ella algo que el periodismo había llenado durante años de una forma que ella había creído suficiente y que las sesiones en Ashworth le habían revelado que no lo era del todo.

Crane la había escuchado con la atención de siempre.

—¿Sigue siendo insuficiente? —había preguntado.

—Menos que antes —había dicho Edna—. Porque ahora sé que era insuficiente. Antes solo lo sentía sin poder nombrarlo.

—Nombrar es el principio —había dicho Crane.

Era la frase más corta y más densa que había dicho en todas las sesiones. La raíz de todo el sistema que había construido, reducida a tres palabras.

Edna la había escrito en el bloc de notas con la letra más precisa que podía producir y la había trasladado esa tarde al cuaderno con la convicción de que era la frase que iría en la portada del libro o en su primera página, en algún lugar donde el lector la encontrara antes de comenzar y la recordara cuando llegara al final.

La decimosegunda sesión había revelado también algo que las sesiones anteriores habían preparado pero que no había llegado hasta ese momento con esa claridad: la naturaleza exacta de la tragedia que estaba en el centro de todo.

No la tragedia de las víctimas, que era real y documentable y que el libro nombraría con toda la precisión que merecía. Sino la tragedia anterior: la de una persona cuya existencia el mundo no había tenido categoría para recibir, que había construido todo lo que había construido en el intento de crear esa categoría por sus propios medios, y que los medios que había encontrado habían producido consecuencias que el mundo llamaba monstruosas porque no tenía otro nombre disponible.

El monstruo era el nombre que el mundo daba a lo que no podía explicar de otra manera.

Pero detrás del nombre había una historia.

Y la historia era lo que el libro contaría.

No para cancelar el nombre. No para absolver. Sino para hacer visible la distancia entre el nombre y la historia, que era la distancia donde vivía todo lo que el proceso judicial no había alcanzado a tocar y que sin embargo era lo más importante para entender cómo no repetir lo que se había repetido.

Edna lo escribió esa tarde en el cuaderno con la claridad de quien ha llegado finalmente al centro de lo que ha estado buscando durante meses:

El monstruo es el nombre que el mundo le da a lo que produjo sin querer verlo producir. La historia de cómo se construyó ese monstruo es la historia de todos los momentos donde el mundo eligió no ver lo que tenía delante porque no tenía categoría para recibirlo.

Esa historia no justifica nada. Pero es la única que hace posible que el mundo aprenda algo de lo que ocurrió en lugar de simplemente condenar lo que ocurrió y continuar produciendo las mismas condiciones que lo hicieron posible.

Eso es lo que el periodismo puede hacer que el proceso judicial no puede: nombrar el proceso, no solo el producto. Hacer visible lo que la sentencia cierra sin examinar.

Eso es este libro.

Cerró el cuaderno con la convicción de que faltaba una sola sesión para que la historia estuviera completa.

La decimotercera.

La última.

La que ocurriría cuando Edna llamara a Ashworth para decir que estaba lista.

Y Edna ya sabía que estaba lista.

Porque la historia que tenía en el cuaderno era la historia que el mundo necesitaba leer, y tenerla en el cuaderno era el principio de poder darla al mundo.

Nombrar es el principio.

El libro sería el resto.

Lo que el libro contaría sobre la verdad detrás del monstruo no era un argumento sino una acumulación de evidencia que el lector podría organizar por sí mismo.

Edna lo sabía porque había aprendido en quince años de periodismo que los argumentos se resisten y la evidencia se asienta. Que cuando uno le dice a un lector lo que debe pensar, el lector se defiende. Pero cuando uno le muestra lo que ocurrió en el orden en que ocurrió con toda la precisión disponible, el lector llega a sus propias conclusiones y esas conclusiones son suyas y por lo tanto más difíciles de abandonar.

La evidencia que el libro acumulaba era esto:

Un niño que nació con un cuerpo que el mundo no sabía cómo recibir. Una medicina que intervino sin preguntar porque tenía protocolos y los protocolos no contemplaban la pregunta. Una familia que amó con los instrumentos que tenía, que eran los del mundo donde vivía, que tampoco tenía los instrumentos correctos. Una escuela que organizó en dos columnas y no encontró columna disponible para quien no cabía en ninguna. Un amor que nombró y que después se fue. Una universidad que acogió el trabajo y archivó al trabajador. Un estudio clínico que usó el

conocimiento sin reconocer al conocedor. Un protocolo de protección que borró la cara sin borrar la historia.

Y al final de toda esa acumulación: seis personas que habían muerto en los muelles de Liverpool. Un chico de quince años que había vuelto a casa. Un hombre en Ashworth que había preguntado si habría alguien que escuchara.

La cadena era documentable en cada eslabón. Cada momento donde algo podría haber sido diferente era verificable: el momento de la intervención médica sin consentimiento, el momento del archivo del proyecto, el momento de la comunicación estándar de tres párrafos a los voluntarios que habían esperado una puerta que no se abrió. Ninguno de esos momentos era una maldad singular. Todos eran decisiones tomadas dentro de sistemas que no tenían los instrumentos correctos y que procedieron con los que tenían.

Y la suma de esas decisiones era lo que el mundo llamaba monstruo.

Edna lo escribió en el esquema del libro con la claridad de quien ha llegado finalmente al centro:

No hay un punto de inflexión donde todo se torció. Hay una acumulación de puntos donde nada tuvo los instrumentos correctos. Y esa acumulación no produce un monstruo de una vez sino que lo produce lentamente, con la paciencia de lo que no sabe que está produciendo algo hasta que el producto existe.

Eso es lo que el mundo tiene que entender. No que había un monstruo esperando ser liberado. Sino que hay condiciones que producen lo que después llamamos monstruo. Y que esas condiciones son cambiables.

Si el mundo elige cambiarlas.

Era la sección más incómoda del libro y también la más necesaria. La que ningún lector podría leer sin verse implicado en algún nivel, porque las condiciones que producían lo que había producido Crane no eran aberraciones de sistemas que de otra forma funcionaban bien. Eran los sistemas funcionando exactamente como habían sido diseñados para funcionar, que era con categorías binarias que excluían lo que no cabía en ellas y con protocolos que gestionaban las consecuencias de esa exclusión de la forma más eficiente disponible, que no era la forma más humana sino la más eficiente.

Edna escribió esa sección del esquema durante dos horas una mañana de enero, con el Mersey visible por la ventana y con los dos cuadernos privados sobre la mesa como referencia, y cuando terminó se quedó mirando lo que había escrito durante un tiempo considerable.

No con dudas sobre lo que había escrito. Con la conciencia de que lo que había escrito era lo más difícil que iba a pedir a sus lectores, que era que se vieran a sí mismos en el proceso que había producido lo que habían leído.

Era lo que el periodismo podía hacer que el proceso judicial no podía: no solo decir lo que ocurrió sino mostrar cómo el mundo en que ocurrió lo hizo posible. No absolver ni condenar. Comprender, que era diferente de las dos cosas y más difícil que cualquiera de ellas.

Llamó a Gareth esa tarde.

—El libro va a incomodar a algunos lectores —dijo.

—Los buenos libros siempre incomodan —dijo Gareth.

—Este va a incomodar porque va a pedir que el lector se vea a sí mismo en la historia.

—¿En la historia de un asesino?

—En la historia del mundo que lo produjo —dijo Edna—. Que es distinto y que sin embargo incluye a la mayoría de las personas que lo leerán.

Gareth guardó silencio durante un momento.

—¿Puedes defenderte si alguien dice que justificas los crímenes?

—Puedo defenderme porque no los justifico. Los explico. Y la diferencia es real aunque algunos lectores no quieran verla.

—¿Y si no quieren verla de todas formas?

—Entonces habrán leído el libro y habrán elegido no ver lo que el libro muestra —dijo Edna—. Que es una decisión válida. Pero habrán tenido que tomar esa decisión, que es diferente a no haber sido confrontados con la elección.

Gareth aceptó eso con el silencio que usaba cuando aceptaba algo que no estaba del todo seguro de entender pero que confiaba en que Edna sí entendía.

—Cuándo lo tendrás listo —dijo.

—Cuando termine la última sesión con Crane y haya tenido tiempo de integrar lo que produzca —dijo Edna—. Tres meses después de eso como máximo.

—Tres meses —dijo Gareth—. Y Edna.

—¿Sí?

—Vale la pena. Lo que estás haciendo vale la pena. Solo quería que lo supieras.

Era la segunda vez en toda la cobertura del caso que Gareth le decía algo así, y Edna lo recibió con la misma sobriedad con que Gareth lo había dicho: sin efusión, sin más peso del que tenía, con el reconocimiento simple de que el trabajo que importa merece que alguien lo diga.

Colgó. Miró el cuaderno sobre la mesa. Miró el Mersey por la ventana.

Faltaba la última sesión.

Y después de la última sesión, el libro.

Y el libro era la historia completa de lo que el mundo llamaba monstruo y de lo que era en realidad, que era algo más antiguo y más triste y más evitable de lo que el nombre de monstruo permitía ver.

Nombrarlo era el principio.

El libro sería el resto.

CAPÍTULO 22

La última sesión

Hospital de Ashworth, Maghull — mes 19

La decimotercera sesión ocurrió un jueves de abril.

No un martes. Edna había llamado a Ashworth un miércoles por la mañana para decir que estaba lista, y el administrativo que respondió le había dicho que el Sr. Crane había dejado instrucción de que cuando esa llamada llegara se programara para el día siguiente, lo cual significaba que Crane también había estado esperando la llamada y que había preparado la respuesta antes de que la llamada ocurriera.

Eso era también información. Como siempre en ese proceso, la información estaba en todas partes si uno sabía dónde buscarla.

Edna llegó a Ashworth con la misma puntualidad de siempre pero con algo diferente en el estado interior que llevaba consigo: no la preparación activa de las sesiones anteriores, donde había repasado preguntas y organizado los territorios a cubrir. Sino algo más parecido a la apertura. El estado de quien ha hecho todo el trabajo previo que podía hacer y que ahora necesita solamente estar presente para lo que llegue.

El director de Ashworth la recibió brevemente como siempre.

—Una cosa que debo comunicarle —dijo—. El Sr. Crane ha pedido que la sesión de hoy no se grabe.

Edna no tardó en responder esta vez.

—Acepto —dijo.

El director asintió. Luego añadió algo que no había dicho en ninguna de las comunicaciones previas, con el tono de quien transmite información que considera relevante aunque no sea parte de su función habitual hacerlo:

—El Sr. Crane lleva dos semanas escribiendo. El personal lo reporta porque es una actividad inusualmente sostenida incluso para él. No sé lo que escribe. Pero pensé que debía saberlo antes de entrar.

Edna lo anotó mentalmente. Luego fue a la sala.

Crane estaba sentado cuando ella entró. Había algo sobre la mesa además de los dos vasos de agua de siempre: un sobre de papel estándar de la institución, cerrado, colocado exactamente en el centro de la mesa entre el lugar de Crane y el de Edna.

Se miraron. El silencio de asentamiento, el que habían aprendido a habitar juntos.

—¿Empezamos? —dijo Edna.

—Ya empezamos —dijo Crane, y señaló el sobre.

Edna lo tomó. Lo abrió con el cuidado de quien sabe que lo que contiene importa. Dentro había tres páginas escritas a mano con la misma letra pequeña y precisa que había estado en todos los cuadernos de laboratorio que habían sido parte de la investigación.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Lo que he estado escribiendo estas dos semanas —dijo Crane—. No para publicar. Para usted.

Edna miró las páginas durante un momento.

—¿Puedo leerlo ahora?

—Por eso lo traje ahora.

Lo que contenían las tres páginas era algo que Edna no había anticipado y que de todas formas reconoció de inmediato cuando empezó a leer: era la historia de la persona que se fue, contada desde el interior, con todos los detalles que Crane había elegido no dar en la duodécima sesión porque en ese momento el espacio no era todavía el correcto para darlos. El nombre no estaba. Pero todo lo demás sí: cómo se habían conocido, cómo había sido recibido por esa persona de una forma que ninguna otra persona antes ni después lo había recibido, qué había significado ese período de tiempo en términos de lo que él había aprendido que era posible para él, y cómo la partida de esa persona había cambiado la comprensión de lo que era posible de una forma que el tiempo no había revertido sino sedimentado.

Y al final de las tres páginas, separado del resto por un espacio en blanco que era la distancia mínima que el papel podía poner entre la historia y lo que seguía, había un párrafo que no era sobre la persona que se fue sino sobre Edna.

Decía:

Usted encontró algo en este caso que no esperaba encontrar. Lo escribí en el papel que le di la semana pasada y usted lo respondió con honestidad. Lo que quiero añadir ahora, que no cabe en una pregunta sino solo en lo que viene después de todas las preguntas, es esto: usted hizo con este proceso lo que yo intenté hacer con la ciencia. Darle nombre a algo que no lo tenía. La diferencia es que usted lo hizo de una forma que el mundo puede recibir y yo lo hice de una forma que no puede. Eso no es una diferencia menor. Es la diferencia que importa. Y quiero que sepa que la reconozco.

Edna leyó ese párrafo dos veces. Luego dobló las tres páginas con cuidado y las guardó en el bolso, junto al papel de la semana anterior que todavía llevaba consigo.

—Gracias —dijo.

Era la primera vez en trece sesiones que ella usaba esa palabra con ese peso específico, el mismo peso con que Crane la había usado en la sesión anterior.

El silencio que siguió era diferente a todos los silencios anteriores de las sesiones. Era el silencio de algo que ha llegado a su punto de resolución, que no significa que esté resuelto del todo sino que ha llegado al punto donde puede existir sin la urgencia de seguir siendo procesado activamente.

—¿Hay algo más que quiera decirme? —preguntó Edna.

Crane consideró la pregunta durante un momento.

—Hay una cosa —dijo—. No sobre el caso. Sobre el libro.

—Dígame.

—Cuando lo escriba, no se proteja del material más difícil. El material más difícil es el más importante. —Una pausa—. Usted ya lo sabe. Pero a veces ayuda que alguien lo diga en voz alta.

—Me ayuda —dijo Edna.

—El dolor que no tiene nombre no tiene remedio —dijo Crane, en voz baja, con la calma de quien pronuncia algo que ha dicho muchas veces y que cada vez que lo dice suena diferente porque el contexto que lo rodea ha cambiado—. Pero el dolor que tiene nombre puede al menos ser visto. Y ser visto, aunque no sea suficiente para resolver nada, es el principio de cualquier cosa que pueda resolverse.

Era la frase completa. Las dos partes. Sin omitir la segunda como había hecho en el umbral de la sala del tribunal.

Edna no la escribió. La llevó en el cuerpo como llevaba el papel del sobre.

El agente abrió la puerta del corredor.

Crane se levantó. En la puerta se detuvo, como en el tribunal, como siempre en los umbrales. Esta vez no pronunció ninguna frase. No hizo ningún gesto. Se giró un momento hacia la sala, hacia Edna, y la miró con la misma mirada del décimo día del juicio: no evaluación ni amenaza ni ninguna de las categorías habituales sino reconocimiento.

Luego salió.

La puerta se cerró.

Edna se quedó sola en la sala durante el tiempo que necesitó para que el silencio se asentara completamente. Luego recogió sus cosas, el bloc de notas vacío porque en esta sesión no había escrito nada, el bolso con el sobre y el papel y los instrumentos de un periodismo que había llegado hasta aquí y que desde aquí tendría que encontrar la forma de existir como libro.

Salió al corredor. El agente la acompañó hasta la salida. El director de Ashworth estaba en recepción y le dijo que podía llamar si necesitaba aclarar algo. Edna le agradeció y salió.

El aparcamiento de Ashworth estaba vacío excepto por su coche.

La tarde de abril tenía esa claridad específica de las primaveras del norte que llegan sin pedir permiso y que cuando llegan recuerdan que el invierno, aunque largo, no es permanente.

Edna se sentó en el coche. Abrió el cuaderno en la última página disponible. Escribió la fecha en la esquina superior derecha.

Luego escribió, con la letra más firme de todas las que había usado en diecinueve meses de cuadernos:

Última sesión. Ashworth. Fin del proceso de las entrevistas.

Lo que queda: el libro. Que es la historia completa. La del caso, la de las sesiones, la del proceso que el caso revela sobre el mundo que lo produjo. La de dos personas en una sala de cristal que llegaron desde lados completamente opuestos del mismo territorio y que en el proceso de escucharse encontraron algo que ninguno de los dos esperaba encontrar.

La diferencia que importa, dijo Crane. Que yo lo hice de una forma que el mundo puede recibir y él lo hizo de una forma que no puede.

Esa diferencia no es pequeña. Es la diferencia entre el periodismo y lo que no es periodismo. Entre nombrar de una forma que el mundo puede integrar y nombrar de una forma que el mundo solo puede condenar.

Pero la búsqueda en el origen era la misma. Y reconocer eso no iguala las consecuencias. Solo las hace comprensibles.

El dolor que tiene nombre puede al menos ser visto.

Este libro va a verlo.

Cerró el cuaderno.

Encendió el motor.

Salió del aparcamiento de Ashworth por última vez con la carretera hacia Liverpool abriéndose frente a ella bajo la luz de abril y la certeza de que lo que venía después era el trabajo más importante que había hecho y el más difícil de hacer porque requería todo lo que las diecinueve sesiones y los diecinueve meses habían producido en ella sin el filtro del protocolo periodístico ni el filtro de la distancia que el periodismo habitualmente ponía entre el que cuenta y lo que cuenta.

Este libro no tendría esa distancia.

Eso era lo que lo hacía diferente.

Eso era lo que lo hacía necesario.

Liverpool esperaba al final de la carretera.

Y Edna conducía hacia ella por última vez como la periodista que había empezado todo esto, porque cuando llegara ya estaría empezando a ser también la escritora que terminaría lo que el periodismo había comenzado.

Las historias que importan siempre necesitan los dos.

Lo que ocurrió después de que Edna salió del aparcamiento de Ashworth ese jueves de abril fue lo siguiente.

Condujo hacia Liverpool con las tres páginas de Crane en el bolso y la última nota del cuaderno todavía fresca, y en algún punto de la carretera, quizás a la altura de Maghull, quizás antes, tomó la decisión sobre la que llevaba semanas deliberando sin nombrarlo deliberación: que las tres páginas del sobre no irían en el libro.

No porque no fueran importantes. Lo eran. Sino porque pertenecían a otro espacio que el libro no podía contener sin violarlo. El libro contaría que Crane había escrito algo durante dos semanas y que lo había dado a Edna en la última sesión. No diría qué contenía. No porque fuera confidencial en términos formales sino porque el contenido era el tipo de cosa que existe entre dos personas y que perderlo que lo hacía real en el momento en que se exponía al espacio más amplio de los lectores.

Era la primera decisión editorial significativa del libro y era la más difícil porque implicaba no usar material que habría hecho el libro más íntimo y más poderoso en cierta medida. Pero la intimidad que habría producido era la intimidad de la exposición y no la intimidad del reconocimiento, y esa distinción importaba.

Edna lo escribió en el cuaderno cuando llegó a su apartamento, antes de mirar el Mersey y antes de preparar el té que esa tarde sí se tomaría:

Las tres páginas no van en el libro. Van en el archivo. Son de la sesión, no de la historia que el libro cuenta. La historia que el libro cuenta puede existir sin ellas porque lo que producen en el lector que no las ve es algo que el libro puede producir por otros medios: la comprensión de que hubo un momento de reconocimiento mutuo en esa sala que no requiere el contenido específico de ese momento para ser real.

La ausencia también es información. El lector que sepa que Crane escribió algo durante dos semanas y que lo dio a Edna en la última sesión y que el libro no reproduce qué decía, ese lector va a imaginar. Y lo que imagine va a ser suyo. Y eso es más valioso que el contenido específico que yo podría darle.

Era una decisión que tardó en asentarse completamente pero que cuando lo hizo produjo algo que las otras decisiones editoriales del proceso no habían producido con esa claridad: la certeza de que el libro que iba a escribir era el libro correcto para la historia que tenía.

No el libro más completo. El más honesto.

Y la honestidad, en un libro sobre el dolor y el nombre y la visibilidad, era más importante que la completitud.

Pasó los tres meses siguientes escribiendo con la disciplina de quien sabe exactamente lo que tiene que producir pero que de todas formas necesita el tiempo de la escritura para encontrar la forma en que tiene que producirse. El libro no era la transcripción del cuaderno. Era la reelaboración del cuaderno en el lenguaje que los lectores que no habían estado en la sala de cristal de Ashworth pudieran seguir sin que la ausencia de ese contexto les impidiera llegar al centro de lo que el libro quería mostrar.

Era el trabajo más difícil de su carrera y el más claro en su propósito. Que era nombrar. Como siempre. Pero esta vez con todo lo que diecinueve meses de trabajo habían producido en ella que hacía que el nombrar sonara diferente a como había sonado antes.

Cuando el libro estuvo listo, tres meses después de la última sesión, Edna lo leyó completo de una sola vez sentada frente a la ventana que daba al Mersey, con el río visible esa tarde en toda su anchura, gris y en movimiento y completamente indiferente y al mismo tiempo completamente presente.

Lo que sintió cuando terminó no era satisfacción, que era demasiado simple para lo que había producido ese proceso. Era algo más próximo a lo que Crane había descrito como el estado de haber llegado al punto donde algo que había estado ocurriendo dentro de uno empieza a poder existir también fuera.

El dolor que tenía nombre podía al menos ser visto.

Este libro lo veía.

Y Edna Longhlein, que había comenzado todo esto con una llamada de Gareth a las seis y cuarenta de la mañana sobre un cuerpo en el Albert Dock, lo cerró en su pantalla esa tarde de julio con la misma quietud con que el Mersey seguía fluyendo hacia el estuario: sin drama, sin énfasis, con la sencillez de las cosas que saben lo que son y no necesitan que nadie se los confirme.

Guardó el archivo.

Mandó un correo a Gareth con el archivo adjunto y un mensaje de tres palabras: aquí está todo.

Gareth respondió cuatro horas después con dos: lo leo.

Edna cerró el ordenador.

Miró el Mersey hasta que la luz del atardecer de julio lo convirtió en algo dorado y casi irreconocible, esa versión del río que solo existe unas pocas veces al año y que cuando existe parece pertenecer a una ciudad diferente a la habitual, una ciudad que es la misma en sus calles y su historia pero que durante esos minutos tiene la calidad de algo que está siendo visto por primera vez.

Luego abrió el tercer cuaderno. El que había empezado la noche de la sentencia en Ashworth.

Escribió la fecha en la esquina superior derecha.

Miró la página en blanco durante un momento.

Luego escribió la primera línea de lo que vendría después, que no era otra historia sobre Adrian Crane ni sobre Liverpool ni sobre ninguna de las cosas que habían ocupado los últimos diecinueve meses de su vida.

Era otra historia completamente. Sobre algo diferente. Sobre alguien diferente.

Porque el Mersey sigue fluyendo.

Y las historias que esperan ser contadas no esperan para siempre.

EPÍLOGO

La entrega que no se publicó

Esto es lo que el Courier no publicó.

No porque Gareth lo rechazara. No porque el departamento legal lo objetara. No porque fuera demasiado largo ni demasiado corto ni demasiado incómodo para los lectores del miércoles que leen el periódico con el café de la mañana.

No lo publiqué porque lo escribí para mí.

Y luego decidí que si alguna vez existía en algún formato donde alguien pudiera leerlo, ese formato era el libro y no el periódico. Porque el libro tiene el contexto que la entrega sola no tiene. Porque el libro es el lugar donde la historia completa existe, no solo la parte que la institución periodística puede contener.

Esto es lo que el Courier no publicó. Lo escribí la noche de la última sesión, cuando llegué a mi apartamento y me senté frente a la ventana que da al Mersey y el río estaba ahí, como siempre, haciendo lo que siempre hace, y yo tenía diecinueve meses de trabajo y trece sesiones en Ashworth y dos cuadernos privados llenos y las tres páginas del sobre de Crane en el bolso, y no sabía exactamente qué hacer con todo eso excepto lo único que siempre he sabido hacer: escribirlo.

Esto es lo que escribí.

Hay una pregunta que el periodismo no suele hacerse porque hacérsela produciría una incomodidad que interferiría con su función. La pregunta es esta: cuando cubrimos lo que el mundo llama monstruo, ¿qué estamos contando realmente?

La respuesta habitual es que contamos el crimen. El criminal. El proceso policial. El juicio. La sentencia. Son todos elementos reales y verificables y necesarios para que el público sepa lo que ocurrió.

Pero lo que el periodismo rara vez cuenta, lo que yo no conté en ninguna de las entregas del Courier durante diecinueve meses aunque lo tenía en el cuaderno privado desde el principio, es lo que hizo posible que ocurriera.

No en el sentido legal de la cadena de causalidad que la fiscalía tiene que establecer para obtener una condena. En el sentido más largo y más incómodo: el proceso por el cual el mundo produce lo que después llama monstruo.

Ese proceso no es espectacular. No ocurre en un momento singular que pueda fotografiarse. Ocurre lentamente, con la paciencia de lo que no sabe que está produciendo algo, en los espacios pequeños de la vida ordinaria donde los sistemas que organizan el mundo se encuentran con las personas que no caben en sus categorías y procedan según sus protocolos, que son eficientes y no son inhumanos en ninguna intención singular pero que son, en su suma acumulada, exactamente inhumanos.

La medicina que interviene sin preguntar porque el protocolo no contempla la pregunta.

La familia que ama con los instrumentos disponibles, que son los del mundo que habita, que tampoco tiene los instrumentos correctos.

La escuela que organiza y no encuentra columna disponible y repite la clasificación con más insistencia porque es lo único que el protocolo le permite hacer.

El amor que nombra y que después se va, no por crueldad sino por las razones ordinarias por las que las personas se van, que en cualquier otra vida serían las razones ordinarias y que en esta vida dejaron un vacío que el tiempo llenó con lo que encontró.

La institución académica que acogió el trabajo y archivó al trabajador porque el trabajador no cabía en ninguna categoría disponible y el archivo era la solución más eficiente al problema de lo que no cabe.

El estudio clínico que usó el conocimiento sin reconocer al conocedor, que envió la comunicación estándar de tres párrafos y siguió adelante, que hizo exactamente lo que su protocolo indicaba que debía hacer, que era administrar el cierre de un proyecto y no gestionar el impacto de ese cierre en las personas cuya esperanza había alojado durante meses.

Ninguno de esos momentos es una monstruosidad singular. Todos son decisiones tomadas dentro de sistemas que funcionaban según sus propios criterios, que eran criterios razonables dentro de su propia lógica.

Y la suma de esos momentos es lo que el mundo llamó monstruo cuando el producto de esa suma apareció en los muelles de Liverpool.

Eso es lo que el Courier no publicó. Porque el Courier es un periódico y los periódicos cuentan lo que ocurre, no el proceso que lo hizo posible. Porque el proceso que lo hizo posible requiere más espacio del que una entrega puede contener y más tiempo del que el ritmo de las noticias permite. Porque el proceso incomoda al lector de una forma que la entrega sobre el crimen no incomoda, y la incomodidad que produce el periodismo tiene que ser la incomodidad de los hechos y no la incomodidad del reconocimiento.

Esta incomodidad es la del reconocimiento.

Porque lo que el proceso que produjo a Adrian Crane utiliza son los materiales ordinarios de la vida en sociedad: la clasificación, la exclusión de lo que no cabe en la clasificación, la invisibilidad como consecuencia de la exclusión, la acumulación de esa invisibilidad durante suficiente tiempo sin que nadie la interrumpa con los instrumentos correctos.

Esos materiales no son excepcionales. Están en cualquier sistema organizado que no haya desarrollado los instrumentos para recibir lo que no cabe en sus categorías. Que son casi todos los sistemas, en algún grado.

Eso no significa que todos los sistemas vayan a producir lo que produjo este. Significa que los sistemas que no examinan lo que excluyen acumulan una deuda que eventualmente alguien paga, de alguna forma, y que la forma que toma esa deuda depende de variables que ningún sistema de gestión puede predecir completamente.

Adrian Crane pagó esa deuda de la forma más terrible posible. Seis personas pagaron la consecuencia de que él la pagara así. Un chico de quince años estuvo cerca de pagarla también y no la pagó porque en la lógica de Crane la infancia era el único territorio todavía a salvo de la deuda.

Eso es lo que ocurrió en Liverpool durante diecinueve meses.

Y la pregunta que este libro deja sin responder, porque es la única honesta que puede dejar sin responder, es esta: ¿qué hace el mundo con esa comprensión?

No en el sentido de qué hace con Adrian Crane, que ya tiene su respuesta en la sentencia de Ashworth. Sino en el sentido de qué hace con el conocimiento de los sistemas que producen lo que después llama monstruo. Si ese conocimiento cambia algo en la forma en que esos sistemas funcionan. Si cambia algo en la forma en que las personas que operan dentro de esos sistemas toman las decisiones pequeñas que en su suma producen consecuencias grandes.

No lo sé.

Lo que sí sé es esto: el dolor que no tiene nombre no tiene remedio. Pero el dolor que tiene nombre puede al menos ser visto. Y ser visto es el principio de cualquier cosa que pueda hacerse con él.

Este libro le dio nombre a algo.

Lo que el mundo haga con ese nombre es la historia que todavía no ha ocurrido.

Que ocurra o no depende de decisiones que no son mías.

Pero que el nombre exista depende de decisiones que sí lo eran.

Y esas decisiones las tomé.

Con todo lo que eso implica.

Edna Longhlein Liverpool, julio Northern Courier / Libro independiente

El Mersey sigue fluyendo.

Como siempre.

Como seguirá fluyendo cuando este libro haya sido leído y olvidado y recordado y discutido y abandonado y retomado y cuando Edna Longhlein ya no esté aquí para saber qué ocurrió con el nombre que puso.

El río no guarda para siempre. Pero guarda mucho tiempo.

Suficiente.